CONSEJOS DE UN ARISTÓCRATA BIZANTINO

CECAUMENO



Clásicos de Grecia y Roma

Alianza Editorial

CONSEJOS DE
UN ARISTÓCRATA
BIZANTINO

CECAUMENO

CONSEJOS DE UN ARISTÓCRATA BIZANTINO

INTRODUCCIÓN,
TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE JUAN SIGNES CODONER



El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Ilustración: Rafael Sañudo
Proyecto de colección: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-3594-4
Depósito legal: M. 39.930-2000
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

La justicia es un arma de guerra
CECAUMENO

Bizancio ha sido durante siglos para los europeos occidentales un inagotable repertorio de tópicos de la más diversa índole, a los que acudían literatos y eruditos para evocar una civilización a la que sólo se reconocía con desgana su condición de europea. Se hablaba del sexo de los ángeles, los eunucos pululaban por una corte llena de intrigas, la retórica ahogaba la imaginación de sus escritores, el fatalismo místico paralizaba las conciencias de los fieles ortodoxos, el ceremonial decadente no se ajustaba a los nuevos tiempos... La aparición a finales del siglo XIX en Alemania de una disciplina que se proponía un estudio más serio y riguroso de la cultura bizantina ha hecho mucho desde entonces para enfocar esta imagen distorsionada y parcial de los griegos bizantinos, pero lamentablemente sus investigaciones no han trascendido al gran público, que sigue apegado a los mismos tenaces tópicos de antaño. Una de las razones de esta situación (que por otra parte no es sólo privativa del mundo bizantino: pensemos por un momento en el islam) es la escasez de textos originales que, una vez traducidos a una lengua moderna, puedan atraer la atención de un lector contemporáneo no especializado. En efecto, la producción literaria de los bizantinos está muy

codificada y sigue una serie de registros complejos que un lector profano no es capaz de desentrañar. Es un caso similar, si se me permite una comparación arriesgada, al que plantea hoy por ejemplo a un lector español la lectura de *Las Soledades* de Góngora, por mucho que toda una generación de poetas haya querido reivindicarlo para nuestra cultura. No hay por lo tanto que extrañarse de que las únicas obras que interesan sean precisamente las que transmiten una imagen de Bizancio fiel al tópico manido y gastado. Esto explica que la *Historia Secreta* de Procopio (*Anekdota* en griego, es decir, «Historias inéditas»), la crónica escandalosa de la corte de Justiniano en el siglo VI escrita por un resentido (un libro por lo demás fascinante), sea casi la única obra bizantina que goza de estima universal. Y sin embargo la novela *Belisario* de Robert Graves, que recrea el ambiente descrito por Procopio, sigue siendo un libro lineal y aburrido. El motivo es claro: Graves no pudo penetrar en el alma bizantina más allá del tópico. Es por lo tanto urgente intentar paliar esta situación mediante la traducción de textos, debidamente glosados, que abran nuevas perspectivas más allá del tópico y permitan formar una visión más matizada de lo que supuso la mentalidad bizantina. El caso de la obra de Cecaumeno, aquí traducida, pienso que puede ser un buen punto de partida en esta labor.

Si al azar, por definición afortunado, debemos la conservación de muchos clásicos de la literatura pasada que únicamente se nos han transmitido en un único manuscrito, en el caso de la obra del bizantino Cecaumeno (*Kekaumenos*) habría que hablar no ya de azar, sino incluso de un milagro, pues esta especie de vademécum para terratenientes bizantinos fue escrito en un siglo atormentado (el siglo XI bizantino) por un viejo general jubilado lejos de los círculos de la corte que determinaban cuáles de entre las obras oficiales iba a poder traspasar la barrera de los siglos. Es un escrito sencillo, sin retórica, ajeno a las corrientes aticistas y arcaizantes del

griego oficial, escrito probablemente desde el retiro de una ciudad de provincias. Es más: probablemente no se trata de una obra cerrada, sino, como en seguida veremos, de una especie de cuaderno en el que el viejo general anotó sus reflexiones, consejos y experiencias y que nunca pasó del estado de mero borrador. Un libro en cierto sentido tan «inédito» como los llamados *anekdota* de Procopio.

El siglo XI en el que vive Cecaumeno es un mundo en ebullición, en el que el imperio bizantino se ve enfrentado a graves y nuevos problemas que van a poner en peligro su propia existencia [1]. El siglo X había sido el siglo del esplendor de Bizancio [2], tanto desde el punto de vista de la cultura como de la expansión militar: en la cultura porque una labor enciclo-

1. Aparte de recomendar la lectura de cualquiera de las historias generales de Bizancio que permitan situar los sucesos del siglo XI en su contexto histórico (sobre todo el clásico de G. Ostrogorsky, *Historia del Estado bizantino*, Madrid, Akal, 1984, con reimpr.; los tres volúmenes de la prolija obra de É. Brehier, *Vie et mort de Byzance*, *La civilisation byzantine* y *Les institutions de l'Empire byzantin*, París, 1946-1950, con reimpr. y trad. española en México; o el recién aparecido libro de W. Treadgold, *A History of the Byzantine State and Society*, Stanford, 1997) es imprescindible la lectura del más específico libro de A. P. Kazhdan-A. W. Epstein, *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1985 [comentado en A. Bravo García-M. J. Álvarez Arza, «La civilización bizantina de los siglos XI y XII: notas para un debate abierto», *Erytheia* 9 (1988) 77-132]. Miguel Psellos es el historiador bizantino del período (traducción francesa en *Belles Lettres*), cuya lectura es altamente recomendable no sólo desde el punto de vista histórico, sino desde el literario. Una bibliografía básica sobre Bizancio se encontrará en A. Bravo García-J. Signes Codoñer-E. Rubio Gómez, *El imperio bizantino. Historia y civilización*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.

2. El proceso de recuperación que se conoce como el «primer renacimiento bizantino» comenzó sin embargo ya en el siglo IX, probablemente durante el reinado del último emperador iconoclasta Teófilo (829-842). Imprescindible para conocer el proceso de recuperación de la tradición clásica de Bizancio es el libro de P. Lemerle, *Le premier humanisme byzantin*, París, 1971. Lemerle, como se indica en la bibliografía, es autor también de un importante estudio sobre Cecaumeno.

pédica patrocinada desde el poder consigue no sólo recuperar el legado de la antigüedad clásica amenazado en los siglos de crisis del VII-VIII (los llamados siglos oscuros), sino promover la composición de obras escritas de acuerdo con parámetros clasicistas, que vuelven a estar de moda entre los escritores bizantinos; en el terreno militar porque Bizancio reconquista amplios territorios: Creta, Armenia, el norte de Siria y sobre todo los Balcanes (donde establece su frontera de nuevo en el Danubio), enriqueciendo una vez más el universo bizantino con el aporte de otros pueblos e impidiendo así que el sustrato griego se convierta en exclusivo.

Este cosmopolitismo bizantino es el que se refleja precisamente en la obra de Cecaumeno, él mismo un armenio de origen, pues en ella circulan los más diversos pueblos y culturas además de los griegos: búlgaros, pechenegos, varengos escandinavos, valacos (los actuales rumanos: nuestra obra es la primera fuente histórica que los menciona) así como latinos (francos en la terminología bizantina) y árabes, los dos principales enemigos del imperio. Sin embargo la situación en la que vive Cecaumeno es ya muy distinta de la del siglo anterior, pues ve sucederse ante él con vertiginosa rapidez a una serie de emperadores efímeros que se disputan el poder y que, ya apoyen a la aristocracia civil constantinopolitana, ya a la nobleza terrateniente, se revelarán en ambos casos incapaces de gobernar el imperio y lo conducirán al catastrófico año 1071, en el que Bizancio pierde el control de Anatolia y sus últimas posesiones italianas.

No es éste el lugar de pasar revista a los acontecimientos y a los reinados, a los que el autor aludirá en diversas partes de su obra. Baste señalar simplemente el contraste que se vive en Bizancio en este siglo entre la situación presente y la que representaba la dinastía macedonia que rigió activamente los destinos de Bizancio desde el año 886 hasta el 1025, en el que muere quizás su emperador más destacado desde el punto de vista militar, Basilio II. Zoe, la sobrina de Basilio II y último

vástago de la dinastía macedonia, se convertirá en la legitimadora de una serie de emperadores-consortes a través de tres sucesivos matrimonios y una adopción, una situación ciertamente reveladora de la inercia política y de la falta de nuevas perspectivas en el seno del poder y que desemboca en una crisis abierta cuando a partir del año 1056 se agote incluso esta vía (Zoe no tuvo nunca hijos) y la aristocracia civil constantinopolitana sea incapaz de encontrar emperadores enérgicos que enderecen la situación y hagan frente a las exigencias de la nobleza terrateniente. El Estado pierde autoridad y una especie de disgregador feudalismo bizantino, tardío según los parámetros occidentales, empieza a hacer su aparición. Es por lo tanto lógico que Cecaumeno añore a los emperadores macedonios y evoque melancólico su reinado en el cap. XV.8, cuando aconseja al emperador que no confiera altas dignidades a los bárbaros que luchan para el imperio, pues ello menoscaba su autoridad y agravia sin necesidad a los nobles «romanos», es decir, a los súbditos del imperio cualquiera que sea su nacionalidad. Y es que los mercenarios del siglo pasado se han convertido en los dueños de un imperio progresivamente debilitado durante el siglo XI por la incapacidad de sus gobernantes, demasiado complacidos por las glorias pasadas como para ser conscientes de los problemas presentes.

Cecaumeno es un testigo privilegiado de este periodo crítico para Bizancio, en el que los «romanos de Oriente» inician una lenta cuenta atrás que conduce a su extinción como Estado en 1453. La importancia de su testimonio reside precisamente en su propia carrera militar, que lo ha puesto en contacto con los más diversos países y regiones y le ha permitido tratar a más de un emperador. Aunque él mismo acude de vez en cuando a los «antiguos» en busca de alguna historia o suceso que sirva a los propósitos de su obra, esta inevitable concesión a su propia formación se produce raras veces y va seguida de una inmediata referencia a acontecimientos más

próximos. Su obra, conservada en un único manuscrito del XIV, no responde a ninguna estructura determinada, sino que es una especie de «cuaderno de bitácora» abierto en el que Cecaumeno pasa revista a su vida trenzando consejos con relatos con una gran libertad. Su composición es por lo tanto discontinua y los saltos lógicos se suceden constantemente, aunque no podamos precisar en muchos casos si estamos en presencia de discontinuidades del original o de cambios acaecidos a lo largo de una transmisión que se revela compleja, puesto que el índice de capítulos que contiene el manuscrito (añadido posteriormente) presenta abundantes discrepancias con el propio orden de la obra.

Pese a ello pueden distinguirse varios bloques temáticos en la obra. Fundamentalmente destacan la parte dedicada a los deberes de los cargos civiles (lo que podemos denominar *Político,* caps. I-V), la que se ocupa de las obligaciones de los mandos militares (el *Estratégico,* caps. VI-VIII y también XIII, con un epílogo en XIV), la que contiene consejos y relatos dedicados al terrateniente que vive de la tierra y no detenta cargos públicos (el *Económico,* caps. IX y XI-XII) y la que se dirige al emperador, configurada como un tratado aparte (cap. XV). Pequeñas secciones se intercalan ocasionalmente entre estos grandes bloques: el cap. X dedicado a las dignidades eclesiásticas y el XVI en el que se aconseja a los toparcas cómo deben actuar contra el imperio. Una serie de reflexiones y notas inconexas cierran la obra en el manuscrito (XVII-XVIII)[3].

3. Para el orden de la obra sigo las propuestas de Lemerle (adoptadas por el editor ruso Litavrin) que considera que el discurso al emperador, copiado al final de la obra en el manuscrito, originalmente pudo preceder al capítulo sobe los toparcas. Spadaro en su reciente edición no incluye el apartado de consejos al emperador al que considera una obra aparte, pero en realidad toda la obra no es sino un conjunto de escritos y anotaciones de fecha diversa. Cf. también M. D. Spadaro, «Il logos basilikos di Cecaumeno», *Syndemos. Studi in onore di Rosario Anastasi*, Catania, 1994, vol. II, 349-381.

La continuidad de la obra viene garantizada por su estilo y la personalidad del autor (cf. *infra*), pero no por su estructura, ya que Cecaumeno adopta alternativamente distintos puntos de vista de acuerdo con el destinatario de sus consejos y así se permite aconsejar al emperador cómo debe actuar frente a los toparcas para a continuación aconsejar a los toparcas cómo deben actuar frente al emperador. Aunque sus hijos aparecen invocados ocasionalmente como destinatarios, parece, como señaló Lemerle (p. 19), «como si el autor hubiese escrito la obra en un primer momento sin pensar especialmente en sus hijos, de los que por otra parte no dice nada concreto, y como si esta idea [de dirigirse a ellos] no se le hubiese ocurrido sino poco a poco» a medida que componía la obra. La nuestra es por lo tanto una obra que se compuso a lo largo de un periodo de tiempo indeterminado (entre 1075-1078: el patriarca Xifilino está ya muerto y se refiere a Miguel [VII] como si estuviera en el poder) y en la que el autor consignó y adaptó en algún caso alguna fuente previa que llegó a sus manos, como puede ser el relato de su abuelo Niculitzas del cap. XII.3 (que en algún pasaje, por descuido, no fue pasado de la primera a la tercera persona del narrador). Es este carácter un poco compilatorio del borrador del autor el que puede explicar la inserción al final de una serie de notas que poco tienen que ver con el plan precedente y que hablan de sátiros, tormentas o la toma de Jerusalén. Aunque todos los editores excluyen de nuestra obra estas notas finales, las he incluido porque su estilo e intereses indican que salieron de la pluma de nuestro autor, que ya en XI.29 se declara enemigo de los adivinos y supersticiones paganas y atestigua suficientemente su interés por la religión como para poder copiar unas fechas y datos sobre el templo de Jerusalén.

Pero ¿quién es exactamente nuestro autor? En su obra sólo habla de sí mismo en un par de ocasiones. Nos dice así que participó en la campaña balcánica del emperador Miguel [IV] contra el búlgaro Pedro Delyán en el año 1041 (XV.8.v:

«También yo entonces luchaba por el emperador»), que estuvo presente en la sublevación popular de los habitantes de Constantinopla contra Miguel [V] en el 1042 (XI.26: «Yo vi a un emperador tiránico que exultaba por la mañana y por la tarde era digno de lamento», y XV.11 y 14) y que tuvo mando, probablemente como estratego, en Larisa, Tesalia, donde trabó amistad con su obispo Juan (XI.30). Afortunadamente estas indicaciones pueden completarse con referencias a otros miembros de su familia que, aunque no tan exactas como quisiéramos, permiten precisar algo su biografía. Nuestro autor menciona en efecto a:

1) Cecaumeno, su abuelo. Se le menciona en XII.2.ii-iii como estratego de la Hélade entre los años 976-986. El toparca de la armenia Tovio que el autor califica en VII.10 como «mi abuelo» es probablemente la misma persona. Lemerle lo identificó con el estratego de Larisa mencionado en una inscripción localizada en el país de Taiq, entre la Georgia y la Armenia bizantinas y datada en 1006-1007.
2) Demetrio Polemarco, su abuelo materno. Se le menciona en VII.13.i como comandante al servicio de los búlgaros que tomó la ciudad de Serbia a los bizantinos en torno al año 1001 y que luego se pasó al bando bizantino cuando Basilio pacificó la Bulgaria en el 1018, recibiendo entonces el rango de patricio.
3) Cecaumeno, su padre. Se le menciona en dos ocasiones, una en IX.7.ii a propósito de una anécdota que concierne a su sobrino Juan Maios y que atestigua su presencia en Constantinopla, y otra cuando en XII.3.ix se indica que recibe una carta de Niculitzas (4). Nada más podemos decir sobre este personaje, sobre el que el autor se muestra tan parco.
4) Niculitzas, su abuelo, al que califica de consuegro de la familia del abuelo Cecaumeno en XII.2.iii y que en

XV.8.iii es nombrado por Basilio [II] estratego de los valacos de la Hélade en el año 979 en vez del cargo de duque y doméstico de los excúbitos de la Hélade que tenía anteriormente. Es probable que entre el 983-986 fuese estratego de Larisa, sucediendo a Cecaumeno el abuelo en el cargo. La permanencia en Tesalia de la familia de Niculitzas y la de Cecaumeno simultáneamente explicaría un posible vínculo matrimonial entre ambas, quizás un matrimonio de la hija de Niculitzas con el Cecaumeno padre de nuestro autor (3). Ello dejaría sin explicar el vínculo con el «tercer» abuelo del autor, Demetrio Polemarco (2), por lo que habría que suponer o bien dos matrimonios del padre de nuestro autor, o bien un lazo más laxo de la familia de los Cecaumeno con la de Niculitzas, que podría ser llamado «abuelo» por nuestro autor cuando simplemente era «tío abuelo».

5) Niculitzas Delfinás, de Larisa, al que el autor califica de «mi consuegro». Delfinás debe ser apellido, ya que lo encontramos en otras fuentes aplicado a otros personajes. Se nos indica el nombre de los hermanos e hijos de Delfinás, que alcanzó cierta prominencia en la historia bizantina al convertirse en el caudillo de los rebeldes valacos y búlgaros que se sublevaron contra el emperador en el año 1066. El cap. XII.3 narra la historia de esa sublevación.

El cuadro que se deriva de este panorama no es claro, tanto por la parquedad de las indicaciones de nuestro autor como por la imprecisión de la terminología bizantina para parentescos por matrimonio y por las propias vacilaciones del manuscrito que llama padre y abuelo a la misma persona en el espacio de unas pocas líneas. Pese a todo ello aparecen claras las vinculaciones familiares de nuestro autor con la Tesalia.

Curiosamente no hay en esta obra la mínima mención a Catacalón (*Katakalón*) Cecaumeno, un famoso general del si-

glo XI (fl. ca. 1038 - ca. 1057) cuya trayectoria nos es bien conocida por las fuentes históricas bizantinas. Originario del Ponto (Coloneia), Catacalón Cecaumeno fue al comienzo de su carrera estratego del distrito de los Armeniacos antes de partir a Sicilia en 1038 bajo el mando de Jorge Maniakes a luchar contra los árabes. Estuvo posteriormente en 1042 en Constantinopla durante la sublevación popular y al año siguiente lo encontramos como estratego del distrito de Paristrion, junto al Danubio. Desde 1046 su actividad se centra de nuevo en la frontera oriental del imperio, donde realiza campañas contra el príncipe armenio de Dvin y contra los turcos selyúcidas. En 1056 lo encontramos como estratego de Antioquía en Siria del Norte. Al año siguiente las fuentes lo mencionan como uno de los inspiradores de la revuelta de los distritos anatólicos que llevó al general Isaac [I] Comneno al poder. En agosto del año 1057 Catacalón Cecaumeno abrió las puertas de la capital a Isaac Comneno, que poco después fue coronado emperador. El silencio de nuestro autor sobre tan prominente miembro de su familia hizo sospechar hace años a Georgina Buckler que nuestro autor era precisamente el Catacalón Cecaumeno de las fuentes. Observaba además la autora que Catacalón era rigurosamente contemporáneo de nuestro autor y había estado presente también en Constantinopla durante el levantamiento de 1042. Las informaciones que nuestro autor dispondría sobre Sicilia (VI.38.ii, XV.8.v) o Iberia (VI.28.ii) resultarían así fruto de su propia experiencia personal[4].

Esta atractiva hipótesis fue sin embargo descalificada por Lemerle en fecha más reciente, que consideró que las informaciones del autor sobre los escenarios de Sicilia o Iberia pudo haberlas obtenido por otros medios o incluso del pro-

4. G. Buckler, «Autorship of the Strategikon of Cecaumenus», *Byzantinische Zeitschrift* 36 (1936) 7-26. Es cierto, sin embargo, que Buckler en su artículo iba mucho más allá de lo razonable al vincular sin la menor base numerosos episodios de nuestra obra con la trayectoria vital de Catacalón.

pio Catacalón Cecaumeno (con el que le uniría un parentesco indeterminado), sin que por ello hubiese que identificar a nuestro autor con el famoso general. La presencia de ambos en Constantinopla en 1042 sería para Lemerle una simple coincidencia. La refutación de Lemerle fue tan efectiva que hasta la fecha nadie ha vuelto a proponer a Catacalón como autor de la obra. Sin embargo sus argumentos me parecen poco decisivos. Su principal objeción a la tesis de Buckler reside en el hecho de que considera que Catacalón Cecaumeno debía pertenecer a otra familia distinta de los Cecaumeno citados por nuestro autor, ya que de otro modo sería inexplicable el apellido Catacalón del general. En realidad los apellidos familiares en Bizancio no son heredados de padres a hijos de forma tan rigurosa como hoy y no es del todo infrecuente encontrar hermanos carnales con distintos apellidos en razón de nuevas alianzas familiares o de la adopción de sobrenombres nuevos. Pero es que además Catacalón no es quizás un apellido, como suponía Lemerle, sino *el nombre propio* del general. Baste como prueba el que lo encontramos unido a otros apellidos en crónicas contemporáneas [5]. El hecho de que la crónica bizantina de Skylitzes señale en 483.15-16 que Catacalón hizo carrera militar «no gracias a sus padres o a las influencias personales», sino debido a sus propios méritos, no indica necesariamente que Catacalón fuese un *homo novus*, sino simplemente que su filiación familiar no fue la razón de su brillante carrera, que es algo muy distinto. Por otra parte, los otros Cecaumeno de los que tenemos noticia por nuestro autor no son en modo alguno, a diferencia quizás de la familia de los Niculitzas, personajes demasiado destacados o influyentes en el imperio como para pensar que pudieran

5. Cf. Catacalón Aribdelas, Skyl. 178.40-41 (ed. Thurn); Catacalón Tarcaniotes, Anna Comn. I.20.9 y II.194.3 (ed. Leib); Constantino-Catacalón Euforbeno, Anna Comn. I.21.12, I.22.17, etc. El Catacalón de Clazómenas citado en VII.11.i no es pues pariente de nuestro autor, tal como sugiere Lemerle.

hacer algo para promover la carrera de un familiar. Finalmente, el hecho de que el cronista Miguel Psellos se dirija a Catacalón como monje, indicaría para Lemerle que el famoso general acabó sus días en un monasterio, algo que considera incompatible con la figura de nuestro autor. La tal incompatibilidad no existe, sin embargo, cuando se considera cuántos generales y políticos bizantinos acabaron sus días como monjes sin por ello renunciar a su pasada carrera. Baste aquí mencionar a Juan Cantacuceno, que fue emperador entre 1347 y 1355 y compuso en su retiro monacal su memorable obra histórica defendiendo su actuación. Por otra parte, el hecho de que el manuscrito de Moscú en el que se conserva la obra fuese copiado en el monasterio de los iberos del monte Atos en el siglo XIV podría explicarse tanto por las conexiones familiares del autor (que cita con frecuencia a su familiares de Tesalia) como por las monásticas.

El único obstáculo serio para la identificación sería la no participación de Catacalón Cecaumeno en la campaña contra los pechenegos del año 1041, en la que sí estuvo nuestro autor, pero esta posibilidad, apuntada por Alexis Savvides, es simplemente conjetural. Su presencia en Tesalia es perfectamente posible entre los años 1043-1046, antes de marchar a Oriente, o después de 1057. El origen pontio de Catacalón no entra tampoco en contradicción con las raíces armenias de los Cecaumeno, pues los miembros de esta familia que conocemos permanecieron largos años fuera de su país natal, muy próximo a Coloneia. Por el contrario, a favor de la identificación habla, no sólo lo que sería un inexplicable silencio por parte de nuestro autor sobre su más ilustre pariente, sino el hecho de que los consejos que dirige al emperador sólo son explicables por un contacto relativamente próximo a éste. Finalmente, los episodios de los que el autor no proporciona fuente alguna parecen proceder todos de su experiencia personal, lo que excluiría la hipótesis de Lemerle de un Catacalón Cecaumeno «informante» de nuestro autor en diversos

pasajes. Considérese por ejemplo la proximidad con que nuestro autor habla de Harald Hardraada en XV.8.v, del que sabemos que no sólo participó en la campaña de 1041 contra los pechenegos, sino también en las de Sicilia de 1038, de las que tan bien informado está nuestro autor.

Así pues, la cuestión de la autoría y la posible identificación de nuestro autor con Catacalón Cecaumeno no deben considerarse en absoluto cuestiones cerradas. Pero más allá de ello, lo que nos interesa aquí resaltar es la interesante personalidad del autor. El viejo Cecaumeno mira hacia el mundo que le rodea lleno de pesimismo por la condición humana. Tanto las mujeres (XI.38: «Es peligroso reñir con mujeres, pero más peligroso es ser su amigo») como los amigos (IX.11.i: «Si tienes un amigo que vive fuera y está de paso por la ciudad donde vives, no lo hospedes en tu casa», pues seducirá a tu mujer) son para el autor una inagotable fuente de problemas, que es necesario prevenir. Esta constante desconfianza hacia el otro, esta reclusión en la vida privada y familiar, que lleva al autor a afirmar incluso que considera una pesada carga el que le inviten a comer (XI.34), no parecen ser fruto tanto de su carácter, como de una larga experiencia vital cuajada de desengaños. Pequeñas escenas, descritas por el autor con viveza y a menudo intercaladas con breves intervenciones de los personajes en estilo directo (como la que refleja por ejemplo los manejos de la primera «Celestina» medieval en XI.20), no parecen a veces tanto ficciones como reconstrucción de sucesos reales dejados en el anonimato. Por las páginas del libro desfilan en efecto diversas facetas y ámbitos de la sociedad bizantina con los que el autor ha tenido contacto y contra los que nos previene con palabras a menudo enfáticas.

El mayor número de páginas de la obra está dedicado, como no podía ser menos, a aconsejar al estratego (de ahí el equívoco título de *Strategikón* que se dio en su momento a la obra). Numerosas traiciones ilustran esta sección. Según Cecaumeno, cuando se tiene una responsabilidad en el mando

de las tropas, las precauciones se deben extremar, tanto para evitar las tretas del enemigo como las de los supuestos aliados (XVI.6: mantén «los lazos de amistad tanto con los vecinos como con los extranjeros, pero no confíes en ellos»; VII.10: «Es preciso que tú te guardes más de los amigos que de los enemigos»). Las guerras se ganan pues para él muchas veces más con estratagemas que en abierto enfrentamiento, no sólo porque nunca se puede estar seguro de las fuerzas y planes del enemigo, sino porque no es posible confiar en las propias tropas, cuya disciplina y fidelidad el estratego podrá mantener castigando unas infracciones y perdonando otras. El espionaje es por lo tanto fundamental en toda actividad militar y más útil que el arrojo suicida en combate.

Frente al ámbito militar, los funcionarios imperiales, sobre todo los recaudadores de impuestos, son objeto de las mayores invectivas de Cecaumeno (IX.7.iii: «¿Cómo va a ser justo un recaudador de impuestos?»), que rechaza todo tipo de tareas fiscales (VI.31: «Un estratego no puede ser a la vez un recaudador chupatintas»). Su alta valoración de las letras (VI.33.i: «Cuando tengas tiempo libre y no estés ocupado con las obligaciones militares, lee libros» y IX.29.i) no le impide sin embargo reconocer su escasa formación en este campo (XIV.2: «Sé que algunos me censurarán y sacarán a relucir mi ignorancia»), que aunque ajeno a sus intereses inmediatos (dedica sólo un pequeño párrafo en V a los filósofos y maestros), resulta imprescindible, como se sabe, para triunfar en los puestos más altos de la administración imperial bizantina. Nuestro autor, que conoce perfectamente las dignidades y títulos concedidos a los militares, no alude sino de pasada al intrigante mundo de la corte, a cuya jerarquía de funcionarios se refiere siempre en términos vagos e imprecisos que denotan su falta de familiaridad con este mundo, incluso su desprecio hacia él. La venalidad de cargos y títulos, verdadera plaga en su época, halla eco abundante en las páginas de nuestra obra.

El mundo del comercio o de la artesanía es también ajeno a la mentalidad del autor, que no dedica ninguna palabra a estas actividades en su obra, más que para condenar ocasionalmente la usura o los negocios (IX.31.ii). No se trata sólo de una simple mentalidad aristocrática de desprecio del trabajo manual, pues el autor dedica elogiosas páginas al cultivo del campo, que considera el único trabajo digno. Su ideología por lo tanto está más próxima a la de un terrateniente que a la de un noble o dignatario de la corte. Con esto encaja su negativa visión de los médicos (XI.2.i: «Reza para no caer en manos de un médico»), que debían ser escasos y poco preparados en el mundo rural.

Tampoco la jerarquía eclesiástica interesa a Cecaumeno, que menciona muy sucintamente las obligaciones propias de los dignatarios eclesiásticos (X). Esto no tiene nada que ver con las profundas convicciones religiosas de nuestro autor, que no sólo cita constantemente la Biblia y a los Padres de la Iglesia griegos, sino que aconseja asistir a los oficios divinos (IX.5.i) y leer libros de historia de la Iglesia (VI.33.i). Sin embargo por encima de su religiosidad destaca su profundo sentido de la justicia, que considera es la mejor arma en manos del estratego (VI.40: «La justicia es un arma de guerra») y que debe ser antepuesta a cualquier otra consideración de amistad (IV.1: «Si alguien es muy amigo tuyo y va a ser condenado, rechaza hacerte cargo de ese caso para no emitir una sentencia injusta»). La equidad de nuestro autor se basa en su creencia en la igualdad de todos los seres humanos como hijos de Adán (XV.11.i). Por ello, a pesar de su pesimismo, Cecaumeno no renuncia nunca a la persuasión para imponer lo que es justo. La educación de los hijos, lo mismo que la disciplina de los soldados, debe sustentarse por lo tanto más en el poder de convicción que en la violencia (XI.3: «No fustigues a tus hijos ni a tus hijas con la vara, sino con la palabra»).

Cecaumeno se revela pues como un hombre de principios, que cree en la religión, la justicia y la palabra y antepone todo

ello a su visión pesimista del mundo y de las debilidades humanas. Más allá del innegable valor del libro como fuente histórica (algo que el lector comprobará a través de las notas que glosan nuestra traducción), es su inapreciable humanidad lo que lo convierte en un libro único en su género y nos consigue acercar a la mentalidad bizantina como ninguna otra obra retórica de las que se componían a centenares en los ambientes de la corte. Después de leerla comprenderemos mejor qué significa el llamado fatalismo de los bizantinos, al que se considera el responsable de su decadencia. No se trata de renunciar a la acción, pues nuestro autor es todo menos un hombre resignado, sino en pensar lo que es posible hacer en cada caso, teniendo siempre en cuenta que nuestro objetivo no es la felicidad, sino la justicia. En efecto, según señala nuestro autor, «es imposible que no cause dolor aquello que nos hizo felices» (XI.30). Sólo la justicia garantiza la salvación y la felicidad... en el más allá.

La presente traducción

A la espera de que salga a la luz la edición de Charlotte Wrinch-Roueché para el *Corpues fontium historiae byzantinae*, contamos con cuatro ediciones de la obra de Cecaumeno. La *editio princeps* es la de Wassiliewsky y Jernstedt de 1898, que corrigió abundantes lecturas del texto conservado en un único manuscrito, muy corrompido, del siglo XIV, el *Mosquensis gr.* 436. Los problemas que planteaba el texto motivaron el estudio crítico de Lemerle en 1960, en el que se basó Litavrin para su edición rusa de 1972, la más completa desde la fecha y dotada de un extenso comentario. Nada nuevo aporta la edición ateniense de 1993, pero sí incluye numerosas lecturas nuevas la reciente edición de María Dora Spadaro, que he incorporado a mi versión cuando lo consideré pertinente. Desgraciadamente Spadaro no incluye en su edición

los consejos al emperador, lo que obliga a seguir teniendo en cuenta el texto de Litavrin. Adopto una nueva división por capítulos y parágrafos que pienso da cuenta mucho mejor del contenido real de la obra y paso por alto la capitulación que establece el manuscrito, que es a todas luces tardía y claramente errónea como ya señaló Lemerle. Para facilitar las referencias incluyo sin embargo al final del libro una correspondencia entre los capítulos y los folios del *Mosquensis*. Traduzco también, por vez primera, los párrafos finales sobre los sátiros y las tormentas, que considero salidos de la pluma de nuestro autor.

Sólo en un par de ocasiones he realizado mis propias lecturas, lo que indico en nota. El texto del manuscrito está muy corrompido y presenta lagunas en diversos puntos que señalo con [...] sin mayor indicación. El griego está muy lejos de los parámetros clasicistas de los escritores bizantinos tanto en vocabulario como en sintaxis, aunque no en morfología. El autor evita en gran medida la subordinación sintáctica y liga los sintagmas con un simple «y» pese a que expresan relaciones complejas, aspecto este al que no es posible ser fiel en la traducción castellana sin riesgo de aburrir al lector. La transcripción de los nombres propios de personas y lugares ha sido necesariamente incoherente, pues he seguido la norma habitual en aquellos de raíces clásicas (Monómaco y no Monomachos), el uso castellano en aquellos que tienen una correspondencia en nuestra lengua (Miguel y no Michael o Michail) y la transliteración en los nombres de origen no griego (Szlavotás y no Eslabotas), o que no reflejan en griego exactamente el nombre que se supone original (Hiulabos y no Olaf). Los términos que el autor cita como no griegos, no han sido traducidos. Por lo demás he intentado mantener el estilo espontáneo y fluido del autor, sin pretender construir una prosa culta y un estilo periódico que le es por completo ajeno.

Los numerosos términos técnicos (especialmente en lo que se refiere a la compleja jerarquía bizantina de dignidades y

cargos de la administración) y personajes históricos aludidos requieren un número de notas superior al aconsejable en una edición de este tipo, pero resultan imprescindibles para la correcta comprensión del texto. Entiéndanse las notas como una mera orientación, pues la inmensa bibliografía que ha generado el libro (centenares de trabajos) no puede ser abordada en el reducido marco de esta traducción. Además de los títulos citados en esta introducción, deben consultarse la obra de Lemerle y la introducción y comentario en ruso de Litavrin. En ellos y en la edición de Spadaro se encontrará bibliografía detallada sobre Cecaumeno.

Ediciones, traducciones, notas críticas al texto

B. Wassileiwsky-V. Jernstedt (ed.), *Cecaumeni Strategicon et incerti scriptoris de officiis regiis libellus*, Petersburgo, 1896.

P. Lemerle, *Prolégomènes à une édition critique et commentée des «Conseils et Récits» de Kékauménos*, Bruselas, 1960.

H.-G. Beck (trad. al alemán), *Vademecum des byzantinischen Aristokraten. Das sogennante Strategikon des Cecaumeno*, Graz, 1964.

G. G. Litavrin (ed.), *Sovety i Rasskazy Kekavmena, socienenie vizantijskogo polcovodca XI veka*, Moscú, 1972 (reseñas con notas críticas en *Byzantiskij Vremennik* 36 (1974) 154-167, A. Kazhdan; *Byz. Zeitschrift* 67 (1974) 398-400, R. Browning; *Byzantinoslavica* 36 (1975) 46-48, Ch. Hannick).

D. Tzoungarakis (ed. y trad. al griego mod.), *Strategikon*, Atenas, 1993.

M. D. Spadaro (ed. y trad. al italiano), *Raccomandazioni e consigli di un galantuomo*, Alessandria, 1998.

CONSEJOS DE UN ARISTÓCRATA BIZANTINO

Un hombre sensato y el primero en el ejército,
que fue estratego en tierras y campamentos,
que actuó, pero también vio y escuchó de sus propios ancestros,
y aún salió en campaña con grandes emperadores,
y vio sus victorias y vio sus desgracias,
y cómo y por qué sucedieron ambas,
y consideró una lástima que nadie las hubiera escrito,
hizo ambas cosas y escribió este pergamino,
que permanecerá para siempre y alcanzará su propósito.

Se ha perdido y estropeado el principio del libro junto con el prólogo. Tal vez también otras secciones en el interior de la obra [1].

1. Estos torpes versos y la nota inicial son de un copista muy posterior a nuestro autor.

[CÓMO SE DEBE ACTUAR CUANDO SE JUZGA A ALGUIEN]

I.1. Un hombre de bien [...] otra persona es condenada injustamente por un hombre [...] y malvado, injustamente [...] se le obliga a pagar una suma sin precedentes. Si esto llegara a tus oídos, no calles ni permanezcas al margen, sino hazte cargo de él, tiéndele la mano para ayudarle e intenta evitar cuanto antes el mal, primero importunando al juez y luego a la parte acusadora. Si después de rogarles muchas veces, ves que su enfermedad no tiene cura y que permanecen inflexibles ante la demanda, entonces, si puedes, divulga el asunto y critícalos delante de todos. Sé que algunas personas sin experiencia y sin educación te harán reproches por ello y se burlarán de ti sin razón, llamándote charlatán. «¿Qué te importa a ti la injusticia que le hicieron a éste», dirán, «si nosotros no te hemos hecho ningún mal?».

I.2. Pero no renuncies a esta acción buena y piadosa y no dejes que aquel que está acusado injustamente por ellos se vea en una situación desdichada por culpa de las censuras y burlas que éstos te hacen. Pues sé a ciencia cierta que también éstos te respetarán viendo cómo te entregas con toda tu

alma a defender la justicia y destruir la injusticia. Si te amenazan, no seas pusilánime, sino ten valor, porque Dios te ayuda y, dándote enseguida su apoyo, hará que se cumpla aquello por lo que luchas con toda tu alma a condición tan sólo de que tu afán esté por encima de todo orgullo y vanidad y sea ajeno a toda codicia. No pienses en tu interior que no es necesario alterarse, ni convertirse uno mismo en acusador o inmiscuirse en los problemas ajenos, puesto que Dios te dio la facultad de hablar para salir en defensa del prójimo.

I.3. No minusvalores la Gracia de la Diestra Celestial, ni la consideres inútil y sin efecto, pues el rico, cuya conducta y riqueza proclama claramente el Evangelista [2], no causó ningún daño a Lázaro, pero, pudiendo socorrerle, no lo hizo. Y la causa de que Pilato fuese condenado no resultó otra sino el que, pudiendo absolver al Señor, no lo hiciera, pues él mismo confesó ante Cristo diciendo que «tengo la potestad de liberarte», pero ante los judíos: «No encuentro culpa alguna en este hombre». Por eso tuvo que oír del Señor que «no tendrías ninguna potestad sobre mí si no se te hubiera dado desde arriba. Es el que me entrega a ti el que comete mayor pecado» [3]. Así hizo que si Judas fue el primer responsable del mal, Pilato fuese el segundo. ¿Por qué se ha condenado a Pilato tan severamente? Porque, pudiendo liberar al Señor, no lo hizo, aunque lo que sucedió fuese tal vez obra de la Providencia. Así pues, fíjate y que no te pase lo mismo: si puedes, presta tu ayuda.

I.4. Pero si es una muchedumbre la que acusa y tú tienes potestad para juzgar, examina el asunto con atención. Si encuentras que la muchedumbre está del lado de la justicia, dicta una resolución benevolente, pero si la muchedumbre actuó contra el hombre movida, bien por un propósito oculto de

2. Lucas 16.19.
3. Juan 18.38 y 19.10-11.

perjudicarle, bien por envidia, procede entonces con prudencia e inteligencia para liberar al acusado: serás alabado por Dios y por ese hombre.

I.5. Pues debes temer más a Dios que a los hombres, ya que son los insolentes los que más te respetarán. Pero que la franqueza con la que hablas no sea fruto de la insensatez, sino que esté llena de humildad y amor a Dios.

I.6. Socorre siempre al necesitado, pues el rico es el Dios del pobre porque lo llena de beneficios. De ahí que los búlgaros llamen «bogat» al hombre rico [4], lo que indica su condición divina. Pero si perteneces a los de en medio y no puedes actuar libremente ni facilitarle aquello que es preciso, haz cuanto puedas: da según tus recursos, ayúdalo en sus tentaciones, consuélalo. Y si perteneces a los que se hallan abajo del todo, lo que deseo no te suceda, siente misericordia hacia él, conduélete, llora, entristécete y Dios considerará grandes estas acciones y te recompensará. No aspires a recompensas humanas, sino mira a Dios. Si alguien te hizo daño y descubres que se halla en peligro sin merecerlo, tiéndele la mano, pues no sabes lo que traerá el mañana [5]. Entonces es cuando más grato serás a ojos de Dios y de los hombres.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL QUE SIRVE AL EMPERADOR]

II.1. Si estás al servicio del emperador, considera atentamente la calumnia de la que puedes ser objeto y ten presente cada día ante tus ojos la imagen de tu caída, pues no sabes qué traman detrás de ti. Y si eres el hombre de confianza del emperador, muéstrate humilde y no hables francamente, pues el prestigio y la franqueza engendran envidia. Si las circunstan-

4. Ésa es precisamente su significación en antiguo eslavo.
5. Proverbios 3.28.

cias exigen que hables francamente, hazlo, pero con delicadeza y sin brusquedad. No envidies ni guardes rencor a nadie, pues los caminos del rencor llevan a la muerte.

II.2. Pero en el caso de que alguien hable contra ti, convócalo a solas y dile con una noble disposición: «Hermano, ¿en qué te ofendí para que hables contra mí? Si he sido injusto contigo en algo, dímelo y lo corregiré». Si realmente fuiste injusto con él, rectifica entonces. Pero si no le causaste injusticia alguna, se conmoverá ante tu disposición humilde y dejará de atacarte. Si en cambio te dispones a amenazarlo usando tu autoridad, es a ti mismo a quien harás daño, pues entonces te perderá todo el respeto e intrigará contra ti. No puedes ni sospechar todo el daño que te causará.

II.3. Si quieres interceder por un amigo tuyo, actúa con inteligencia y consciente de lo que haces, casi nunca abiertamente, para que no se tenga una opinión equivocada de ti, ni él sospeche que haces esto por los regalos: te dañarías a ti mismo y a aquél por el que intercedías. Ni por regalos ni por amistad te veas inducido a hacer un sigilion imperial o un pitacion conformado pero sin sancionar [6], pues no sólo perderás tu prestigio, sino que se te confiscarán tus propiedades.

II.4. Evita hablar con agitadores y ten cuidado siempre cuando hables con tus compañeros o con cualquier otro. Si la conversación recayera sobre el emperador o la emperatriz, no emitas ninguna opinión en absoluto, sino mantente al margen. Pues vi a muchos que por ello corrieron peligro. Pues el necio habla como en broma o maliciosamente, pero, una vez que se retira, te calumniará diciendo que eras tú el que habló así. Y aunque aquél hablase llanamente, habrá algún otro, lleno de malicia, que se apresurará a contarlo y tú serías acusado simplemente porque te encontrabas allí presente. Despre-

6. Documentos de la cancillería imperial, firmados por el emperador en tinta púrpura y ocasionalmente con su sello en los que se concedían privilegios, decretaban nombramientos, transmitían órdenes, etc.

ciarán al que habló así, pero dirigirán contra ti la acusación. Ten cuidado, hijo, con aquello que te parece desdeñable: estas cosas son origen de grandes males. Vi a muchos que corrieron peligros por ellas.

II.5. Si el emperador delega en ti todos sus asuntos y administra por tu boca aquello sobre lo que tiene autoridad, no adoptes una actitud altanera y no le desprecies. Pues los hombres arden en deseos de alcanzar semejante posición, pero cuando algunos la alcanzan, bien sea por sus grandes virtudes, por su esfuerzo o por la Gracia de Dios, al final se descuidan y, cayendo en la soberbia, perecen.

II.6. Si alcanzases una elevada posición, lo que deseo no te suceda, bien sea por tus grandes virtudes, por tu esfuerzo o por la Gracia de Dios, no sientas desprecio hacia los demás ni te muestres altivo, para que no te sobrevenga una durísima caída. Pero aunque progreses por la Gracia de Dios, debes esforzarte en ganarte el favor de Dios todo misericordioso con tu humildad y esfuerzo. No seas insaciable en el tomar y procura más bien ser igual con todos y no enemistarte con nadie por culpa de los regalos, no vayas a precipitar tu caída: te bastará con lo que se te entregue voluntariamente.

II.7. No participes en banquetes, pues en ellos suelen pronunciarse muchas palabras vanas y frívolas. Sé que si observas esto que te digo, se burlarán de ti tachándote de poco sociable y agarrado, pero es mejor que te suceda esto que ir al banquete o celebrarlo en tu casa, para que o bien te calumnien luego ante el emperador diciendo que el banquete resultó una conspiración contra él, o bien pronuncies algunas palabras poco meditadas y todos los comensales te censuren por ello.

II.8. Ten pues cuidado y vigila con especial atención todo lo que sucede en la ciudad, para que nada te pase desapercibido. Ten informadores en todo momento y en todo lugar en todos los gremios, para que cuando se vaya a gestar algo, estés al corriente. Del mismo modo, no debe pasarte desaperci-

bido nada de lo que suceda en las provincias fronterizas o del interior. A los que vienen de fuera no les permitas sueño ni descanso. Pregúntales en privado, pues algunos no son de natural propensos a hablar francamente y aunque tienen cosas importantes que contar, no se atreven a hacerlo.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL QUE SIRVE EN LA CORTE]

III.1. Si estás al servicio de un alto dignatario, sírvele no como a un dignatario o a un hombre, sino como a un emperador o a un Dios. Y si es un ignorante y un incapaz, y tú en cambio sobresales por tus conocimientos, sabiduría y habilidades, no lo desprecies, que prescindirá de ti. Y no digas: «A mí no se atreverá a hacerme nada malo». Pues vi a muchos de los que se prescindió por este motivo.

III.2. Si en cambio estás al servicio del emperador y ocupas un puesto inferior [7], entonces sé precavido en extremo, controla tu lengua y ponte a las órdenes de los poderosos. Resérvate el último lugar, que será Dios el que te ascienda. No seas estricto e inflexible y no contraríes a los poderosos. Preséntate ante ellos, aunque no constantemente, pues el trato habitual suele llevar aparejado el desprecio.

III.3 Quizás digas: «Es un necio y no se enterará de lo que hago». Noé yacía sin sentido ebrio de vino, pero sabía lo que hacían Sem y Jafet y cómo se rió Cam de él y así les correspondió a ambos como merecían [8]. No le engañes ni con documentos, ni con el sello, ni con el dinero, ni en ninguna otra cosa. Pues si haces esto y te descubren, sin duda serás objeto

7. El autor se refiere al servicio en la administración imperial bajo las órdenes de un poderoso, por lo que no hay que desplazar este pasaje III.2 al final del apartado anterior como propone Lemerle, ni entender los apartados siguientes como referidos al servicio directo al emperador, como sugiere Spadaro.
8. Génesis 9.20-27.

de burla general. Piensa en el futuro como si fuera presente y no cometerás errores.

III.4. Si llega a cometer algún error improcedente en la administración, no le quites importancia, ni aunque te disguste, pero guárdalo en secreto con la mayor discreción. Pues si lo divulgas, todos te rehuirán a partir de ese momento como si fueras una serpiente.

III.5. A tu emperatriz la honrarás tal como si en verdad fuera tu dueña, tu madre, tu hermana. Y si quiere jugar contigo, evítala, rehúyela. Debes hablar con ella con la cabeza gacha.

III.6. Si tu señor te favorece y permite que estés a su lado, permanece entonces junto a él. Si en cambio no te lo permitiese, retírate en paz de su lado.

III.7. Si cometiese alguna injusticia contra ti, no lo lleves a juicio, sino déjalo estar y Cristo te socorrerá.

[CÓMO DEBEN ACTUAR JUECES Y NOTARIOS]9

IV.1. Si eres juez de distrito[9], la obtención de regalos no debe cegarte ni guiar tu mano, pues el que ansía regalos deambula entre las sombras de la ignorancia, por muy cultivado que sea o lleno de inteligencia y saber que esté. Conténtate más bien con la espórtula que te corresponde. No se te envió en efecto para que acumulases dinero, sino para que reparases injusticias. No te conduelas de nadie en el juicio movido por la benevolencia. Si alguien es muy amigo tuyo y va a ser condenado, rechaza hacerte cargo de ese caso para no emitir una sentencia injusta, pues si no al final te cubrirás de ignominia y tu amigo será condenado igualmente por los jueces de la Ciu-

9. De ahora en adelante traduzco como «distrito» el término bizantino *thema*, que designa una circunscripción administrativa en la que la autoridad militar del estratego se impone sobre la civil representada por el pretor y los jueces.

dad[10]. Si sólo piensas en recibir regalos, los que no te los den, no parecerán buenos ante tus ojos, aunque sean muy honestos; mientras que los que te los den, te parecerán buenos y tu espíritu se confortará entre ellos aunque fueren asesinos. Pues los que se apropian de los regalos ajenos suelen tener grabado en su alma «de quién recibiré tales regalos». Si los recibiera, sólo piensa en recibir de nuevo un segundo y un tercer regalo. Si no los recibiera, montará en cólera, como si se le hubiese privado de algo que le pertenece. Y entonces el justo será como el impío.

IV.2. Escucha lo que Habacuc grita al Señor: «Frente a mí», dice, «tuvo lugar un juicio y el juez recibió regalos. Con ello se ha quebrantado la ley, el proceso no se consumará, porque el impío ha tiranizado la justicia. Por esta causa se emitirá un juicio torcido»[11].

IV.3. Si alguien se te acercase sin estar implicado en juicio alguno para obsequiarte con regalos y dijera: «Cógelos, te los doy porque te aprecio», no los cojas. Pues aunque entonces no te pida nada, después de que hayas recibido estos regalos, te dirá que le falsifiques un documento. Y si lo hicieses, puedes ser condenado por Dios, por el emperador y por los jueces de la ciudad. Pero si no lo hicieses, le tendrás que devolver, lleno de oprobio, lo que te dio, pues él te lo reclamará.

IV.4. Si sobre el distrito recae una contribución extraordinaria y tú eres el encargado de recolectarla, no hagas de la pérdida general tu propio beneficio, pues no se te dio este encargo para que te beneficiases. Los afectados por la contribución ya tienen bastante con saldar su mal.

IV.5. Si tiene lugar un asesinato, que no pague justo por pecador, sino sólo aquél que se atrevió a cometerlo. Pues yo vi a muchos inocentes que fueron llevados a juicio, mientras

10. La ciudad por antonomasia, mientras no se especifique lo contrario, es Constantinopla.
11. Habacuc 1.3-4.

que los culpables quedaban impunes por haber pagado dinero. Me acuerdo ahora de Dión el romano, que dijo: «Hasta los más respetables de los hombres se dejan cautivar con dinero y unas palabras adecuadas» [12].

IV.6. Tus notarios y el resto del personal que te atiende deben temerte. Pues si te temen, no infringirán la ley. ¡No se te ocurra tenerles miedo! ¿Cómo podría ocurrir esto? Si tú también infringes la ley. Pues si no infringes la ley y tus hombres no tienen documentos probatorios contra ti, no deberías temerlos. Pues los que viven de acuerdo con la justicia están a resguardo por todas partes.

IV.7.i. Sin embargo no debes infundir un miedo atroz y gratuito a tus hombres y demás servidores a tu cargo, pues se llenarán de resentimiento contra ti, ya que aunque hayan llegado a estar bajo tu cargo, son tan humanos como tú. Del mismo modo que el que te sirve precisa ahora de tu ayuda, las circunstancias pueden llevar quizás a que tú mismo necesites que él te tienda su mano. Yo vi en efecto cómo pasaba esto y me he asombrado de las vueltas que da la vida.

ii. Cada vez que tus notarios emiten un juicio contra un habitante del distrito, no te dejes arrastrar al punto por sus palabras y lo castigues lleno de cólera, pues los servidores suelen alabar y enaltecer ante su señor a aquél del que han recibido algún favor, aunque sea un asesino y profanador de tumbas; pero si no han recibido nada de una persona, por muy honesta y noble que ésta sea, enfurecen como si fueran víctimas de una injusticia por su parte y así se dirigen ante su señor y le malquistan con él diciéndole: «Fulano te trató con desprecio y no te considera una autoridad, sino que te trata como si nada fueras». Es más, si debido a las intrigas de tu notario se produjo algún desorden, volviéndose hacia ti te dice:

12. Esta cita del griego Dión Casio (ca. 155/164-post 231 d.C.), autor de una historia de Roma, no se encuentra en lo que se nos conserva de su obra.

«Él mismo ha preparado esto, aunque calle para disimular. Si no se le hace entrar en razón, para que así también aprendan los demás con él, ya no habrá más obediencia». Así, tramando mil enredos más, te enardece a ti, su señor, contra aquel que ninguna injusticia cometió.

iii. En el caso de que decidas castigarlo, o bien la población vejada por la actuación injusta de éste, se subleva contra él, y entonces él lleno de oprobio se defiende excusando ignorancia, o bien te apoderas tú del inocente y le aplicas la tortura, de forma que se indigna el que escudriña corazón y riñones [13]. Cuando los poderosos descubran todo el asunto, no habrá nadie que no te condene. Si transfieres la culpa a tu subordinado, esto tendrás que oír de ellos: «Tú le dabas órdenes, no él a ti». Ten cuidado con estas cosas, es más, debes luchar para que la razón guíe tu juicio y la sentencia sea sensata y conforme a la ley.

IV.8. Si se te acusa por una contribución extraordinaria y los jueces de la ciudad leen tus registros oficiales, como a la teología [...].

IV.9. [...] soberbios del mismo modo que los deformes. Debes ser igual con todos y no desviarte del camino recto. «No alabes a un varón por su belleza ni censures a una persona por su aspecto exterior. La abeja es pequeña entre los animales que vuelan, pero su fruto es el origen de todos los dulces», dice Sirac [14]. Otros, que aparentemente son impetuosos, al final resultan ser unos indolentes, que regalan palabras, pero no obras. A éstos es preciso creerles no sus palabras, sino sus obras.

IV.10. Si eres un notario, que tu señor no se arruine por culpa de tu avaricia, sino lucha más bien para que reciba alabanzas gracias a tus obras y tu actividad. Pues él te escogió para que le proporcionaras honra y descanso y no maldición y oprobio.

13. Salmos 7.10 y 26.2
14. Eclesiastés 11.2-3.

[CÓMO DEBEN ACTUAR MAESTROS Y FILÓSOFOS]

V. Si eres un maestro o un filósofo, esfuérzate en mostrar tus conocimientos mediante tu comportamiento y tus palabras, mediante tu actuación y tus obras, y sobre todo que no fueron en vano tus estudios y tu formación. Amóldate a las circunstancias y sé político. Por político no me refiero a que seas un comediante o un bufón, sino un verdadero político, una persona capaz de enseñar a toda la ciudad [*polis*] a hacer buenas obras y a suprimir el mal de ella, para que no sólo te tengan honra y afecto aquellos que te ven, sino también los que oyen hablar de tu virtud y tu inteligencia. Esfuérzate para que tus obras revelen a todos tu conocimiento.

[CÓMO DEBE ACTUAR UN ESTRATEGO]

VI.1.i. Si eres estratego y se te ha confiado una tropa –por estratego entiendo al superior en mando de un contingente militar– debes permanecer vigilante noche y día y que tu única preocupación sea ver cómo consigues una victoria sobre los bárbaros [15]. Si estás en territorio enemigo, debes disponer de muchos exploradores, que sean dignos de confianza y eficaces, de esos que solemos llamar «honsarios» [16]. A través de ellos debes informarte de las fuerzas del enemigo y de sus tretas. Sin exploradores es del todo imposible cumplir con ningún cometido. Aunque alguien consiga algo sin ellos, esto sucede raras veces y de manera impredecible. Tus exploradores no deben conocerse entre sí, pues si por un casual uno de ellos es capturado, puede descubrir a los demás.

15. Cecaumeno no utiliza el término griego *barbaros* para referirse a los no romanos, sino *ethnikos*, que implica diferencias de origen y etnia.
16. Palabra relacionada tal vez con el antiguo alto alemán *hansa*, que significa «grupo armado» o con el término romance «corsario».

ii. Debes disponer también de otros «honsarios», los llamados «sinódicos». Sinódicos son aquellos que tú envías en grupos de ocho, nueve, diez o más para que se apoderen de informantes. No escatimes los regalos con ellos, sobre todo cuando cumplan con su labor. Conversa con ellos a menudo y a través de sus conversaciones entérate discretamente de quién es un hombre sencillo y quién tiene un humor cambiante, quién miente y quién dice la verdad. Es preciso saber quién de entre ellos es impetuoso y quién indolente, quién audaz y quién cobarde. Pero que no conozcan tu parecer ni los exploradores, ni ningún otro. Debes preocuparte por saber cada día dónde está tu enemigo, cuál es su situación, qué hace, a qué espera, con cuántas tropas cuenta, qué pretende, cómo envía a sus exploradores y si es que lo hace o no, y ello tanto si emplea tretas como si actúa abiertamente. Y aunque actúe abiertamente, no lo minusvalores en absoluto, pues se hará contigo, sino procura tratarlo como si fuera un enemigo sagaz y vigilante, para poder derrotarlo.

VI.2.i. Únicamente si tienes muchos exploradores podrás obtener informaciones sobre el enemigo. Una vez que te hayas informado exactamente de lo que traman, entonces, si puedes hacerles frente, atácalos, pero no sin un plan, pues así destruirías a tus propias tropas. Debes procurar debilitar a tu enemigo mediante argucias, estratagemas y emboscadas, y sólo al final, si es verdaderamente imprescindible, atácale. Pero no debes atacarle antes de sondearle y haber trabado contacto con él. Pues si atacas al enemigo antes de haber trabado contacto con él, no sabrás cómo debes atacarle. Y si retrocedes, a partir de ese momento la cobardía se adueña de tus tropas y en adelante el miedo y la cobardía acompañarán tu marcha. Si el día te es propicio, atácale aun sin haber trabado antes contacto con él. Pero esto ocurre pocas veces.

ii. Debes luchar para preservar tus tropas, pero no debes caer en la cobardía por esta excusa, sino ser audaz e inasequible al desaliento, aunque no demasiado audaz, ya que perece-

rías, ni un completo cobarde. Si eres cobarde, te disculparás diciendo: «Mi objetivo es preservar a mis tropas». A esto diré yo: «Si querías preservar tus tropas ¿por qué saliste de campaña?». Por esto precisamente marcharon los bárbaros contra ti o tú contra ellos, para luchar por conseguir una victoria. Y no hay otro modo de conseguir una victoria que no sea mediante una estratagema o la guerra abierta. No te estoy diciendo que no preserves a tus tropas, ni te estoy instando a que corras riesgos imposibles, sino que te digo: actúa siempre con sensatez, con precaución y con entrega, para que no se te censure ni por tu audacia ni por tu aparente prevención. Así pues, no debes ser ni cobarde ni mostrarte siempre aguerrido, sino que la mayor parte de tus acciones sean audaces, pero que aquellas en que aparentemente te muestres cobarde sean las tretas y engaños propios de la sagacidad. De este modo resultarás terrible a los enemigos.

VI.3. Me gustaría enseñarte también cómo debes formar el día de la batalla, pero en realidad ya los antiguos trataron esto con detalle y bastará con lo que sigue. De acuerdo con lo que sepas del bárbaro, así debes formar tus tropas. Pues hay bárbaros que forman en una sola falange, otros en dos falanges y hay quienes avanzan dispersos, quienes por turnos moviéndose en círculo. Pero por encima de todas las formaciones, la mejor y más segura es la romana [17]. Es preciso saber que los bárbaros tienen la emboscada por toda estratagema. Es necesario que tengas estas cosas presentes, pues muchos fueron capturados por ellos. Pero tú, si preparas una emboscada en un lugar apropiado y resguardado, si Dios guía tus pasos, realizarás grandes hazañas.

VI.4. Ten cuidado con los desertores que acuden a ti, pues muchos de ellos desertan con una doble intención, de acuerdo con las maquinaciones del bando opuesto, para engañarte

17. Dos alas y un cuerpo central con un contingente de retaguardia en segunda línea.

y ponerte en manos de tus enemigos. Al final huirán también ellos. Hay sin embargo también otros que desertan bien esperando tu recompensa, bien porque su propia gente les ha maltratado. No es pues conveniente que desconfíes de todos. No obstante, no confíes en ellos. Pero en el caso de que se presenten a ti desertores, recíbelos con alegría y recompénsalos. Ocúpate de que estén bien y de que tengan de todo en abundancia. Mas tenlos siempre a la vista y vigílalos, pero sin que lo noten, hasta que averigües en secreto sus intenciones, sin que aquéllos se enteren de que haces averiguaciones, pues se escandalizarán. Una vez que te hayas informado de que vinieron a ti sin ocultar nada y de todo corazón, trátalos como a íntimos.

VI.5. Levanta tu tienda en un lugar fortificado, bien a la vista de todos, si tienes a las tropas contigo; pero si sólo te acompañan unos pocos hombres, mejor en un lugar fortificado pero oculto, para que no puedan espiar tus posiciones y rodeándote repentinamente se apoderen de ti. Pues es mejor que no conozcan tus fuerzas ni cuál es la disposición de tus tropas. Pero si tienes muchas fuerzas, tal como se dijo antes, acampa en un lugar bien visible y lejos de la espesura. Los parajes pantanosos y pestilentes debes rehuirlos por las enfermedades. Los antiguos sostenían que un ejército no debía permanecer muchos días en el mismo sitio, pues se produce pestilencia y de ella enfermedades; especialmente en territorio enemigo, para que los bárbaros no puedan espiar tus posiciones. Mejor acampar en lugares donde puedan descansar hombres y bestias, tales como las márgenes de un río, junto a fuentes y manantiales. Y tenían razón. Yo te quiero decir además esto: busca sólo la seguridad del ejército de acuerdo con la configuración del terreno.

VI.6. Pon centinelas por todas partes, tanto lejos como cerca, no sólo por donde prevés que irrumpirán los enemigos, sino también por donde no lo prevés, para que no digas luego que «por esta parte no había previsto que atacaran».

Por no hacer frente al imprevisto yo te condeno a la pena capital y te diré: «Teniendo un enemigo, ¿cómo no previste el mal?».

VI.7. Habla con todos y presta atención a las palabras de cada uno de ellos y si el que te ha dicho algo acertado e inteligente carece de posición, no lo rechaces por ello. Pues quizás quiere Dios honrarle y le inspiró para que dijese algo inteligente. No lo desprecies por su baja posición.

VI.8. Si eres capaz de tomar decisiones, procura que nadie las conozca. Pero si no eres capaz tú solo de tomarlas, que tus consejeros sean pocos. Deben ser además capaces y fieles, para que no te aconsejen lo contrario de lo que deben. Pues muchos fueron los que padecieron calamidades por culpa de los malos consejeros, pues oyeron lo contrario de lo que debían.

VI.9. Si el enemigo te da largas un día tras otro, prometiéndote ya hacer la paz, ya firmar un acuerdo, ten por cierto que o espera ayuda de alguna parte o quiere tramar algo contra ti.

VI.10. Si tu adversario te envía presentes y regalos, cógelos si quieres. Pero debes saber que no hace esto por aprecio hacia ti, sino queriendo comprar con ellos tu sangre.

VI.11. No desprecies a los enemigos por ser bárbaros, puesto que son tan racionales como tú y tienen inteligencia natural y sagacidad.

VI.12. Si te enteras de una desgracia inesperada o incluso eres testigo de ella, no te acobardes, permanece por el contrario firme y entero para dar ánimos a los que tienes a tu cargo, pues si tus tropas ven que eres inasequible al desaliento, cobrarán valor, aunque los domine la cobardía y el miedo, y así, si no te muestras turbado, salvarás a tus tropas. Pero si tú te acobardas, ¿quién reconfortará e infundirá ánimos a las tropas? Serías sin duda el causante de tu propia destrucción y de la de tus tropas. Ten la certeza de que, según el salmo, el que se acobarda no puede escapar. Pues éste dice: «Desapareció

toda posibilidad de que yo huya» [18]. No te preocupes sólo de salvarte tú, sino primero de salvar a tus tropas y luego a ti, y así Dios, viendo que no sólo te preocupas de ti, sino de los demás, te ayudará a ti salvándolos a ellos. Pues ¿de qué te servirá si huyes y tus tropas son aniquiladas? Pues son muchos los que, sin saber nada, huyeron y causaron la destrucción de su formación. Tú debes confiar todo a Dios y suplicarle con toda tu alma en tu tierra y en la ajena, de día y de noche, para que te preserve y te ayude contra tus adversarios. Pero también debes hacer lo que te corresponde, luchar y no abatirte. Cuando lleves algo a buen término, entonces sin duda será debido a la Gracia de Dios. Pues sin Dios es imposible incluso cazar un gorrión [19].

VI.13. Si sabes a ciencia cierta que el caudillo de los bárbaros contra los que estás en guerra es una persona inteligente, debes guardarte de sus maquinaciones, pues para apoderarse de ti tramará cuantas estratagemas y argucias pueda. Tú debes también realizar cuantas estratagemas haga falta y no sólo las que aprendiste y escuchaste de los antiguos. Debes tramar también otras nuevas, pues la naturaleza humana es perfectamente capaz de inventarlas. Y no digas que los antiguos no han transmitido nada al respecto, pues te replicaré que la sagacidad y la sabiduría son inherentes a la naturaleza humana y que aquellos antiguos tuvieron que inventarse sus estratagemas. Invéntate tú pues tus propias tácticas y álzate con la victoria. Pues aquéllos eran sin duda tan hombres como tú.

VI.14. Si tu rival es un insensato, el doble deberás temerle, pues se precipitará contra ti repentinamente, ya sea de noche o de día, exponiéndose a todo tipo de peligros, o hará cualquier otra cosa que no es propia de los hombres razonables. Por ello es necesario que te asegures con todo tipo de precau-

18. Salmos 141.5.
19. Mateo 10.29.

ciones y que no desprecies a la gente más simple, ni te arredres ante los sagaces.

VI.15.i. Si enviara el enemigo a algunos hombres ante ti, como para entregarte una carta, ten por cierto que vinieron a espiarte. En el caso de que sólo te acompañen unos pocos hombres, debes preocuparte de que parezca que dispones de muchas fuerzas. Esto sólo lo puedes hacer en el caso de que hayas acampado en una zona boscosa. Pues así no pueden sacar en claro cuántas tropas tienes, ya que cada uno de los tuyos aparecerá por un lugar diferente.

ii. Si quieres retener a los parlamentarios algunos días, que acampen en una hondonada y con un hombre capaz y de tu confianza, para que no espíen a tus tropas. Y que no paseen por donde quieran ni hablen con cualquiera hasta que tú lo ordenes. Si tienes incluso algo importante entre manos, que no entren en tu tienda, sino sal de caza o a hacer otra cosa con una excusa y encuéntratelos allí mismo, lee su carta, dales valiosos obsequios, y después de escribir tu respuesta, envíalos de vuelta. Pues lo más probable es que acepten tus regalos y de regreso junto a los suyos te ensalcen. Es conveniente saber que los parlamentarios que envían son personas hábiles y sagaces, aunque simulen ser simples.

VI.16. Los autores más antiguos dicen que es preciso que el estratego infunda miedo; otros dicen que sea querido por sus tropas. Yo en cambio nunca hice caso de estos consejos, porque no daban razón ni del cómo ni del modo. Por mi parte diría que el estratego, si quiere ser apreciado por todos, no podrá conseguirlo ni con latigazos y castigos, ni con obsequios y regalos, sino que debe ser justo hasta la médula, estar por encima de todo regalo y beneficio, observar y juzgar correctamente y tratar a todos correctamente y por igual. No debe favorecer a uno porque éste pueda proporcionarle una vergonzosa ganancia mediante regalos o escrituras, o porque le tiene miedo por ser un agitador y un difamador y en cambio despreciar a otro, porque no le da regalos o es una perso-

na afable y tranquila, sino favorecer sólo a aquél que cumple con su trabajo. Debe evitar que mientras uno se beneficia del trabajo que ha hecho otro, aquél que dio su propia sangre se quede sin nada. Si observas estas cosas serás a la vez temido y querido por todos.

VI.17. Castiga a los que cometen una falta, pero no siempre ni con un castigo proporcionado a su falta, sino con benevolencia.

VI.18.i. Debes saber que aquél que te da presentes, te los da por este motivo: para comprar con ellos tu favor, pues pretende llevarte por donde él quiere, bien para castigar a hombres inocentes que él tiene como enemigos, bien con otro fin, para que no contemples entonces sus asuntos con tus propios ojos, embriagado como estás por los regalos, sino que los juzgues de otra manera y excuses con pretextos tu quebrantamiento de la ley. He visto a muchos que por culpa de los regalos fueron condenados a muerte. Y no digas: «Aunque acepto los regalos, no me aparto del camino recto». Escucha qué te dice David: «No destruyas mi alma con los impíos, ni mi vida con hombres manchados de sangre, cuyas manos han quebrantado la ley y cuya diestra está rebosante de regalos» [20]. Considera en tu interior qué le ocurrió a Constantino el Grande, que, por creer en el prefecto, condenó sin culpa a tres hombres a que fuesen decapitados [21].

ii. Si puedes beneficiar a alguien y después de haber recibido éste tus beneficios te ofrece unos regalos sin que se lo hayas pedido o se lo hayas reprochado, sino voluntariamente y lleno de agradecimiento, acéptalos, pues si no lo haces, le afli-

20. Salmos 25.9-10.

21. Una historia que pertenece al ciclo de milagros de San Nicolás de Mira (el Santa Klaus nórdico) y según la cual el prefecto de la ciudad de Andriace (puerto de Licia) acusó injustamente ante el emperador Constantino el Grande (312-337 d.C.) a tres generales de ser enemigos del imperio. Una aparición nocturna de San Nicolás convenció a Constantino de su inocencia, cuando ya iban a ser ejecutados.

girás. Pero si son muchos, no los cojas todos, sino sólo la mitad, y devuélvele el resto diciéndole: «Acepté éstos para no afligirte, pero no quería aceptarlo todo». Entonces él lo aceptará y también los que te hayan escuchado. Pero si se trata de ganarte el favor de ese hombre, ni cojas nada, ni te declares dispuesto a hacerlo, ni de ningún modo consientas que algo así ocurra. Si te atienes a esto, los hombres te ensalzarán y Dios te dará cien veces más [22] y te librará de un peligro mortal cuando te encuentres en una situación difícil.

VI.19. Que tus amenazas sean constantes contra aquellos que han delinquido, pero escasos tus castigos. Sé capaz de distinguir en cada caso, que Dios no se apartará de tu lado.

VI.20. Aquellos que escribieron libros de estrategia, recomiendan que si una formación fue puesta en fuga, no salga en campaña durante tres años. Es una buena determinación para que la cobardía desaparezca de sus corazones y lleguen como a olvidarse de su derrota. Pero yo te digo que si eres puesto en fuga, lo que deseo no te suceda, si puedes reagrupar aunque sea a la cuarta parte de tus tropas en el mismo momento o en el mismo día de tu derrota, no sientas miedo como los que tienen el corazón de liebre, sino ataca al enemigo con aquellos que reagrupaste, pero no frontalmente, sino primero por detrás o por el flanco, de manera repentina e inesperada, ya en el mismo día de la derrota o por la noche. Estoy absolutamente convencido de que, Dios mediante, lo destruirás y lo aniquilarás completamente. Pues aquél, desde el momento en que te puso en fuga, se despreocupará completamente de ti, sin prever tu ataque, creyendo que te ha dispersado. Si actúas en todo así, no errarás tu objetivo, pues al estar aquél despreocupado, será para ti una presa fácil.

VI.21.i. Ya antes dijimos que si puedes prescindir del consejo de otra persona, debes actuar siempre sin comunicar tus planes. Pues el estratego que no necesita el consejo de otro,

22. Marcos 10.29-30.

vale por todo un ejército. Así eran Pirro el epirota y Aníbal el cartaginés, aun cuando después de aquellas asombrosas campañas les aguardara un triste final, aunque pienso que no por propia culpa, sino por voluntad de Dios [23]. ¿Quién no admirará las hazañas del joven Escipión, conseguidas gracias a su sabio mando, o los combates de Belisario [24] y de otros muchos de los que saben los eruditos?

ii. Si requieres el consejo de otras personas, que sean pocos y fieles, pero que unos sean valientes y otros cobardes, para que, comparando los consejos de ambos, tomes tú mismo tu propia decisión a partir de los dos. Esfuérzate en superar a todos con tus consejos, con tu valor, inteligencia, sensatez y virtud. No temas la muerte cuando vayas a afrontarla por tu patria y tu emperador. Teme más bien el vivir sin honor y censurado. Pero no asumas riesgos de manera irreflexiva e impulsiva, pues esto es motivo de censura.

VI.22. Puesto que aquellos admirables hombres que redactaron tratados sobre máquinas de guerra, concibieron arietes, máquinas y otros muchos artilugios para la toma de ciudades, yo también te digo que, si puedes, concibas una máquina como las de aquéllos e inventes algo nuevo, pues esto es algo digno de la mayor alabanza.

VI.23. Es preciso que sepas cuáles son los más valientes y resueltos en cada compañía, para que en el caso de que te veas en la necesidad, bien de perseguir, bien de atacar al enemigo, los tengas a tu disposición, de forma que apenas des la orden,

23. Pirro, rey del Epiro (319-272 a.C.), conocido sobre todo por su victoria «pírrica» sobre los romanos en el año 279 a poca distancia de Roma. Aníbal, hijo de Amílcar († 183 a.C.) es el general cartaginés que infligió severas derrotas a Roma en la segunda guerra púnica. Pirro murió en lucha a cuerpo durante la toma de Argos y Aníbal se suicidó con veneno en el exilio de Bitinia cuando iba a ser entregado a Roma.

24. Publio Cornelio Escipión (235-183 a.C.), el vencedor de Aníbal. Belisario (505-565 d.C.) es el más conocido de los generales de Justiniano y responsable de la reconquista de África e Italia por las tropas bizantinas.

estén preparados para marchar y llevarla a cabo. El resto de las tropas debe permanecer junto a ti intacto, para que si les sucede algo imprevisto a aquéllos, puedan replegarse hacia ti. Pues si éstos confían en ti, su retirada será ordenada.

VI.24. Fíjate para que tampoco te pase inadvertido que los enemigos suelen desplegar numerosos estandartes, además de muchas hogueras, como si sus formaciones tuvieran diez veces más hombres de cuantos son en realidad. De esta forma se las ingenian para infundir el miedo y la confusión en ti y tus tropas, como si fueran una muchedumbre innumerable. Pues en muchas ocasiones los enemigos, a pesar de contar con pocos hombres, se sirvieron de esta estratagema y asustando al enemigo consiguieron ponerle en fuga.

VI.25. Si el enemigo te envía parlamentarios para concertar la paz, no los devuelvas humillados, concitando así contra ti las iras del que prometía la paz. Si la nueva contribución en oro que se te exige es sólo por una vez, accede al pago y acepta la imposición, pues es mejor que las masacres y saqueos. Piensa en las demás cargas que ha padecido tu tierra tanto por obra de los enemigos como de nuestro propio ejército, en lo incierto de la victoria y la derrota y en los males que padecerá el ejército. Así verás que las cargas que conlleva la guerra son numerosas y no tienen fin.

VI.26. Pero si el enemigo pide que se le entregue parte del territorio que te pertenece, no accedas, a menos que aspire a ser súbdito tuyo y a pagar los impuestos; aun así, hazlo sólo en caso de extrema necesidad. Pues por esa misma causa les sobrevinieron a los romanos numerosas catástrofes y desórdenes, como cuando los ismaelitas se apoderaron de Egipto y Palestina en el reinado de Heraclio [25]. Pero ¿por qué paso por alto sucesos recientes y retrocedo hasta tiempos remotos?

25. Se refiere a las conquistas de los árabes en estas áreas en el reinado del emperador Heraclio (610-641 d.C.), especialmente después de la derrota bizantina en Yarmuk (636).

Pues los pechenegos [26] invadieron de la misma forma la Romania [27] y sé que todos conocen cuántas miserias y sucesos luctuosos tuvieron lugar por su causa. ¿Cuál suele ser la causa de que esto ocurra? Yo sé que la mayor parte de las veces es la inexperiencia de los acritas. Pues debido a que éstos carecen de experiencia en la disciplina y arte militar, y a que no son capaces de deducir las consecuencias que suelen derivarse de una u otra acción, sino que, aunque llevan sus asuntos de manera inexperta, escriben y dicen a los emperadores lo que saben les agradará, ocurren no sólo estas desgracias, sino aún incluso otras peores. Por ello merecen no sólo censura, sino castigo. Pero aunque escapen a la condena de los hombres, no les será posible rehuir la justicia del Juicio de Dios.

VI.27. Si el enemigo está dentro de una fortificación y no hace salidas, de forma que no puedes conocer sus fuerzas, te digo que sepas que cuenta con pocos hombres y que sus fuerzas son escasas. Pero no debes despreciarlo por lo demás, sino que si tienes fuerzas, no debes dejar que permanezca encerrado, sino que debes enviar «honsarios» para que encuentren un paso por el que penetren tus tropas contra él. No debes decir que no hay un paso, ni debes creer en los que te digan eso. Pues ¿cómo van a poder vigilar el gran espacio que hay entre vosotros? La fortaleza es sin duda su propio límite. Y una vez que encuentres un paso, no pierdas la calma, sino permanece allí frente al enemigo, pero envía a tropas para que penetren por donde encontraste el paso. Que lleven como guía a un hombre con experiencia. Que al entrar hagan fuego como señal, si es de noche cuando entran, y si es de día,

26. Pueblo nómada de Asia Central que se establece entre el Don y el Danubio en el siglo X y es definitivamente derrotado por los bizantinos a comienzos del XII. Los pechenegos invadieron Bizancio en el invierno del 1048 cruzando el Danubio helado.
27. La Romania o «tierra de los romanos» designaba tanto las posesiones bizantinas de los Balcanes (la Rumelia de los turcos) frente a las de Asia Menor (Anatolia) como el conjunto de los territorios imperiales.

señales de humo. Presta atención para salir tú también contra ellos cuando los veas turbados y confusos. De esta forma se apoderó nuestro Señor el emperador Basilio Porfirogéneto [28] de catorce mil búlgaros en el paso montañoso de Zagoria, cuando los comandaba Samuel, un estratega genial [29].

VI.28.i. Es digno de alabanza que pongas fin a las injusticias que encuentres por todo el territorio al que has sido asignado, ya las haya provocado el fisco o los recolectores de impuestos, especialmente en los territorios fronterizos. Pero si eres incapaz de ponerles fin, escribe al emperador sin vacilar. Pues muchos territorios se arruinaron por esta causa y no pocos desertaron al territorio de los bárbaros y condujeron a éstos contra los romanos.

ii. Es lo que ocurrió en los días del piadoso emperador Monómaco. Serblias, que marchó a Iberia y Mesopotamia por orden suya para hacer un censo fiscal e imponer unas cargas que nunca hasta entonces habían visto aquellos hombres en sus tierras [30] –misión que llevó a cabo, pues era un

28. El epíteto «porfirogéneto», significa «nacido en la Pórfira», una estancia pintada de púrpura del palacio imperial de Constantinopla en la que daban a luz las emperatrices. Los emperadores que llevaban este epíteto reforzaban así su legitimidad dinástica. Basilio [II] Porfirogéneto (959/976-1025), uno de los emperadores más importantes de la historia bizantina, reconquistó los Balcanes a los eslavos establecidos allí desde los siglos VI-VII.

29. El suceso tuvo lugar en el año 1014: Basilio II derrotó a las tropas del zar de los búlgaros Samuel (980-1014) en la región macedonia del alto Strimón y capturó a 14.000 enemigos. El emperador los cegó a todos menos a uno de cada cien que dejó tuerto para que guiara a sus compañeros de regreso a Bulgaria. Al ver llegar este terrible cortejo a Prilep, Samuel cayó al suelo sin sentido y murió dos días más tarde. Zagoria es nombre frecuente para Bulgaria desde el siglo XII.

30. Los habitantes de Georgia, la Iberia bizantina, estaban exentos de impuestos a cambio del suministro de tropas. Constantino [IX] Monómaco (1042-1055) quiso acabar con este privilegio y envió al estratego León Serblias para recaudar allí impuestos, lo que provocó una sublevación. Catacalón Cecaumeno fue duque de Iberia ca. 1045-1046.

hombre muy resuelto en todo lo que hacía– provocó la deserción de éstos con todos sus haberes al territorio del rey de los persas[31]. Aquellos que lo guiaron con todo su ejército contra la Romania sembraron ésta con miles de males y calamidades.

VI.29. Incluso aunque estés acantonado en tu distrito, no te despreocupes por ello, sino estate siempre vigilante, pues no sabes en qué momento pueden llegar a necesitarte.

VI.30. No aprecies al que te proporciona nomismas[32] injustamente, ni desprecies a las gentes del lugar, aunque sean humildes, sino apréciales a todos y muéstrales tu misericordia. Habla con todos, que así no te pasarán desapercibidos aquellos de tus hombres que cometan injusticias. Así, cuando recibas un sucesor, no partirás a escondidas, sino que todos te acompañarán en procesión, se lamentarán por el sucesor tuyo y durante muchos años se oirá hablar de tu virtud. Pero si sólo piensas en obtener vergonzosas ganacias, ni siquiera ganarás lo que te corresponde en justicia, sino que serás llevado a juicio y destituido, las gentes del distrito celebrarán cada año una fiesta extraordinaria el día de tu sucesión y tú partirás a escondidas.

VI.31. No debes asumir bajo ningún concepto funciones fiscales que conlleven la recolección de impuestos, pues no puedes servir a Dios y al Mamonás[33]. Un estratego no puede ser a la vez un recaudador chupatintas.

VI.32. A los aduladores y a los que te halagan los oídos, debes rehuirlos como quien rehúye a una serpiente. No debes escribir o decir nada para agradar a alguien, pues quizás sólo

31. El califa de Bagdad, según la arcaizante terminología bizantina.
32. Nomisma (también llamado sólido) es la moneda de oro bizantina que se ha calificado certeramente como el dólar de la Edad Media en razón de su amplia apreciación como divisa en todos los países europeos y de la cuenca mediterránea.
33. Mateo 6.24 y Lucas 16.13. *Mamonás* es una palabra aramea que significa «riqueza» o su personificación.

te lo aceptarán una vez, sino que debes decir sinceramente todo lo que dices. Aunque sea duro y al principio no te acepten, al final sin embargo te alabarán mucho.

VI.33.i. Cuando tengas tiempo libre y no estés ocupado con el trabajo, lee libros de estrategia [34], historias y libros sobre la Iglesia. No digas: «¿Qué utilidad tienen para un soldado libros sobre la Iglesia y los dogmas?», pues te serán de mucha utilidad. Si te fijas con atención, no sólo extraerás de ellos dogmas e historias edificantes, sino también sentencias, normas morales y relatos militares. Pues casi todo el Antiguo Testamento son relatos militares y también del Nuevo extraerá no pocas sentencias un lector atento. Mi deseo es que tu comportamiento sea ejemplar, para que te admiren todos por tu valor, tus acertadas decisiones, tus conocimientos y tu elocuencia. Si sigues estos consejos y te atienes a ellos, serás bendecido por ello.

ii. Yo redacté para ti estas cosas porque no se encuentran en otro libro o tratado de estrategia [35]. Las redacté en efecto a partir de mis propias reflexiones y experiencias reales. Te serán muy útiles. Sin embargo debes prestar también atención a los tratados militares de los antiguos: allí no encontrarás nada de esto, pero encontrarás otras cosas mejores y más admirables que éstas y llenas de sabiduría.

VI.34. Si te haces cargo de una obligación, sea militar o privada, sea un pleito, aprovisionar un ejército o visitar las tierras, sea incluso hacer una transacción comercial o alguna otra cosa, y las circunstancias lo permiten, llévala a cabo y no la difieras. Si vacilas, no te será útil, pues aun se te añadirán otras obligaciones y no podrás cumplir con todas. Así, sin

34. El autor utiliza, con profusión pero críticamente, los consejos que proporcionan libros de estrategia bizantinos, especialmente los atribuidos al emperador León [VI] el Sabio.
35. Esta frase y el predominio de los consejos y relatos vinculados al mundo militar llevó a los primeros editores a titular «Strategikon» toda la obra. Cf. Introducción.

querer y contra tu voluntad, faltarás a la mayor parte de ellas. Pero si te precipitas al actuar, lo harás todo sin orden ni concierto.

VI.35. Guárdate de la censura: si haces algo bien y te censuran los insensatos, no vaciles por ello, que mejor es que te censuren muchas personas carentes de juicio, que una sola sabia y experimentada.

VI.36. Sé afable en el trato, mesurado y humilde, pero que no se te desprecie con la excusa de tu humildad, sino que en tu interior debes conservar tu humildad, pero por fuera debes mostrarte respetable y a la altura de tu posición ante cuantos te observan. Debes esforzarte por superar a todos en todo con tu conversación, vestimenta, porte y acciones. Pero esto cuando estés en una expedición y en un país enemigo; si estás en paz y a salvo, debes conservar en todo momento tu humildad y sencillez.

VI.37. No pases por alto las injusticias. Pues dice un sabio: «Castiga con juicio y no con ira» [36]. Si pasas por alto las injusticias, también te ignorará Aquél que es el único justo. No debes, no ya no decir palabras inconvenientes, sino ni siquiera aceptar escucharlas.

VI.38.i. No quieras ser «político» [37], pues no puedes llegar a ser un estratego y un comediante a la vez. Aunque algunos estrategos actúan así, es algo que no es de buena lógica, sino contrario a su dignidad. Pues el que ríe y habla sin contenerse será censurado y despreciado por su incontinencia. El estratego debe ser ejemplo y modelo para todos. Si un desconocido cualquiera realiza una insensatez, nadie llega a saber si cometió siquiera una falta debido a su baja condición; pero si yerras tú, que eres estratego, no pasará desapercibido ni el mínimo o insignificante error tuyo, sino que enseguida llegará a los oídos de todos.

36. Una cita de Demonacte, filósofo cínico del II d.C.
37. Cf. también XV.5.

ii. Parecida es la historia que te voy a contar. Basilio Pediadites, que era catepano de Sicilia [38], durante unos días de ocio jugó a las tablas [39], y como esto no pasó desapercibido al emperador, le escribió: «Mi Majestad se ha enterado de que ganaste a las tablas». De forma que no fueron recordados sus muchos otros servicios, sino sólo este insignificante desliz.

VI.39. Debes obligar a tus soldados antes que nada a cuidar bien de sus caballos, a tener sus armas inmaculadas y resplandecientes y preparados arneses y estribos. Ten la certeza de que cuando el soldado tiene caballo, pertrechos y buenas armas, si es además valiente, valdrá el doble, pero si es cobarde, ten la certeza de que cobrará valor y cumplirá en parte con sus obligaciones. Si en cambio es descuidado, tiene una silla demasiado grande, unos estribos inadecuados y un mal caballo, debes saber que aunque sea valiente, llegado el momento se las ingeniará para huir a fin de salvarse.

VI.40. Que aprendan los que están bajo tu mando a actuar con prudencia imitando tu comportamiento. La justicia es un arma de guerra.

[CÓMO DEBE ACTUAR UN ACRITA]

VII.1. Si te hallas en la frontera y por alguna razón algunos de tus subordinados se comportan de forma licenciosa, si es preciso procura acabar con esto con inteligencia, pues si lleno de ira quisieras poner fin a la situación con rigor,

38. Basilio recibió el mando de Sicilia ca. 1040, tras la deposición de Jorge Maniakes (cf. nota 129).
39. «Tabla» en el texto, del latino *tabula*, probablemente un juego de mesa similar al que los griegos denominan hoy en día *tavli* y que bajo distintas variantes es juego nacional en todos los países balcánicos. En inglés se denomina *backgammon*.

conseguirías que éstos se comportasen de forma aún más licenciosa, sembrarías el caos por el territorio y te arruinarías tú mismo. Antes bien, debes hacer frente a unos problemas con tolerancia y simular que desconoces otros, para que no sepan que te embargan las preocupaciones. Pues si llegaran a sospecharlo, o bien harían defección amedrentados, o bien, envalentonándose, te despreciarían. No obstante, si de esta forma no consigues su obediencia, entonces no tendrás más remedio que actuar con mano dura. No obstante, permanece atento y no te pongas en peligro por no acertar donde debes. Guárdate al menos de crear desórdenes.

VII.2. Si los bárbaros marcharan contra tu territorio y supieras con seguridad que no puedes hacerles frente, no te avergüences de retroceder ante ellos. Retrocede pues ante ellos, pero síguelos, por detrás o por un flanco. Si tú entonces te mantienes a salvo, no se atreverán a desplegarse como quieren, ni tampoco saquearán tu territorio, sino que permanecerán agrupados. Pero si intentan saquearlo, los encontrarás desperdigados y si no vacilas, los harás pedazos. Y aunque no los hagas pedazos, no se desplegarán como quieren. Si actúas así, conservarás tu territorio y tu ejército a salvo. Pero si te atreves a atacarlos, destruirás a tus tropas, los bárbaros arrasarán tu territorio sin temer nada y tuya será la responsabilidad por no haber ejercido bien el mando.

VII.3.i. Si sales de campaña contra los bárbaros o contra una plaza fuerte, después de levantar las tiendas y acampar, distribuye a tus tropas en sus tiendas, cada uno en el orden que le corresponde. Pero no acampes demasiado cerca, para que no puedan espiarte. Una vez instalado y repuesto tu ejército, entonces, si quieres, marcha al combate contra el bárbaro o, si es el caso, contra la plaza fuerte.

ii. Escucha pues qué les pasó a los que no mantuvieron este orden. Salónica es una ciudad muy poblada [... Alusia-

no[40], que marchó] con un gran número de búlgaros para atacarla, en primer lugar no levantó su tienda en un sitio adecuado haciendo acampar allí a su ejército, sino que tal y como venía, con las tropas en columna, empezó a atacar la ciudad aproximándose a sus muros. Sus tropas estaban cansadas por el esfuerzo y las fatigas pasadas. El cansancio provocado por una marcha suele deshacer una formación y vuelve lentos incluso a aquellos que destacan por su fuerza y resistencia. Al no haber acampado, como digo, estaban agitados, yendo de aquí para allá, uno queriendo beber agua, otro que descansara su caballo, un tercero intentando recuperarse de su fatiga. Así que los que estaban dentro de la fortaleza, al ver que éstos erraban en completo desorden, hicieron una salida repentina, se lanzaron contra ellos y pusieron enseguida a todos los búlgaros en fuga. De entre ellos unos fueron muertos y otros perecieron de sed por efecto de la canícula, mientras los restantes fueron capturados tan fácilmente como se conduce a los borregos a un corral. Sólo Alusiano, aquel admirable soldado, consiguió huir, abandonando incluso su propia coraza. Ten pues cuidado con estas cosas.

iii. Cuando los pechenegos se pusieron en marcha por voluntad de Dios y franquearon las fronteras de los romanos, el piadosísimo emperador de los romanos, Monómaco[41], envió al rector Constantino con un ejército y nutridas fuerzas a combatir a los pechenegos[42]. Éste, puesto en marcha, confia-

40. Suplo aquí el nombre por su mención posterior. Alusiano es el segundo hijo del zar de Bulgaria Juan Vladsilav (1015-1018). Después del sometimiento de Bulgaria a Bizancio por Basilio [II], se sumó a la rebelión de Pedro Delyán en el 1040 y puso cerco a Salónica, la segunda ciudad del imperio y capital de Macedonia. Al fracasar y ante la llegada de las tropas imperiales de Miguel [IV], traicionó a Delyán y le cegó, pasándose al bando bizantino. Como recompensa recibió el título de magistro.
41. Constantino [IX] Monómaco (1042-1055).
42. Se trata de Constantino Arianites, derrotado por los pechenegos en Diámpolis en 1049.

do como estaba en aquel ejército innumerable, no acampó, ni levantó su pabellón, ni hizo que descansara su fatigado ejército, sino que se dirigió directamente a entablar combate contra ellos. Los pechenegos, saliendo a su encuentro, descansados y envalentonados, dispusieron su formación frente a ellos. Pues la vida regalada y el reposo suelen hacer más audaces incluso a los más desafortunados. En cambio los romanos y sus monturas, exasperados bien por la fatiga de la marcha, bien por la canícula y la sed, no pudieron contener la débil ofensiva de aquéllos, sino que se dieron a la fuga en el acto, produciéndose una gran matanza. Y allí cayeron los más bravos y esforzados de los romanos, ya que murieron muchas decenas de miles de ellos y casi toda la tierra de los romanos se llenó de lamentos.

VII.4. Si los bárbaros nos invaden y la guerra es inevitable, en el caso de que los enemigos anden escasos de forraje y pastos y les falte lo más necesario, mientras tú en cambio dispones en abundancia de todo, aplaza el combate despistando a los bárbaros y rehuyendo el encuentro de un día para otro. Envía regalos a su caudillo y apacigua así su ardor. A un pez se le captura con cebo, pero a la mayoría de los hombres se les atrapa con regalos y el amarillo del oro. Si rehúyes el combate con ellos, los caballos del enemigo sufrirán por la escasez de forraje, de pastos y, en definitiva, de todo lo necesario, así que los propios bárbaros perderán fuerzas debido a sus padecimientos. Cuando sepas que están fatigados, atácalos entonces y estoy seguro de que los aplastarás con la ayuda de Dios.

VII.5.i. Debes rehuir el combate también siempre y cuando vaya a llegar un refuerzo de tropas en tu ayuda. Pero que tu posición sea segura, si puedes. Además, mientras procuras rehuirlos, mantén la vigilancia día y noche, con cuantas fuerzas dispongas, para que los enemigos no te destruyan con un ataque por sorpresa. Pero si no tienes abundancia de víveres y no esperas tampoco refuerzos para tus tropas, sino que os falta lo más necesario a tus hombres y a las bestias, no aplaces el

combate bajo ningún concepto, sino que, acercándote a ellos, haz descansar a tus tropas dos o tres días en un lugar adecuado, si te es posible. Sal entonces y entabla combate. No permanezcas inactivo, pues faltándote lo más necesario, tus tropas huirán sin combatir, pues al retrasarte y carecer ellos de lo más necesario, tendrán miedo y se escaparán.

ii. Pero te voy a contar un suceso que tiene algo que ver con esto. Basilio, monje y pronoeta de los búlgaros, fue enviado por el glorioso emperador Monómaco a combatir a los pechenegos [43]. Puesto pues en camino, se llegó junto a ellos. Le acompañaba el acoluto Miguel y el ejército de ambos era numeroso. Puestos pues en camino, como digo, y acercándose ellos, no quisieron atacarlos enseguida, a causa de su inexperiencia, sino que rehuyeron el combate un día tras otro. Cuando la comida del ejército y de las bestias empezaba a escasear, los enemigos, a los que la vida regalada había vuelto atrevidos, se acercaban a la formación dando aullidos y se retiraban de nuevo. Los romanos, que por un lado padecían al carecer de lo más necesario, y por otro estaban llenos de temor al verlos cada día y escuchar sus aullidos, huyeron por sí solos sin entablar combate. Huyeron de noche montando los caballos, pero no escaparon de las manos de los enemigos, y así, por sí mismo y debido a su inexperiencia, fue aniquilado el ejército. Pues si a los que han realizado esfuerzos, se hallan fatigados y sufren privaciones, además se les presenta la perspectiva de un combate, sus almas se llenan de pesar y turbación y emprenden la fuga sin luchar. Rehúye, estratego, las comodidades, para no caer en la trampa como un pajarillo.

VII.6. Si eres un acrita y tienes a un toparca como vecino, si éste se comporta pacíficamente contigo, mantén tú también la paz con él –pero sin confiar en él–. No causes daño alguno a sus propiedades y vigila atentamente tu territorio. Si pretendes dañarle sin que él te haya causado daño alguno, lo

43. El hecho se sitúa en el año 1053 en la zona al sur del Danubio.

primero que conseguirás es soliviantarle contra ti, a él y a los demás toparcas, y que todos se subleven contra los romanos y los traicionen. Luego, temerosos de lo que tú puedas tramar, le prestarán su ayuda y, bien abiertamente, bien a escondidas, te atacarán y se apoderarán de ti. Si no les fuera posible esto, entonces causarán graves daños al territorio del emperador y a ti mismo. Aunque quisieras entonces hacer la paz, su disposición hacia ti ya no será sincera.

VII.7. Pero si el toparca que linda contigo pretende causarte daño, no te insolentes contra él, sino engáñalo y simula una disposición abierta y pacífica. Vigila sin embargo tu territorio y haz amigos, si puedes, entre los de su territorio, para así enterarte de sus proyectos a través de ellos. Debes enviarles regalos en secreto y enviar también regalos al toparca a la vista de todos para así engañarlo. Pues si tú le ablandas con los regalos y tus fingidas muestras de aprecio, él se despreocupará. Entonces tú, reagrupando tus tropas en secreto y con rapidez, atácale a él y a sus tropas de repente, que no fallarás el golpe. Lo destruirás y aniquilarás por completo y todos, amigos y enemigos, te alabarán porque no fuiste tú el responsable de que él iniciase el conflicto y sin embargo derrotaste brillantemente al que lo instigó. Del propio emperador recibirás honores y privilegios por haber conducido bien la campaña. En cuanto a aquél, aunque pudiese escapar, perderá todo prestigio y credibilidad ante los toparcas vecinos y parientes suyos, por haberse convertido en el causante del mal. Pues le dirán: «Te mereces lo que te ha pasado, pues, sin que nadie te atacara, ¿qué empeño tenías tú en hacer daño a un territorio extraño que además no te había causado mal, concitando así su enemistad y soliviantándole contra ti?». Ni siquiera le ayudarán, sino que antes bien te honrarán y temerán como a un verdadero estratego.

VII.8. Cuando salgas de campaña por su territorio, si por donde saliste hay desfiladeros, no regreses por el mismo camino, pues aquéllos, conociendo la dificultad del desfiladero,

lo ocuparán previamente y te harán pedazos cuando regreses por él. Esto es lo que le hizo en Dioclea el serbio de los tribunios [44] a Miguel Catepano de Dirraquio e hijo del logoteta [45], y destruyó sus tropas que sobrepasaban los cuarenta mil hombres. Pues el mencionado catepano salió en campaña hacia Dioclea y de regreso encontró ocupado el desfiladero por donde había salido y fue capturado. Aunque quizás tuviera otro camino por donde volver sin peligro, sin embargo, debido a un mal consejo, o más bien a la falta de experiencia, fue capturado.

VII.9. Debes tener espías y correos a tu disposición, y que antes de salir inspeccionen los caminos. Y si saliste en campaña por un sitio, vuelve por otro camino y no tendrás que preocuparte. Pero si no hay otro camino, sal de repente sin previo aviso y una vez realizada la expedición, regresa por donde saliste lo más rápido posible. Pero si no, cuando salgas en campaña, deja tropas para que controlen los desfiladeros y las cimas de los montes, y hombres esforzados y dispuestos a su frente, de forma que una vez realizada la expedición puedas regresar con la ayuda de Dios sin tener que preocuparte, contento y satisfecho.

VII.10. Vigila, acrita, las plazas fuertes y el territorio que se te confió, y no confíes en los toparcas cercanos, aunque declaren insistentemente que son amigos tuyos. Te voy a contar un suceso que tiene algo que ver con esto. Existe una plaza fuerte allá por el país de la Gran Armenia, situada en un lugar elevado, que dispone arriba de terreno suficiente, que basta y aún sobra a los habitantes de la plaza para cultivar la tierra,

44. En el texto «Tribunio el serbio». En realidad se trata de Esteban Voislav (cf. nota 47), que regía sobre el pueblo serbio de los trebinios, en la región de Dioclea o Zeta.
45. Miguel, hijo del logoteta Anastasio, era patricio y arconte de Dirraquio y recibió del emperador Constantino Monómaco el año 1042 la orden de atacar a Voislav, que el año anterior había capturado al estratego bizantino de Ragusa (cf. VII.11).

apacentar su ganado y cualquier otra necesidad, un lugar resguardado por todas partes por precipicios y barrancos profundos que impiden que lo ataque nadie por ninguna parte. Pues nadie puede subir hasta allí si no es por un único camino estrecho, y sólo después se entra por la puerta de la fortaleza, y aun esto con gran dificultad. Así pues, no hay lugar más seguro que esta fortaleza. El toparca de Tovio [46], mi abuelo, deseaba apoderarse de ella. ¿Qué es pues lo que trama? Con muchos regalos se gana la amistad del estratego de aquella plaza, haciéndole ver que aquello que necesite puede enviar a buscarlo con plena confianza, que él se lo dará. Así pues, el estratego, embaucado con estas promesas, cuando llegó a verse necesitado de grano, se lo comunicó al toparca. Éste dijo lleno de satisfacción: «Cuanto me pidas». Le envía mil bestias cargadas de trigo y un hombre detrás de cada dos de ellas como si fuera el guía encargado de ellas. El estratego pensaba para sus adentros: «Si mi fortaleza es aprovisionada de trigo por él, que es un enemigo de Roma, ¿qué no me mereceré?». Luego aceptando el trigo, abre contento las puertas para que entren las bestias y los que las acompañaban. Pero éstos, que estaban armados para el combate y tenían ocultas sus espadas, tan pronto como entraron, arrrancaron las puertas del castillo. Matan así a los lanceros y se hacen dueños del castillo. La amistad se convierte en el motivo de su desgracia y en algo que merece la pena recordar. Es preciso pues que tú te guardes más de los amigos que de los enemigos. Pues si no hubiera dado crédito el estratego a sus supuestos amigos y hubiera ordenado en cambio depositar el grano fuera de la puerta, podría haberse quedado con él y dejado sin efecto su argucia, librándose de toda preocupación.

46. Tivion es el nombre griego de la armenia Dvin, cerca de Yereván, pero no es seguro que se aluda aquí a esta localidad, que en el siglo X estaba lejos de la esfera bizantina y en manos árabes. La acción se sitúa ca. 975. Cf. Introducción para el abuelo del autor.

VII.11.i. Te voy a contar otra treta de un bárbaro. Catacalón de Clazómenas era estratego en Ragusa. Este estratego quería alzarse con la victoria sirviéndose de una falsa amistad. Voislav de Dioclea, el toparca de las plazas fuertes de Dalmacia, de Zeta y de Estamno, era aquél de quien quería apoderarse [47]. ¿Qué hace pues? Se granjea su amistad enviándole regalos con frecuencia, queriendo engañarle con ellos. Éste, aunque era bárbaro, no carecía de sabiduría, tanto por su natural como por experiencia, y si bien aceptaba los regalos, simulaba sólo ser un vasallo del emperador, como si estuviera obligado por la rectitud y los obsequios del estratego. Como el toparca tenía un hijo recién nacido, el estratego hizo saber que deseaba acogerlo en el sagrado bautismo. Pero cuando éste le preguntó lleno de alegría «si tienes a bien venir a mi casa», el estratego no quiso. Convinieron pues ambos en hacer el apadrinamiento en el límite entre el distrito del estratego y el territorio del toparca.

ii. El estratego había dispuesto dromones [48] en el mar –pues el lugar estaba junto al mar– para que cuando hicera una señal con la cabeza, se apoderaran de él y se lo llevaran a un dromón. Pero el toparca tenía la misma intención y había dispuesto en un lugar oculto a unos hombres resueltos, para que cuando hiciese una señal que había convenido con ellos, saltasen sobre el estratego y se apoderasen de él y de los que le acompañaban. Esto fue lo que sucedió. Después de que se juntaron, abrazaron y se sentaron, en el mismo momento en

47. Voislav, casado con una pariente del zar Samuel de Bulgaria, consiguió, aprovechando la revuelta de Pedro Delyán contra Bizancio (cf. nota 50), hacerse en 1041 (año en que se sitúa la acción) con el control de una amplia área de la región de Dioclea (que empieza a llamarse Zeta por esta época y hasta el siglo XIV, en que pasará a denominarse Montenegro) y de la costa dálmata al norte de Dubrovnik (Ragusa) con la ciudad de Estamno (hoy Ston) como capital. Los habitantes de este Estado eran eslavos zajlumios y trebinios.
48. Un tipo de nave de guerra bizantina.

que se sentaban, se dio la señal y rodearon al estratego. Atándole de pies y manos, se lo llevan cautivo hacia Estamno junto con su hijo y todos los que estaban con él, así como los dromones. Con las mismas redes y lazos con los que quería capturarlo, fue él capturado, para oprobio de Roma.

iii. Ten cuidado tú también, para que aquello que tramas no resulte ser la victoria de otros. Pues las argucias de unos se convierten en fama y beneficio para otros. Conviene pues que tus planes sean meditados. Yo no te he expuesto viejas historias, sino cuanto sucedió hace poco en nuestros días. En efecto, la mayoría de los estrategos se vieron en apuros por culpa de sus supuestos amigos.

VII.12. Demetrias es una ciudad de la Hélade junto al mar, resguardada por el propio mar y los pantanos que la rodean [49]. De ella se apoderó Delianós, que era toparca de los búlgaros [50]. Éste, una vez que se apoderó de ella, se la asignó a un soldado viejo y experimentado en los combates, pues al estratego se le llama «tzelnikos» en el dialecto de los búlgaros [51], que se llamaba Lytoboes el Diabolita [52], y le dio tropas para vigilar la fortaleza. Cuando éste llegó, reparó las murallas, que estaban abandonadas, y construyó máquinas de guerra y cuantos artilugios se supone que debe hacer un estratego. Una vez fortificada la plaza, dejó de preocuparse, ya que ni temía un ataque del exterior, ni recelaba una conspiración desde dentro, puesto que los habitantes del lugar eran gente

49. Es la antigua Demetrias, en el golfo de Pagasas, en la Magnesia tesalia. Por Hélade se entiende aquí sólo la Grecia Central, pero no Peloponeso ni Macedonia.

50. Pedro Delyán fue proclamado zar en Belgrado en el año 1040 (por entonces territorio búlgaro) y aunque el levantamiento fue aplastado por Miguel [IV] el Paflagonio al año siguiente, abrió una brecha en los territorios de los Balcanes reconquistados a principios del XI por Basilio [II].

51. Esta palabra no está atestiguada, pero quizás tenga que ver con el antiguo eslavo *chelo*, que significa «cabeza, cabecilla, caudillo».

52. De Diábolis, ciudad de la Macedonia central, junto al lago de Ocrida en la vía Egnatia.

extremadamente simple y sin experiencia, y además se los había asegurado mediante juramento. De esta forma es como la despreocupación suele acarrear desgracias y peligros inesperados, pues el estratego, que no se preocupaba de nada en aquel momento y no concebía sospecha alguna contra los del interior, se entregó al ocio y la molicie. Aunque los lugareños eran inexpertos, la naturaleza humana es sin embargo maestra en todo tipo de astucias y estratagemas. Envían así secretamente un mensaje al duque de Salónica, para que se les envíe a alguien a fin de apoderarse del castillo y castigar a éstos. El duque envía a un panteota llamado Zepes con naves y tropas. Así pues, una vez que las naves atracaron cerca del puerto en un lugar oculto, se comunica esto en secreto a los lugareños. Éstos salen enseguida y se apoderan del estratego, lo encadenan junto con los guardias que lo acompañaban y los entregan a los romanos.

VII.13.i. Serbia es una ciudad fortificada de Bulgaria[53]. La defendía un estratego romano llamado Magirino y dos taxiarcas junto con sus legiones. Mi abuelo materno Demetrio, llamado el Polemarco[54], era la autoridad con más poder por aquella parte de la frontera. El bienaventurado señor Basilio Porfirogéneto lo promovería al rango de patricio después de pacificar la Bulgaria, nombrándolo también místico. Así pues éste, después de estar todo un año al acecho, esforzándose en capturar la ciudad, que era inexpugnable, no pudo hacerse con ella. De forma que todo su empeño resultó vano, pues estaba protegida por precipicios y barrancos temibles. Había sin embargo un baño al pie de la fortaleza junto al barranco, a donde bajaban el estratego y los taxiarcas cuando querían ba-

53. «Serveia» es todavía hoy una ciudad en el extremo sur de la Macedonia griega, que era en tiempos de Cecaumeno territorio búlgaro. La ciudad recibe su nombre de un asentamiento de serbios autorizado por el emperador Heraclio a principios del siglo VII.
54. Cf. Introducción.

ñarse. Concibe pues la siguiente estratagema: salió de noche y se detuvo con sus tropas enfrente de la muralla. Como el lugar es boscoso y está lleno de arbustos, ordenó a todos los que iban con él que cogieran grandes arbustos, los sostuvieran por delante de ellos y taparan y ocultaran con ellos a los caballos y sus jinetes, de forma que no pareciese que había allí hombres, sino una simple fronda del lugar. Tenía a dos «honsarios» sobre una cima cerca del castillo, los cuales, nada más bajar el estratego y los taxiarcas y empezar a bañarse, dieron la señal que habían acordado. Éstos espolearon los caballos contra ellos, rodearon el baño y se apoderaron de los que se hallaban en él.

ii. Así pues, al que no es precavido y se desplaza sin protección, le sobrevienen desgracias con frecuencia. Una vez que fueron capturados éstos, se apoderó de la plaza sin derramamiento de sangre. Ten pues cuidado con estas cosas y, si defiendes una plaza fuerte, infórmate detalladamente de la disposición de los que viven dentro y fuera de ella y no confíes en ningún hombre de los tuyos, o acabarás contigo y con tus tropas.

VII.14.i. Inspecciona todos los días las murallas por dentro y por fuera, así como las puertas. Las murallas de la ciudad deben permanecer despejadas, sin que haya casas pegadas a ellas, pero si las hay, derríbalas y deja completamente exentas las murallas por dentro y por fuera, así como todas las puertas, para que puedas recorrerlas libremente e inspeccionarlas. Aunque la casa que está pegada a la muralla sea antigua y de gran valor, no te asuste el derribarla. Debes echarla abajo.

ii. Te voy a contar un suceso que tiene algo que ver con esto. Otranto es una rica y populosa ciudad de Italia situada junto al mar[55]. La defendía el otrantino Malapetzes, que con-

55. En el texto «Hidrounta». Quizás se trata de la toma de Otranto en el año 1064 por el conde Gofrido. Por «francos» entender aquí a normandos de Francia.

taba con rusos y varengos para custodiar la plaza[56], tanto lanceros como marineros. Este Malapetzes tenía una sobrina que tenía una casa pegada a la muralla. Su tío, en parte porque era antigua, en parte porque era de gran valor, incluso también porque pertenecía a su propia sobrina, la respetó y no la echó abajo, ya que no recelaba nada de ella. Los francos por su parte, aunque habían intentado muchas veces capturar Otranto en combate, no lo habían conseguido. ¿Qué trama entonces su conde? Comunica a la ya mencionada sobrina de Malapetzes lo siguiente: «Si me dejas entrar en la fortaleza a través de la muralla, te haré mi mujer», y se lo jura dándole además numerosos regalos. Ésta consintió, movida por su pasión, e hizo lo que se le pedía, de forma que subió de noche con una cuerda por la muralla a algunos de los más capaces y fuertes de los francos, los cuales, agujereando la muralla del castillo a lo largo de la noche siguiente, introdujeron a numerosas tropas francas y, antes de que amaneciera, atacaron a los de la ciudad profiriendo gritos. Éstos, al ver de repente a los enemigos dentro del recinto, emprendieron una fuga precipitada. Pues el mal que sobreviene de repente acaba incluso con los más valientes y capaces. Malapetzes, que era el comandante de la plaza, huyó sin más dilación y, alcanzando solo la nave, consiguió salvarse, un comportamiento digno de censura, que no dejaría luego de causarle dolor, ya que abandonó a su mujer e hijos en manos del enemigo. Ten pues presente lo que le ocurrió por no ser meticuloso.

VII.15.i. Si defiendes una plaza fuerte y te enteras de que el enemigo se dirige contra ti, prepárate para hacer frente al ataque: arregla las murallas que están agrietadas, fortifica los baluartes, prepara montones de piedras encima de las murallas, trenza cuerdas, cava fosos dobles y triples, anchos y profun-

56. Varengos son los vikingos escandinavos establecidos en Rusia y fundadores del Estado de Kiev. Muchos de ellos viajaban a Bizancio a formar parte de la guardia varenga al servicio del emperador.

dos, y hoyos fuera de los fosos para derribar a los caballos. Coloca máquinas de guerra y catapultas junto a los muros. Prepara garfios como los que llaman «lobos», para defenderte de los arietes y, si te atacan con un ariete, engánchalo con los garfios; si tienes dispuestos bueyes en el interior y los atas al lobo, ordena que lo arrastren; pero si no es posible arrastrarlo, átalo a un punto firme para que no puedan tirar hacia atrás de él.

ii. Si quiere socavar los cimientos, excava tú antes en dirección contraria y junto al muro a la profundidad de los cimientos por donde piensas que el enemigo va a introducirse; prepara hombres valientes, esforzados y dispuestos para el combate, para que, cuando el enemigo, que marcha bajo tierra, se introduzca en los cimientos, salga sin quererlo por el lugar por donde tú excavaste: al salir, justo cuando se enfurece al ver tu hoyo, será capturado por tus hombres. Su estratagema se ha vuelto contra él y tu posición en cambio seguirá siendo firme. Si haces esto, podrás arrojar también rocas desde los baluartes sobre el hoyo que cavaste en el interior, por el lugar por donde salga el enemigo, y así matarlo.

iii. Si el enemigo levanta un terraplén, ten preparados materiales y construye dentro otro muro de la misma anchura que el primero; únelo al muro de la fortaleza que está situado enfrente del terraplén, de forma que llegue al nivel del adarve y se junte, como digo, con el viejo muro. Haz de los dos muros uno solo y levántalo a una gran altura. Si levantan un terraplén, el muro construido por ti deberá superarle en altura y así no podrán dominarte desde el terraplén por estar tú situado en una altura superior. Por eso te digo que construyas dentro del muro otro muro y que unas ambos muros en uno solo, puesto que si no tiene el muro anchura suficiente, se vendrá abajo cuando lo eleves. Quema si puedes el terraplén construido por el enemigo, puesto que no todo el terraplén está formado de tierra, sino también de madera.

VII.16.i. Si el enemigo avanza con todas sus fuerzas, no salgas fuera de la fortaleza para combatirle, sino defiéndela y combátelo desde los baluartes durante dos o tres días. Una vez que hayas calibrado sus fuerzas, su moral, su capacidad de combate y sus máquinas de guerra, entonces, si puedes, es el momento de hacerle pedazos en una rápida salida. Pero que salgan los que no vigilan las murallas y que los que están en las murallas no bajen bajo ningún concepto. Pues es preciso que defiendas el recinto.

ii. Te voy a contar un suceso que tiene algo que ver con esto. Boyano es una plaza fuerte de los búlgaros. Cuando el emperador Miguel, nuestro Señor, marchó en campaña contra Bulgaria y se dirigió contra Triaditza, se allegó también a Boyanos [57]. Allí había soldados búlgaros famosos y aguerridos; su caudillo allí era uno al que llamaban Boktos. Confiados en su propio valor, salen pues a combatir fuera de la fortaleza, como si les diera vergüenza permanecer dentro de la plaza. Pero cuando se traba combate y la lucha se hace encarnizada, aquellos reputados guerreros búlgaros se dan a la fuga. Cuando los búlgaros se disponían a entrar por la puerta de la fortaleza, los romanos entran con ellos y capturando la ciudad causaron una gran matanza. Ten pues presentes estas cosas.

VII.17. Te voy a contar también un suceso que tiene algo que ver con esto. Existe una plaza fuerte llamada Moreia entre Filipópolis y Triaditza y que ocupaban los búlgaros [58]. El emperador nuestro Señor Basilio Porfirogéneto, armado para la lucha y allegándose a Moreia, instala las máquinas de asedio y somete la ciudad a un terrible bombardeo. Luego construye un terraplén. Cuando el terraplén estaba ya eleva-

57. Boiana, fortaleza cercana a Sofía (la bizantina Triaditza), es hoy una barriada de la capital búlgara. Los hechos se sitúan en 1041, en el curso de la campaña de Miguel [IV] Paflagonio contra Pedro Delyán.

58. La localización de Moreia entre Filipópolis (Plovdiv) y Triaditza (Sofía) no es segura. Los hechos se sitúan en el año 986.

do, los del interior de la plaza idearon una estratagema que merece la pena recordar. Ganándose con recompensas a algunos jóvenes resueltos, los búlgaros los enviaron fuera. Éstos, introduciéndose dentro del terraplén a través de la estructura de madera de su interior y penetrando cada vez más, prenden fuego dentro con antorchas, resina y los lanzallamas que llevaban y se van. La llama no se veía fuera por estar muy profunda dentro del terraplén y de la madera, así que consumiendo durante toda la noche todo lo que estaba en el interior del terraplén, al amanecer estalló de repente hacia lo alto y el terraplén se derrumbó. El emperador, contrariado, se retiró y los habitantes de la plaza quedaron libres e invictos.

VII.18. [...] era una populosa ciudad de la Hélade. El príncipe Simeón, entonces tirano de los búlgaros, había intentado muchas veces apoderarse de ella [59], pero su esfuerzo había resultado vano. Así pues trama concertar la paz con los habitantes de la plaza para que sus emisarios le traigan noticias. Los emisarios eran informadores experimentados, hombres muy valientes y fuertes. Éstos, al hacer sus pesquisas, vieron que las puertas de la ciudad tenían los goznes muy elevados, de forma que los batientes de la puerta estaban separados del suelo. Refirieron al tirano esta observación que habían hecho. Éste, escogiendo cinco hombres resueltos, los envió al interior de la plaza con la excusa de un trabajo. Les había ordenado que llevaran hachas sujetas por el cinto a la espalda, y que cuando se acercasen a la puerta se deshiciesen de los que vigilaban la puerta y cortasen los goznes de las puertas. Así lo hicieron. Al cortar los goznes, las puertas se precipitaron al suelo. Acto seguido dieron la señal que habían convenido e hicieron venir enseguida a los hombres que el tirano tenía

59. Simeón, zar de los búlgaros (893-927) puso en jaque durante años al imperio bizantino, sitiando incluso su capital. La ciudad que falta puede ser Castoria, conquistada por Simeón en el 919 y situada en el distrito homónimo al NO de la Macedonia griega.

preparados para la ocasión. Mientras los ciudadanos estaban alborotados por lo sucedido, las tropas del tirano entraron por las puertas en el interior y se apoderaron de la ciudad sin derramamiento de sangre.

VII.19. La gran urbe de Antioquía fue tomada, pero no por culpa de sus reputadas fortificaciones. Pues Cosroes, el rey de los persas, no pudo apoderarse de ella atacando sus murallas [60]. Pero en un punto la muralla era muy estrecha. Al no poder los guardias hacer la ronda en formación por el adarve, suspendieron tablones largos a la altura del adarve atándolos a los baluartes mediante cuerdas. No obstante, al subir sobre ellos numerosos soldados, debido a la sobrecarga de peso que soportaban los tablones por su causa, se cayeron cuando estaban encima. La confusión se adueñó entonces de las tropas, las cuales, esperando que entraran los enemigos, abandonaron las murallas y huyeron, de forma que Cosroes tomó la ciudad sin derramamiento de sangre.

VII.20.i. Si los bárbaros van hacia tu fortaleza y conciertan la paz contigo bajo juramento, no confíes en ellos, antes bien guárdate entonces de sus promesas. Si quieren hacer un mercado para poder comprar y vender sus productos, que lo hagan, pero que no lo levanten junto a la ciudad. Merece la pena recordar qué le sucedió recientemente a la ciudad de Demetrias [61]. Cinco barcos de piratas agarenos habían llegado a primera hora del día. Los de la ciudad, que se habían enterado previamente de que se aproximaban, estaban preparados. Al llegar, los agarenos anunciaron a los de la ciudad: «No vinimos a combatir, sino a celebrar un mercado para vender los prisioneros y otras cosas que obtuvimos en saqueos; si así lo ordenáis, os lo juraremos, os daremos incluso prisioneros y luego haremos el negocio». Aquéllos les creyeron por falta de

60. La toma de Antioquía por el persa sasánida Cosroes tuvo lugar en el 540 d.C.
61. Desconocemos en qué fecha ocurrió este suceso.

experiencia y así ambos prestaron juramento. Cuando alguien se deja arrastrar por la inexperiencia, si se trata de algo bueno, esto le hace caer en una alegría desmesurada y en una audacia inadecuada, pero si se trata de algo malo y terrible, entonces sobrecoge su ánimo que se había llenado de ilusiones. Empeñando pues ambos su palabra con juramentos e intercambiados los prisioneros, los habitantes de la ciudad dejaron de preocuparse.

ii. Había allí sin embargo un hombre que procedía de Bizancio pero vivía en Demetrias y que era un verdadero rufián. Noé era el nombre del citado personaje. Éste ideó todo tipo de estratagemas para quitar a los lugareños sus bienes y dinero y hacerlos suyos. Como entonces este sujeto era un potentado de Demetrias, deseoso de obtener alguna ganancia de los sarracenos, no les permitió que se fueran muy lejos de la ciudad para celebrar el mercado, sino que hizo que realizaran sus ventas cerca de la muralla, pues pensaba astutamente que si la venta se realiza lejos de la ciudad no podrá alejarse y ver qué ofrecen, pero que si es junto a la muralla, puede ver desde la torre qué es lo que le gusta y apoderarse de ello como si fuera a comprarlo, pero al caer la tarde dejarlos partir de vacío sin haber cobrado nada. Éstos, después de haber hecho algunos negocios, hicieron como si se retiraran a los barcos cuando de repente cayó un violento chaparrón. Los habitantes de la ciudad, abandonando las murallas, entraron de nuevo en sus casas a causa de la lluvia, dejando atrás unos pocos guardias, que tampoco estuvieron vigilantes a causa de su inexperiencia. Por su parte los agarenos, sin perder tiempo, intentaron probar suerte y desembarcaron cinco hombres armados de cada uno de los cinco barcos. Éstos llegaron por un lado de la fortaleza por donde los habitantes no sospechaban nada, subieron a los baluartes del castillo por las casas pegadas a sus murallas y sus tejados y sin luchar se apoderaron de inmediato de la ciudad, que estaba fortificada y llena de todo tipo de riquezas.

VII.21. Te voy a contar también otra historia, qué le pasó a Teras el calabrés, que era gobernador de Bisinianon [62]. Era éste un hombre muy rico y noble, la persona más notable del país. Pero Roberto el franco, que había llegado a ser tirano por la Gracia de Dios, deseaba apoderarse de él. Después de intentar todo tipo de estratagemas, había fracasado. ¿Qué hace entonces? Se presenta como amigo fuera de la ciudad y le comunica que desea que salga fuera de la puerta, como si se tratara de un secreto y de un asunto importante. Así pues, Teras sale fuera de la puerta de la fortaleza, aunque permanece dentro de la línea del foso. El franco hizo como si le asustara la escolta de Teras y Teras ordenó entonces a ésta que se retirase y, una vez solo, se quedaron ambos para hablar. Pero el franco tenía preparados a tres hombres escogidos montados sobre magníficos caballos y éstos, espoleando los caballos, saltaron sobre el foso, se apoderaron de él y regresaron enseguida por donde habían venido con él en su poder. A aquel hombre admirable lo trataron como a un esclavo. Las torturas que le aplicaron no me voy a extender relatándotelas. Guárdate pues de los consejos de los enemigos y no confíes en ellos.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL TOPOTERETA]

VIII.1. Si eres topotereta o tienes alguna autoridad que esté por encima de la autoridad del estratego, no te opongas a él, sino obedécele con absoluta sumisión. Si te envía a una misión, marcha gustoso allí donde te ordena. No aparentes predisposición cuando en el fondo no la tienes, procura más bien realizar no sólo el trabajo que se te ordenó y por el que se

62. Bisignano es una ciudad de la Calabria al norte de Cosenza, en el valle del Crati. Teras es Pedro hijo de Tyrra, un potentado local. El suceso tuvo lugar ca. 1053-1054, cuando Guiscardo (cf. nota 102) era sólo el jefe de una partida de bandoleros normandos.

te envió, sino además alguna otra acción admirable y digna de alabanza. Debes luchar por superar a todos, para llegar a tener prestigio. ¿Cómo se consigue esto? Sólo de una manera: siendo esforzado y despierto.

VIII.2. Lo mismo aconsejo a tus soldados. No vi nunca a ninguno que fuese esforzado y despierto y no prosperase hasta llegar a lo más alto. No hay trabajo que no dé sus frutos. Sin embargo no todos siguen el camino recto, sino que se desvían hacia la injusticia y roban no sólo para comer y beber, sino objetos de valor y ropas, de manera que si la suerte les acompaña en una o dos ocasiones por concesión divina, desprecian la justicia y ya no vuelven sobre sus pasos. Pero los perjudicados, no soportando sus abusos, los golpean con espadas o lanzas y así los matan. Por ello es conveniente saber que se los consideró como reos de muerte y que no sólo fueron objeto de una muerte vergonzosa, sino que les espera la prueba del Juicio Final.

[CÓMO DEBE ACTUAR UN TERRATENIENTE, I]

IX.1. Si eres un ciudadano sin obligaciones que vive en su hacienda, ocúpate de las tareas de tu hacienda para que ésta esté bien mantenida y no las descuides. Pues no dispones de otro medio de vida que no sea el trabajo de la tierra. Debes procurarte tus propios medios de subsistencia, tales como molinos, talleres, huertos y todo cuanto te rinda sus frutos anualmente, ya sea por arriendo, ya sea por el fruto obtenido. Planta todo tipo de árboles, y cañaverales que te produzcan beneficios y no requieran cuidados todos los años, pues te facilitarán el descanso.

IX.2. En cuanto al ganado, debes disponer por ejemplo de bueyes para arar, cerdos y ovejas y cualquier otro tipo de animales que críen, crezcan y se multipliquen cada año. Gracias a ellos tu mesa estará abundantemente servida. Re-

gocíjate por todo ello, por la abundancia de trigo, de vino y de todo lo demás, de frutos y de animales, de alimentos tanto como de mercancías. Si sigues esta norma de vida sin dejarte abatir ni descuidar tus propiedades, no perderás nada de todo esto.

IX.3.i. Pero debes procurar administrar bien tus propiedades. Pues si las descuidas, tus servidores se comerán entonces tus ganancias y harán de ellas las suyas propias. Si llega entonces un año malo y la tierra no da sus frutos, te encontrarás con que no tienes almacenado trigo ni grano alguno para alimentar a tus criados. Y si quieres comprarlo, no encontrarás un solo nomisma. Cuando mires entonces a tus criados, debes pensar en su alimentación, en cómo los mantendrás. Después de proferir grandes lamentos se te ocurrirá acudir a alguien para que te preste lo más necesario, pero no habrá nadie que te lo dé, pues al que se lo pidas te dirá: «Créeme, tenía, pero otros me lo pidieron antes que tú y se lo di, y no me ha quedado otra cosa que no sea lo que yo mismo necesito». Entonces sentirás vergüenza y pesar, vergüenza porque pediste pero no obtuviste, tristeza porque no has podido obtener nada. Luego acudirás a otro y éste también te dará la misma excusa. Si llega a darte algo, será poco, y aun esto con garantías, en medio de murmullos de protesta y sólo pensando en obtener más de ti. Sólo entonces te prestará nomismas. Es más, si encuentras quien te los dé, te exigirá, como casi todos, intereses y te pedirá incluso tu propiedad como aval. Tú accederás gustoso y de buen grado se lo ratificarás por escrito, fijando incluso un plazo. Pero llega el día en que el plazo venció y el prestamista te pide el capital con los intereses. Tú en cambio aplazas el pago, porque no tienes nada.

ii. Una y otra vez te advertirá, pero puesto que no le das nada, pasará entonces también a amenazarte. Más adelante, cuando te vea en el ágora, en el pretorio o en la iglesia los días de fiesta, queriendo mostrar delante de todo el mundo que es

rico y más importante que tú, te dirá: «Pero hombre, ¿qué te adeudo yo para que no me devuelvas lo que es mío? ¿Es que quieres que te arruine?». Dice esto de arruinarte pues sabe que ya te ha arruinado. Si callas ante eso, dirán todos entonces, unos abiertamente y otros por lo bajo, eso de «Ni siente ni padece el que se endeuda», o incluso lo de «Malo es el día del que se endeuda». Pero si le replicas, entonces se reirán todos de ti diciendo: «¿Cómo no te avergüenzas de actuar tan desvergonzadamente contra aquel que sólo te hizo bien?». Y éste, volviéndose hacia ellos dirá: «¿Ven ustedes, señores míos, tamaña desvergüenza?». Entonces sentirás un dolor en el corazón durante muchos días, como si te hubiera mordido una serpiente. Así que o bien te desprendes de los bienes que recibiste de tus padres o de todo lo que tú adquiriste con mucho trabajo y esfuerzo y le pagas después de darlo por menos de lo que vale, o bien, si no haces esto, tendrás que entregarle un segundo depósito de dinero y prometerle que le pagarás el doble de interés y del interés de los intereses. Cuando el monto de la deuda haya subido mucho, tendrás que ir a suplicar al tribunal, tú que antaño eras un hombre feliz.

iii. Te podría decir otras muchas cosas al respecto, pero si eres sensato te bastará con esto. Pues una sola palabra, según dicen, bastará a un hombre sensato, mientras que al necio no le harán entrar en razón ni los propios hechos. Así que es preciso que luches por tu sustento y que sobrelleves con buen ánimo las penalidades que se derivan de tu trabajo. No dijo mentira el que afirmó lo de «Comerás tu pan con el sudor de tu frente». Y dice Salomón: «Dios impuso ingratas obligaciones a los hijos de los hombres, pues no es posible vivir sin trabajo y sudor» [63].

IX.4. No digas: «Mis hombres son de mi total confianza y no tengo sospecha alguna contra ellos». Si te ven, son de fiar, pero si no, todos hacen lo que a ellos les conviene, ya que por

63. Génesis 3.19 y Eclesiastés 1.13.

naturaleza se ha inculcado al hombre que busque su propio provecho y obtenga ganancia, sea espiritual o material.

IX.5.i. Oíste que te dije que debes esforzarte y luchar por tu sustento. No debes sin embargo dejarte llevar por cualquier ocurrencia, ni trabajar sin límite, pues así arruinarás tu alma y despreciarás a Dios, ya que te olvidarás de los servicios de salmodia marcados para los fieles ortodoxos, como los maitines y las cuatro horas y con ellas las vísperas y completas. Estos oficios conforman nuestra vida, porque a través de ellos nos reconocemos como siervos y allegados de Dios, pues hasta los bárbaros, los demonios y todos los hombres no dejan de reconocer a Dios y que Dios existe. Pero no sólo es preciso que asistas a estos oficios, sino, si puedes, también debes orar a media noche recitando aunque sea un solo salmo, pues en esta hora puedes hablar con Dios sin distraerte. Al orar descansarás, ya que el hablar a solas con Dios no es un trabajo, sino más bien una satisfacción. En definitiva, del mismo modo que te insto a que te esfuerces en todo lo que concierne tu vida material, quiero también que te esfuerces en lo que concierne a la espiritual, de forma que de ambas alimentes tu esperanza. Simplemente quiero que sobresalgas en el cumplimiento de todas tus obligaciones.

ii. No me digas que «A fulano, que no asiste a los servicios de la iglesia, todo le va bien», pues no sabes qué es lo que hace a ocultas. Algunos, en efecto, realizan buenas obras a ocultas, sin que se enteren no sólo los hombres, sino ni siquiera el diablo. No obstante, no hay que sorprenderse de que progresen personas negligentes y malas. Al fin y al cabo, los hebreos, herejes, sarracenos y, en fin, otros muchos pueblos viven sin conocer nuestros dogmas ni creer en nuestro Señor Jesucristo como en el verdadero Dios y los hay de entre ellos que prosperan, dominan a otros pueblos y disfrutan de la bondad divina. Pero no debemos envidiar su prosperidad, pues la bondad de Dios lo gobierna todo y sólo Él conoce sus juicios.

IX.6. Practica también la caridad, que no será en vano. Cornelio, que por ser heleno [64] desconocía por completo no sólo los dogmas, sino las enseñanzas más elementales de la religión, hizo el bien delante de Nuestro Señor movido por su recta conciencia y por ello oyó que le decía: «Cornelio, tus preces y obras de caridad serán recordadas, pues han ascendido hasta Dios» [65].

IX.7.i. Que no se te ocurra intervenir en las recaudaciones abusivas de impuestos. No intervengas en absoluto en las tareas fiscales, porque perderás tu pan y dejarás preocupaciones a tus herederos en vez de una buena herencia, y así vivirán en constante agitación.

ii. Te voy a contar una historia que vio mi padre y luego me contó a mí. Tenía él un sobrino sensato y diligente, el protospatario y estratego Juan Maios, que disponía de nomismas en abundancia y numerosas propiedades. En una ocasión le pareció que podría encargarse de la inspección fiscal de Arabiso [66]. Cuando lo consultó con mi padre, éste le disuadió. Pero aquél le señaló las haciendas de los ciudadanos y le dijo: «Todas estas casas se levantaron gracias a las cargas fiscales». Mi padre [67] acabó por retirarse a su país natal y éste vino para hacerse cargo de la inspección. Después de unos pocos años, cuando fue a la Ciudad y se dirigió a saludarlo, no lo encontró en su casa. Entonces su vestiarita lo cogió y lo llevó al orfelinato de San Pablo y allí lo vio sentado en una habitación oscura, encadenado con lo que llaman «cuspus» [68], llorando

64. El término «heleno» equivale en esta época a «pagano» y no es definitorio de la identidad de los bizantinos, que, pese a hablar griego, se designan a sí mismos como «romanos». El término «bizantino» designaba entonces sólo a los habitantes de la capital.
65. Actas de los Apóstoles 10.1 ss.
66. Dos localidades de este nombre, una en Capadocia y otra en Armenia.
67. En el manuscrito se lee «mi abuelo». Los editores corrigen en «mi padre», pero Lemerle sugiere leer «tu abuelo» (el autor se dirige a su hijo).
68. Cepo de pies.

sin parar y desesperando ya de su vida. Le faltaban sesenta libras que le reclamaban. Pero no sólo no se salvó, sino que fue deudor hasta después de morir. No obstante, tú ya sabes qué les pasó a otros muchos por intervenir en estas tareas fiscales: perdieron sus dignidades y propiedades.

iii. Entonces te dirán tus amigos o tu mujer por pura inexperiencia: «Hazte cargo aunque sea de una representación, o de un arcontado o de la administración imperial en nuestra comunidad y podrá arreglarse tu situación, la de tu hacienda y la de tus hombres». No los escuches. Pues si les haces caso e intervienes en una de esas tareas, escucha qué te ocurrirá. Si luchas por hacerte cargo de los impuestos del fisco y por recuperar intactos tus gastos extraordinarios, no sólo vas a arriesgar injustamente los salarios de tus hombres, sino que al final devolverás incluso lo que no exigiste. Pero si tu administración es justa, puedes verte entrampado. Pero ¿qué digo justa? ¿Cómo va a ser justo un recaudador de impuestos? En vez de mediar y sembrar la concordia entre todos ellos como debías y en vez de que todos, como debieran, puedan acudir a ti para escuchar tus buenos oficios, huirán todos de ti. Pues ¿quién no huye de un recaudador? Cuando venga entonces un funcionario del emperador a reclamar yuntas para una angaria[69], no te atreverás a pedírselo a uno por ser tu amigo, a otro por ser pariente, a un tercero porque es un poderoso señor y así enviarás a uno de tus hombres a recoger los nomismas y óbolos[70] y le dirás al hombre del emperador: «No las encontré». Éste tal vez te detenga, te azote con el látigo y te degrade ante tu propia comunidad, de forma que te verás deshonrado en vez de recibir los honores que

69. El término castellano «angaria» traduce aquí el homónimo griego y designa como él las prestaciones de trabajo o de utillaje al Estado o al señor feudal.

70. En esta época el óbolo es denominación alternativa del «follis», moneda de cobre de uso corriente. Como se aprecia, la angaria se evitaba con un pago en metálico.

se te debían y este oprobio te acompañará durante generaciones.

iv. Pero si no te compadeces de nadie y por el contrario les impones la angaria, el hombre del emperador se irá, pero tú te habrás ganado la hostilidad de tus amigos y, aunque no todos te causen mal, sin embargo puede hacerte daño aunque sea sólo uno de ellos contando con el apoyo de los demás. Es más, aquéllos a los que les reclamaste el aericón [71] o cualquier otra carga, ya fuese justa o injustamente, te demandarán ante los jueces del distrito durante diez o quince años. Aunque te defiendas bien, el juez no es un profeta, sino que te convocará y te obligará a prestar juramento. Si juras entonces conforme a la ley, lo que no te aconsejo, todos se llenarán de lamentos por tu culpa y te menospreciarán. Pero si no juras, deberás marcharte de todos modos, se te obligará a huir y te verás menospreciado y cubierto de oprobio.

IX.8.i. Si en el lugar vive alguna alta autoridad, preséntate ante ella, pero no con frecuencia, sino sólo ocasionalmente. Cuando te presentes, debes hablar justo lo preciso y con sensatez y callar si no se te pregunta. Envíale a él y a sus hombres cuantas viandas y bebidas te sea posible, de entre aquellas con las que te favoreció Dios.

ii. Si empieza a cometer injusticias, se presentarán ante ti los hombres de la comunidad diciendo: «Tú eres nuestro jefe, ¿por qué no acallas a ese hombre? Iremos todos contigo, para que así le hables libremente y sin temor, pues nosotros estaremos contigo». No se te ocurra hacerles el mínimo caso. Algunos intrigantes, al oír estas palabras, sonreirán para sus adentros, no sin dejar de decirte lo que te agradará y de ensalzarte. «Tu padre», dirán entonces, «resguardaba tan bien nuestros derechos que por eso hasta el día de hoy sus excelencias están en boca de todos». Te embaucarán los oídos con estas pala-

71. Impuesto extraordinario de origen discutido, pagado quizás originalmente en bronce (*aes, aeris* en latín).

bras y tan pronto como tú te hayas comprometido ante ellos a hacer esto, correrán en secreto a comunicárselo a la autoridad. «Nosotros», dirán, «te somos fieles y te servimos, y como prueba de nuestra predisposición hacia ti, te comunicamos cuantas cosas supimos y escuchamos. Fulano de tal», refiriéndose a ti, «levantó toda la ciudad contra ti y mañana se presentará ante ti con todo el pueblo y quizás incluso lleguen al crimen y te maten». Al oír esto, aquél se dará a la fuga, pensando que éstos dicen la verdad y escribirá al emperador contra ti, como si fueras un agitador de las masas y un sedicioso. Acabará contigo sin que te lo merezcas.

iii. Si, por el contrario, no tiene miedo, te dejará subir al pretorio con el pueblo y, apresándote, te hará entrar en razón con el látigo y la tonsura [72]. Los que entonces te alababan, te rehuirán, y los que te vean, dirán: «Por nosotros padece ahora este hombre». Ellos se marcharán lamentando tu estado, pero tú, lanzando tu mirada de un sitio a otro, no encontrarás a ninguno de los que antes te alabaron y, reflexionando en tu interior, te acusarás a ti mismo diciendo: «Ay, qué mal consejo tomé». Por su parte el poderoso, queriendo apaciguar a la comunidad, los convocará y dirá: «Conozco la buena voluntad que mostrasteis hacia mí y hacia los que me precedieron, y no tengo nada contra vosotros, sino que os considero como a mis hijos. Esto no sucedió por vuestra culpa, sino que este demagogo fue el responsable. Vosotros sois mis amigos». Después de decir estas cosas y aun otras más, les dejará partir, reteniendo de entre ellos a los más notables para desayunar juntos. Una vez que haya aplacado sus ánimos, les convencerá fácilmente para que declaren contra ti.

iv. Debes tener cuidado con todas estas cosas. No te estoy diciendo que no defiendas tus tierras ni tus gentes. Pues el que no habla, sino que pudiendo prestar ayuda, no se compa-

72. La tonsura como monje y la reclusión en un monasterio son formas de castigo en Bizancio.

dece, colabora con los delincuentes. Debes pues hablar tú también, pero no en medio de tumultos, sino sensatamente, con un ánimo constructivo y de uno en uno. Así te respetarán y el delincuente se avergonzará de ti más estando solo que con el pueblo. Si las circunstancias exigen que expreses libremente tu opinión ante el pueblo, hazlo, pero no seas temerario. El que contempla las injusticias y no habla, es perverso.

IX.9. Si tienes una dignidad, debes estar a su altura para que ella te procure honra. Pero si no la tienes, procura que te honren igual que a los que tienen una dignidad e incluso más que a ellos.

IX.10. Si llega un impuesto extraordinario del emperador y todos reunidos acuden ante ti para que distribuyas tú las cargas de cada uno, no lo hagas, sino diles: «Distribuidlas vosotros como sepáis, que yo estaré presente». Y que las distribuyan otros. Pues de ese modo puedes eximir de ellas a tu amigo, o a un servidor tuyo y al que te pida una rebaja en el impuesto. Nadie dirá nada, y aunque haya críticas en la comunidad, recaerán sobre los que hicieron la distribución y tú permanecerás al margen de toda censura. Pero si tú haces la distribución, no puedes aligerar la carga de ningún amigo o servidor tuyo, pues murmurarán contra ti por ser el que hiciste la distribución. Y si eximes a un servidor tuyo, contra ti dirigirán sus gritos de protesta, acusándote de aceptar regalos para borrar las cargas. Te conviene no tener negocios sucios con la comunidad, sino mostrar tu misericordia y ayudarlos en la medida de tus posibilidades. Pues aunque pasemos inadvertidos a los hombres, no podemos escapar al ojo insomne de Dios.

IX.11.i. Si tienes un amigo que vive fuera y está de paso por la ciudad donde vives, no lo hospedes en tu casa, sino hospédalo en cualquier otra parte y envíale lo que necesite, que lo aceptará mejor. Pues si lo hospedas en tu casa, escucha cuántas críticas caerán sobre ti: en primer lugar, tu mujer, tus hijas y tus nueras no tienen libertad para salir de sus habita-

ciones y disponer lo que sea preciso en tu casa. Pero si precisan salir por alguna necesidad, tu amigo subirá el tono de voz y dejará en suspenso su mirada sobre ellas. Si tú permaneces junto a él, hará como que baja la cabeza, pero espiará sus pasos, sus idas y venidas, su talle, sus miradas, en definitiva, las observará desde la cabeza a los pies. Cuando esté a solas con sus criados, se reirá imitándolas. Luego menospreciará tu servicio, tu mesa, tu administración, te preguntará incluso por tus propiedades, si tienes esto o aquello. Pero ¿por qué detenerse en más detalles? Si tiene oportunidad hará señas amorosas a tu mujer, la mirará con ojos licenciosos y, si puede, manchará su honra. Y si esto ocurre, cuando deje tu casa se jactará de lo que no es lícito. Pero si aquel no lo dijera, tu enemigo proclamará en la batalla [...] que tu mujer te lo revele.

ii. Podría hablar sobre muchas cosas si quisiéramos determinar cuál debe ser el régimen de vida de las mujeres; no obstante, deberás contentarte con lo dicho. Sin embargo, puesto que me he acordado de un suceso, voy a pasar a contártelo, pues es bueno que siempre vigiles estrechamente a tu hija y a tu mujer. Un hombre rico y de ilustre condición, insigne tanto por sus dignidades como por su linaje y cuyo nombre omito adrede, ya que vive todavía, era propietario de diversos edificios en la Ciudad. Este personaje tenía una mujer de noble familia, hermana de un estratego y con un hermoso cuerpo. Más hermosa era sin embargo su alma por aquel entonces, ya que la adornaban la virtud y la razón y había sido iniciada en las Sagradas Escrituras. El emperador había oído hablar de ella y como deseaba tener trato con la mujer, le enviaba con frecuencia algunos mensajeros con la promesa de dignidades y otros muchos bienes tanto para ella como para su marido. De esto su marido no sabía nada. Luego envía a su marido a un distrito como juez. Pero no pudiendo convencer a aquélla, el emperador dejó de insistir.

iii. Después de tres años su marido regresó del distrito, muy contento de volver a su hogar. Un joven atractivo y de

ilustre familia que venía desde fuera se presentó fingiendo ser un pariente de ella y luego, una vez dentro del palacio, le dice al marido: «Yo», le dice, «soy pariente allí de la señora del juez». Le dice otras muchas cosas y el juez se hace amigo de él y le invita a su casa. Éste consigue engañar al juez y se convierte así en su íntimo amigo. Pero ¿por qué voy a contar más? Tiene trato con ella, una mujer antes bienaventurada y ahora una pobre desdichada. Cuando se conoce esta tragedia, el marido y los parientes de ella son presa del dolor y la consternación. Pero su deshonra es todavía mayor: el joven por su parte se jactaba de esto como de una de las hazañas de Hércules. Lo que no pudieron conseguir ni el emperador ni las promesas de dinero y dignidades, lo consiguió el trato cotidiano y la amistad.

IX.12. Me gustaría que quisieses a todos los hombres, pero pese a todo no reveles a nadie tus secretos, pues esto es algo muy peligroso. Desde el momento en que revelas tus secretos a alguien, pasas a ser desde entonces su esclavo y cometerá contigo las mayores injurias y ofensas sin que te atrevas a replicarle. ¿Por qué ibas a sacrificar tu libertad voluntariamente? Sin duda dirás: «Es un hombre virtuoso y no divulgará mis secretos». No te das cuenta de que tú mismo despreciaste tus secretos cuando hiciste que otros oídos los escucharan. Lo que entra por los oídos, por los labios se divulga. De ahí que no debas comunicar tus secretos a nadie. No en vano dice el profeta: «Guárdate de decir nada al que duerme contigo» [73].

IX.13.i. Los que entran en tu casa deben ser gente formal y no unos curiosos. Pues el curioso investiga tu vida y los defectos que encuentra en tu casa los anota como si fuera un copista y los dirá en el momento oportuno para oprobio tuyo. Algunos hombres tienen como amigos a personas que son conocidas por los problemas que crean y la confusión que introducen en las gentes más sencillas, y sin embargo los tienen

73. Miqueas 7.5.

para que les ayuden a defender sus propias injusticias. Yo te aconsejo que no tengas a un tal por amigo, pues el que tenga a un amigo así, es igual que él y, siendo malo y habiendo faltado a la ley, se sirve de la ayuda de un amigo así para que cuando los perjudicados por él le reclamen lo que les es propio, éste hable en su favor.

ii. No debes sentir aprecio hacia un hombre así, si es verdad que declaras amar lo bueno, pues lo bueno deja de ser bueno cuando se hace amigo de lo malo. Tú acaso me citarás lo que dijo David, aquello de «En paz estuve con los que odiaban la paz» [74]. Pero no dijo: «Los amé», sino: «En paz estuve», esto es: «Callé soportando sus injurias y ofensas». Así que no te digo que porque son malos debas combatirlos y crear conflictos, sino que los dejes que se apañen con sus necedades. Pero si te atacan con violencia, no tengas miedo, combátelos, que aunque sean personas ilustres, verás que Dios luchará junto a ti. En definitiva, no debes tener como amigo a un hombre malo, pues un día te pondrá en una situación difícil y caerás víctima de sus malos consejos, como un pájaro en un lazo. Entonces te acordarás de mis palabras.

IX.14. No confíes en tu enemigo, ni aunque simule ser amigo tuyo, pues lo que quiere es tenderte una trampa. Aunque se ponga a llorar ante ti, no lo hace porque te aprecie, sino porque la necesidad o la desgracia le apremiaron. Si puedes, ten misericordia de él y no ignores su suerte; consuélalo si puedes y sácalo de la difícil situación en que se encuentra, que Dios te sacará a ti de tu desgracia. Cuida también de él, pero no lo consideres como un amigo íntimo. Lo sé, puedes contarme historias de algunos que, de una gran enemistad, pasaron a ser grandes amigos. Pero esto ocurre de muchas maneras. El enemigo no se declara como tal, ya porque le tiene miedo, ya porque necesita de su ayuda, ya porque le oculta su animadversión queriendo engañarle, ya porque interviene

74. Salmos 119.6-7.

una fuerza superior y calla aunque no quiera. Quizás incluso su afecto viene del fondo de su alma, pero esto ocurre raras veces, un caso se encuentra entre miles. Ten presentes mis palabras, pues un viejo enemigo no se convierte en un nuevo amigo. Si tienes medios para ayudar a tus enemigos, no lo dejes para otra ocasión, hazlo. No tengas en cuenta las ofensas que te causó a ti, pero ten en cuenta las que hizo a los sagrados iconos y a la divinidad, pues debes luchar hasta la muerte por tu religión. Es bueno tener compasión tanto de las gentes buenas como de las malas. Si tienes compasión, mayor será la paga que recibirás.

IX.15. Cuando la fortuna te sonría, debes acordarte, hijo mío, del hombre que sufrió por ti. El que se olvida de él, de Dios se olvida. Acuérdate del que te echó una mano y luchó por ti en los momentos difíciles, acuérdate del viejo amigo de tu padre, acuérdate de tu pariente cuando te vaya bien. Benefícialos y acuérdate de ellos, que Dios se acordará de ti. Quizás por haberlos beneficiado hizo Dios prósperos tus días. Acuérdate de que las desgracias y las alegrías nunca permanecen, sino que todo fluye y refluye. Mientras tengas días, demuestra quién eres, para que los descendientes de aquéllos a los que tú beneficiaste, vean tus buenas acciones como grabadas en piedra. Ya hagas el bien o el mal, nada pasará inadvertido, sino que los ojos de Dios lo retendrán hasta el Día de la Retribución.

IX.16. Tu objetivo y tu empeño deben ser el hacer el bien, no sólo a los amigos, sino también a tus enemigos, y no el perjudicarlos. No te dejes engañar, hijo mío, no sólo las obras de los hombres, sino también sus pensamientos llegan al conocimiento de Dios. Si tu espíritu está predispuesto a hacer el bien, Dios te favorecerá también.

IX.17.i. No te sientes donde tienen su plaza los jóvenes. Evítalos más bien, para no llegar a aborrecer tu propia alma. Por jóvenes entiendo aquellos que piensan y hacen cosas propias de los jóvenes, aunque sean ancianos.

ii. Un ladrón no debe ser amigo tuyo. Pues aunque no estés compinchado con él no te librarás de la censura.

iii. No viajes nunca con tu enemigo. Si por un casual te encontrares con él en el camino sin esperarlo, sepárate de él enseguida.

IX.18. No te atrevas con los ríos y no vivas debajo de un barranco o un monte, pues si una roca se precipita rodando sobre tu casa, antes de que te des cuenta, la casa será tu tumba y la de toda tu familia. Yo conocí a muchos a los que les pasó esto.

IX.19. No viajes de noche si no conoces el camino.

IX.20. No comas setas recién cogidas, pues muchas casas se vaciaron por su culpa.

IX.21.i. El que cruza por encima de un río o un lago helado, éste desea ver allí mismo su muerte.

ii. El que cruza a caballo por un puente de madera, éste desea romperse los huesos y matar además a su caballo, pues si cede la madera por ser mala o se vuelcan las tablas o el caballo da un simple paso en falso, se acordará de mis palabras.

IX.22. No pretendas comer hasta saciarte.

IX.23. Que tus hijos sean educados en la lógica y la filosofía.

IX.24. No rechaces un puesto o mando de distrito, pues ten por cierto que una dignidad es una bendición divina, pero debes evitar hacer de él un uso indebido. Si te haces cargo de él, preocúpate también de tu casa, y le darás esplendor, pues una vez hayas cesado en el cargo, será tu casa la que te acogerá y será en tu casa donde descanses.

IX.25. Tus hijos y tus hijas deben respetarte, pero tú también trátalos con deferencia y no los desprecies, aun cuando sean niños, pues actuarán tal como hayan aprendido de ti. Pero debes respetarte también a ti mismo, ya que el que no se respeta a sí mismo no respetará a los demás.

IX.26. No seas impetuoso, pues todo aquel que se arriesga sin motivo, más adelante se arrepiente de ello.

IX.27. Honra al viejo y al joven y serás a tu vez honrado por ellos y por el que los ha creado.

IX.28. Cuando entres en la iglesia, no te intereses por la belleza de las mujeres, sino mira con la cabeza gacha hacia el altar.

IX.29.i. Lee mucho y mucho aprenderás. Aunque no comprendas, ten ánimo, pues si lees el libro muchas veces, Dios te dará entendimiento y lo comprenderás.

ii. Pregunta lo que no sepas a los que tienen entendimiento y no seas orgulloso, pues precisamente por este motivo, por no querer preguntar y aprender, les falta a los hombres entendimiento.

iii. Cada vez que alguien inicie una conversación, déjale que la termine, que si su saber es bueno, te aprovechará y si es innoble, te aprovechará igualmente, pues lo podrás censurar.

iv. Estudia las Escrituras, tal como lo ordenó el Señor, pero no rebusques en ellas.

IX.30. No duermas ni permanezcas en una casa en la que sabes que hay una serpiente, sea ésta grande o pequeña.

IX.31.i. Si alguien te pide que le des limosna, dásela sin vacilar y no lo aplaces. Si es amigo tuyo, da gracias a Dios porque le auxiliaste con tus propias manos; pero si es enemigo, porque te buscó y recibió de ti; y si es un desconocido, figúrate que es Cristo y dale las gracias.

ii. En el caso de que alguien te pida un préstamo, si lo quiere de verdad para rescatar prisioneros o por cualquier otra causa apremiante y justificada, dale lo que puedas. Si él no te lo devuelve, Dios te proporcionará el doble, con tal de que no fuese el préstamo por el interés o por ganancia ilícita y amor a Satán. Si lo necesita para arrendar la recaudación de impuestos, para comprar siervos, propiedades o algo similar, o para negocios, no se lo des, que echarás a perder tus asuntos y de un amigo harás un enemigo.

iii. Además de con éstos, ten cuidado con los que pretenden engañarte con el préstamo que les das, pues muchos per-

dieron así su pan. Escucha cómo. Al principio, el que quiere que le prestes así el dinero, no pide un préstamo, sino que te enviará alguna vianda, tal vez liebres, perdices o peces y otras cosas, como perfumes. Luego hará esto dos y tres veces, y enseguida te invitará una y dos veces a su casa, como si te apreciase. Entonces te mostrará una buena cantidad de oro que ha pedido prestada de otro y te dirá: «Entregué esto para un negocio tal, pero no aceptan esta acuñación, sino tal otra», justamente la que él cree que tú tienes. «Y sé», dice, «que tienes de ésa. Si me aprecias, dámela, no sea que eche a perder el negocio, puesto que espero obtener una amplia ganancia. Mañana o al acabar la semana recibirás lo que te pertenece junto con magníficos presentes». Pero si no te dijese esto, entonces dirá otra cosa del estilo de: «Tengo a mano estos nomismas que ves, pero se perdió la llave del arcón», o bien: «Ayer vino un amigo mío y le di tantas libras. Ahora las necesito, dámelas. No hay peligro de que pierdas el dinero por mi culpa». Diciéndote esto pues, te seduce, o mejor, te ablanda, y tú le darás el préstamo de todo corazón, pues te acuerdas de todos los manjares que él te envió y de las mesas tan bien servidas y esperas que eso continúe así. Pero él, aceptándolo, considerará que se ha ganado tu dinero y dirá: «Alabadas las liebres y todo lo demás que le envié; benditas las mesas que tanto oro me aportaron». Poco a poco empezará a alejarse de ti. Le advertirás que te devuelva el dinero y te responderá con palabras agradables. Luego intentará ocultarse de ti. Tú madrugarás ante su puerta y él ni respuesta te dará, así que te retirarás abatido. Pero aunque entrases de improviso y quisieses hablarle, pondrá alguna otra excusa, como que está irritado contra otra persona o que está de luto. Aunque, superando la violencia que sientes, le dijeras algo, él te dirá: «¿No te avergüenzas de presionarme por culpa de aquellos nomismas adulterados y sin pesar? Créeme, si hubiera sabido que eras así, no te los habría cogido. Pues yo», dice, «no he concluido mi negocio». Y añadiendo a éstas otras convincentes razones,

te despachará de vacío. Después de eso te dirá: «Créeme, los manjares que te envié y las mesas que con tanto gasto te puse y los perfumes que quemaste y con los que te ungiste, eran de mucho valor. ¿Por qué iba yo a avergonzarme ante ti?». Y restará incluso esto del capital. Aunque quieras recuperar la mitad, no te la dará, sino que te censurará y te calumniará con todos los medios a su alcance. Pero ¿para qué seguir hablando? Será tu enemigo más odiado, escupirá fuego contra ti. Unas veces los que cogen dinero en préstamo lo intentan mediante estratagemas semejantes, pero otros se sirven de hermanamientos y padrinazgos, ofrecen en matrimonio a sus hijas e hijos y prometiendo lo que está más allá de su capacidad, intentan mediante todo tipo de estratagemas, privarte de tu dinero. Ten pues cuidado con éstos.

IX.32. Dos cosas he llegado a odiar: al tacaño y al derrochador; al derrochador que sin tener nada y siendo pobre, gasta por encima de su capacidad, y al tacaño que nada en la abundancia: a los dos los considero unos miserables. Tú, si Dios te ha provisto, no seas tacaño, sino compórtate generosamente, aunque con medida, y no con mimos, bufones y aduladores, sino con personas respetables, amigos o necesitados. Si quieres dar limosna, dala en cualquier momento, por la tarde, por la mañana y a mediodía. Si quieres obsequiar a alguien, no lo hagas después del almuerzo, pues sospecharían que has regalado bajo los efectos del vino. Haz los donativos más bien por la mañana. Para la limosna no tengas límite, sino da todo cuanto te pase por la cabeza, pues si te retrasas, el diablo te lo impedirá.

IX.33. Las puertas de tu casa deben estar orientadas al Oriente, para que entre aire fresco.

IX.34. Tus yuntas deben estar bien alimentadas, pues no sabes qué podrá suceder.

IX.35. No tengas a un siervo perezoso.

IX.36. Conversa con los monjes con frecuencia, y aunque sean ignorantes, no los juzgues severamente, pues los divinos

apóstoles, aunque eran simples y sin formación, llevaron la luz al mundo [75].

IX.37. Recompensa generosamente si puedes a aquellos hombres libres que están a tu servicio, y si quieren abandonarte, aun a pesar de tus larguezas, no se lo impidas, pues no es justo.

IX.38. Procura cultivar mucho vino, pero sírvete de él con moderación, pues el que es presa del demonio por culpa del vino, delira quizás una vez al mes o todo el año y de ahí pasa toda su vida en sombras [76].

IX.39. No mates ni tomes parte en ningún plan de asesinato, aun cuando aquél proyecte matarte, pues se dice que todo aquel que a hierro mata, a hierro muere [77].

IX.40. No pretendas que los adivinos te predigan el futuro: todo llegará, aun cuando no te lo hayan predicho. Y si es malo ¿es que te será útil consumirte y abatirte antes en el dolor?

IX.41. No calumnies a un hombre inocente, ni ante los tribunales ni por dinero. Pero ¿por qué digo inocente? ¡Ni siquiera a un culpable! Más bien debes vigilarlo y protegerlo, siempre que no cause daño ni al emperador ni a ninguna otra persona.

IX.42. No lleves encima ningún amuleto, si no es una cruz, un santo icono o una reliquia de un santo.

IX.43. No prestes atención a los sueños y no les des ningún crédito, aunque sean sobre cosas divinas. Si actúas así, estarás seguro, pues muchos perecieron por su culpa.

IX.44. No avales a nadie, pues muchos que dieron avales se buscaron con ellos su ruina. Pero ni aunque sea un íntimo amigo tuyo debes avalarle, sino que si lo tienes, dale cuanto necesite y así madurará vuestro afecto. Pero si le das el aval, perderás no sólo lo avalado, sino que echarás a per-

75. II Cor. 11.6. Es el ideal de la «aurea simplicitas».
76. El sentido del pasaje no está del todo claro.
77. Mateo 26.52.

der además vuestra amistad y algunos te tendrán por insensato.

IX.45. Ama a tu amigo y tiéndele siempre la mano; procura no causarle un disgusto que le lleve a la muerte. Si te dice a menudo que bebas un veneno y otra sustancia mortal, es decir, si te aconseja hacer algo malo, no te dejes arrastrar por su consejo. Pues, por si quieres preguntármelo, la mayoría perecieron por amor a sus amigos y perdieron no sólo el dinero y su vida, sino incluso sus propias almas.

IX.46. Es algo grande tener una numerosa servidumbre, pero más importante y más grande es el hombre sensato, aunque carezca de riqueza. Dice así un sabio: «La propia riqueza es la redención del hombre» [78], y dijo bien, pero yo diría que muchos han sido objeto de asechanzas por su dinero y les costó además la vida. No censuro la riqueza, pero prefiero la sensatez, pues conseguimos lo mismo con ésta por gracia de Dios: primero reflexionamos y luego actuamos como corresponde.

IX.47. Reza para no enemistarte con tu hijo, tu yerno o tu hermano. Si les devuelves el mal que te causaron, todos te despreciarán, incluso el mismo Dios. Tú mismo te censurarás más tarde, cediendo al sentimiento de tus entrañas. Si te hace mal, tú padeces el daño, pero también él por obra de Dios y así de nuevo te ves afligido por su ruina.

IX.48. Una hija desvergonzada no sólo se deshonra a sí misma, sino también a los padres y a los miembros de su familia. A tus hijas debes tenerlas encerradas y a salvo de toda mirada, como si estuviesen condenadas, para que no seas mordido como por una víbora.

IX.49. Debes preocuparte en primer lugar de aquello que es necesario para tu casa, y luego de lo accesorio, pues si adquieres primero lo accesorio, al final lo venderás para poder comprar lo necesario cuando te falte. Cosas necesarias son

78. Proverbios 13.8.

aquéllas con las que nos alimentamos, accesorias en cambio, por ejemplo, lujosas vajillas, blandos colchones, camas doradas y otras cosas así.

IX.50. Mientras seas pobre no intentes edificar nada que luego te veas obligado a dejar o a cambiar a causa de las deudas. Mejor planta viñedos y cultiva la tierra, que te entregará sus frutos y te alimentará sin causarte penas. Empieza a edificar cuando te sobre de todo, pues el dinero construye casas y por encima de él está Dios.

IX.51. No te dediques a un oficio que te promete grandes beneficios, pero que puede arruinarte, aunque tengas mucha experiencia en él, y entraña peligros para ti, como por ejemplo adulterar y recortar los nomismas, falsificar documentos, poner un sello a las bulas y otras cosas similares a éstas.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL SACERDOTE]

X.1. Además de estas cosas te aconsejo lo siguiente: si llegas a formar parte del orden sacerdotal, pongamos como metropolita u obispo, no aceptes el puesto hasta que no te sea revelado desde arriba gracias a ayunos y vigilias, y Dios no te informe cumplidamente de lo que toca. Y si se demora la aparición de Dios, ten ánimo, persevera y humíllate ante Dios, que lo verás. Bastará con que tu vida esté sin mácula y por encima de pasiones que la constriñan.

X.2. Pero ¿qué digo metropolita? En el caso de que seas elegido para sentarte en el trono patriarcal, no te aventures a coger el timón de la Santa Iglesia de Dios sin una visión divina. Pero una vez alcances el patriarcado no te des ínfulas escoltado por lanceros, no acumules dinero, ni te cuides del oro, de la plata o de exquisitos banquetes. Tu preocupación debe dirigirse más bien a alimentar huérfanos y viudas, a los hospitales, al rescate de cautivos, a fomentar la paz y a ser el valedor de los débiles, no a acumular casa tras casa y a juntar te-

rrenos, desposeyendo al vecino con la excusa de que «No entrego todo esto a mis hijos, sino a Dios y a mi Iglesia». Vi en efecto a otros arzobispos que decían cosas de este estilo y me admiré de las astucias del diablo, de cómo nos engaña con aquellos que sólo en apariencia son piadosos. Te diré algo: San Nicolás, San Basilio y otros como ellos [79], mientras vivieron en el mundo, repartieron sus bienes a los pobres y predicaron la pobreza, pero ahora, cuando ya han alcanzado el reino de los cielos, ¿necesitan entonces robar a los pobres? ¡Dios no lo quiera!

X.3. Te dije que pidieras a Dios para que te honre con una visión divina que te persuada a asumir el sacerdocio, pero debes tener cuidado de ver a un ángel divino y no en vez de él a un enviado del Diablo. Lee con todo al bienaventurado Casiano y sabrás qué le pasó a él, así como al admirable Herón el mesopotamio y a otros muchos ascetas [80].

X.4. Ten la máxima reverencia por las cosas divinas. Escucha también al bienaventurado Gregorio cuando dice: «Es bueno alejarse un poco de Dios, tal como hizo antaño aquel Moisés y luego Jeremías, y», dice, «así correr dispuestos a su encuentro cuando nos llama, como Aarón e Isaías. Sólo que ambas cosas deben realizarse piadosamente, una debida a nuestra debilidad natural, la otra por el Poder de Aquél que nos llama» [81]. Tu cuidado debe dirigirse noche y día hacia lo divino y a llevar consuelo a pobres y ricos.

79. Para San Nicolás cf. nota 21. San Basilio de Cesarea (330-379 d.C.) es uno de los más importantes Padres de la Iglesia griegos, sistematizador de la liturgia y de las reglas monásticas.
80. Casiano (360-435 d.C.), el único autor latino citado en la obra, fue el introductor del monaquismo en Occidente. Se le conoce en la tradición posterior por sus 24 libros de *Collationes*, que contenían conversaciones con los ascetas egipcios (como Herón y Mesopotamio, *Coll.* II. caps. 5 y 8). Existía una traducción griega de pasajes escogidos.
81. San Gregorio Nacianceno, *Oratio* I. Amigo de San Basilio y apodado el Teólogo por su importancia como autoridad en cuestiones dogmáticas, fue patriarca de Constantinopla (379-381).

X.5. No te olvides de tus parientes[82] y Dios no se olvidará de ti. Pero ¿para qué quieres que diga más? Sé todo para todos y Dios te recompensará a cambio.

[CÓMO DEBE ACTUAR UN TERRATENIENTE, II]

XI.1. Si te dedicas a alguna otra profesión, esfuérzate en aprenderla hasta que la domines completamente y no la abandones nunca. Si puedes llegar a instruirte en todas las profesiones, hazlo, pero no dejes aquella que tenías en un principio y te cambies a otra, a menos que sea una profesión innoble y perjudicial, pues no te será útil el cambio. Pues el marinero no puede hacerse soldado y por ello perecería si se hiciese soldado y tampoco el notario herrero y así sucesivamente. Sucede raras veces que alguien tenga éxito después de haber cambiado así. Te lo digo: no des un caballo a un marinero para que lo monte, pues no se preocupará de él, ya que el barco ni come ni bebe y él piensa que también el caballo le prestará servicios al igual que un barco.

XI.2.i. Reza para no caer en manos de un médico, aunque sea un gran profesional, pues te recetará lo que no debe. Si tu enfermedad es pequeña, él la hace crecer desmesuradamente y afirmará que «aunque necesitas unas medicinas muy caras, desde luego que te voy a curar». Cuando te haya cogido los nomismas te dirá: «No es suficiente para comprarlas». Luego recibe más dinero. Porque te quiere esquilmar te dirá que comas justamente lo que perjudica tu enfermedad, agravando así más la enfermedad. De nuevo volverá a tratarte y te alargará el dolor. Actuará así una y otra vez, cogiendo de ti lo que precisa y apenas se ocupará de ti en adelante.

82. A pesar de tu condición de prelado de la Iglesia, que te aparta necesariamente de ellos.

ii. Si en verdad no quieres caer en manos de médicos, come hasta saciarte a mediodía, pero abstente de cenar y no perjudicará a tu estómago lo que hayas ingerido. Pero si te sobreviene una enfermedad, ayuna y te curarás sin médico. Piensa de dónde pudo venirte la enfermedad. Si de un enfriamiento, caliéntate; si de un atracón, abstente de comer; si de agotamiento o insolación, reposa, que, con la ayuda de Dios, tú mismo te curarás. Nunca te pongas un emplasto sobre el vientre. Si, con todo, te lo pones, quizás te será útil para dos o tres días, o incluso una semana, pero a partir de ese momento ya no te irá bien.

iii. No bebas medicina, antídoto o brebaje de ningún tipo, pues vi a muchos que murieron por las bebidas a los que incluso se consideró suicidas. Si quieres beber algo que te siente bien al estómago, bebe absenta. Si padeces del hígado, bebe ruibarbo y ninguna otra cosa, pues las bebidas son muy perjudiciales, especialmente para los jóvenes. Hazte sangrías tres veces al año, en febrero, mayo y septiembre, alíviate así y nada más te hará falta. Pero si la enfermedad aprieta, cualquier momento es adecuado para la sangría.

XI.3. No fustigues a tus hijos ni a tus hijas con la vara, sino con la palabra. Tampoco debe golpearlos otra persona.

XI.4. Es importante hacer conjeturas y desentrañar la naturaleza de las cosas, para actuar como es preciso. Algunos que concibieron proyectos fabulosos, no acertaron en sus propósitos, mientras que otros sin planes ni entendimiento tuvieron grandes éxitos. Por lo tanto no se trata de alabar el éxito de unos o censurar el fracaso de otros, sino sus fines y sus actos. Hijo, no te enaltezcas aunque realices grandes acciones y acuérdate de quien dijo: «Para Dios es impuro todo aquel que se enaltece», y también: «El Señor combate a los altivos, da su Gracia a los humildes» [83]. El ladrón se las tiene que ver con el dueño de lo que robó, el

83. Proverbios 16.5 y 3.34.

adúltero se enfrenta con el marido de la mujer con la que cometió adulterio, el altivo en cambio tiene a Dios como oponente.

XI.5. Si te enrolas como soldado, sé valiente en la guerra, aunque vayas a morir. Acuérdate que por eso te enrolaste y nadie es inmortal.

XI.6. Rehúye las grescas de taberna, pues si te hieren y mueres, te vendrá la deshonra después de la muerte.

XI.7. Cuando no saques ningún beneficio ni para tu alma ni para tu cuerpo, no te esfuerces.

XI.8. Si no quieres que tus secretos pierdan su valor, consígnalos tú por escrito y no a través de tu notario.

XI.9. Procura que tus padres ganen honra y fama gracias a las acciones de tu virtud. El que pretende tratarte como a un dios y a la vez censura a tu padre, a ti mismo te deshonra, pues el león, leones engendra y el zorro, zorros.

XI.10. Sé precavido cuando hables con una mujer, aunque parezca que es de las decentes; y no la frecuentes, pues no escaparás a sus redes. Entonces tus ojos no sabrán dónde posarse; tu corazón se agitará y no volverás a tu ser. Con tres medios te combate el diablo: con los ojos, las palabras y la figura de ella. Vencerla es gran empresa.

XI.11. Los que son presa de la cólera se exponen a graves acusaciones, pues no se dan cuenta de lo que hacen.

XI.12. Algunos, arrastrados por el deseo, se echan a perder y se ven precipitados al báratro. Pero tú no debes desear lo que es placentero, sino lo que es loable y digno de recordarse, pues aunque parezca laborioso, sin embargo a la larga dará sus frutos, ya sean éstos corporales o espirituales. Ten ánimo, no hay nada bueno que se consiga sin esfuerzo: de las espinas, las rosas y de los sudores, los bienes.

XI.13. Si yaces en tu lecho, reflexiona sobre el pasado y saca de él lecciones para el futuro. Esto es lo que practican, no los necios, sino los sabios y eruditos. El insensato, mientras piensa sólo en lo que ansía, come incluso inmundi-

cias [84], y cuando le faltan las cosas más necesarias, marcha abatido como si hubiera perdido a su único hijo.

XI.14. El falso emplea cualquier estratagema para obtener algo de ti. Si no lo obtiene, se inventará un sueño que te proporcionará muchos bienes y cautivándote con sus palabras, te arrancará el oro de tu pecho como con un anzuelo. Alejándose luego de ti, te despreciará lleno de orgullo.

XI.15. Ten cuidado con las acciones de sabios e insensatos, con la causa de su proceder y también de sus padecimientos.

XI.16. Guárdate de realizar cualquier tipo de juramento, ya sea en vano o justamente, aun cuando vayas a padecer grandes males. Si juras justamente, has despreciado y transgredido el mandamiento que dice: «No debes jurar por nada» [85]; y si juras en falso, serás presa de la muerte y la destrucción. Bienaventurado sea el que no juró. No digas: «Dios es misericorde y complaciente, y si juro, se compadecerá de mí», pues yo te diré que Dios también es justo. Los que han caído y se ven abocados a la destrucción, dicen estas cosas y con todo perecen. No te apartes de Dios y Dios no se apartará jamás de ti.

XI.17. No deshonres con vergonzosas acciones a aquellos que te han engendrado, pues de acuerdo con ellas serán sin duda juzgados los que te engendraron.

XI.18. Es muy importante tener a alguien de confianza, sea libre o esclavo. Pero aunque lo tengas y deposites en él tu confianza, que trate a tu hija lo menos posible y tendrás así seguridad. Pues si se oyen críticas, no puedes saber si son falsas o ciertas y así concebirás sospechas incluso de tu vástago, aunque sea de tus entrañas y entonces, ¡ay de ti!

XI.19. No confíes tus palabras a nadie que pueda ponerte en peligro, aunque brille por sus virtudes, pues la naturaleza

84. Corrijo en «skybala» el «kymbala» del manuscrito.
85. Mateo 5.34. El juramento es válido en Bizancio como prueba judicial.

de los hombres es inconstante y voluble: unas veces se vuelve del bien al mal y otras se aparta del mal hacia el bien.

XI.20.i. Quien entierra a su mujer ha perdido con ella la mitad o incluso la mayor parte de su propia vida, si es que ésta era buena esposa. Si el hombre es sensato, resultará grande a los ojos de Dios y de los hombres. Éste vivirá sin temor alguno, con alegría, educando debidamente a sus hijos. Por su parte, sus hijos serán llevados como sobre un carro seguro, de forma que su hogar estará en paz y armonía. Pero si le pica el aguijón de la concupiscencia, sobre todo si parece ser sensato, llora entonces al entrar y salir de casa, como si se acordara de su bendita esposa y lo atribuye al abandono en que se halla el hogar y a la mala educación de los hijos, cuando en realidad se relaciona con mujeres que tienen experiencia en concertar amores, las que llamamos «curcusuras»[86]. A éstas las tratará con respeto, sentándolas a su mesa y así el desgraciado honrará a las que honra no tienen. Dándoles aquello que necesitan, se lo envía con grandes promesas en caso de que le proporcionen una buena mujer. Éstas por su parte le prometen la mejor mujer, pero ya han sido pagadas previamente por una mujer con este fin y volviendo junto a ella, le dicen: «Te encontramos al que querías, disfruta ahora de sus bienes». Luego regresan junto al pobre desdichado ensalzándole a ésta. Halagan así los oídos de él y después de hablarles con dulces palabras tanto a él como a ella día tras día y de haber disfrutado de los bienes de ambos, lo convencen, pues aquellos que han sido picados por el aguijón acostumbran a caer en la trampa sólo de oídas.

86. Palabra de etimología dudosa (¿del latín *cura-cursura* = correveidile?). Tenemos aquí a una de las más antiguas «celestinas» europeas en acción, anterior a la Auberée (Abelarda) de los *fabliaux* franceses de fines del XII, que fue quizás la inspiración de la alcahueta anónima de la comedia elegíaca latina *Pamphilus de amore* (¿fines del XII?), que constituyó a su vez el modelo de la Trotaconventos de Juan Ruiz (principios del XIV) y, en última instancia, de la *Celestina*, publicada en los ultimísimos años del XV.

ii. Cuando la haya esposado, de sus hijos nadie se ocupa. Por su parte la mujer desea a otros hombres mientras pretende dominar a éste y cautiva con sus artes a un hombre tras otro, arruinando así al marido. Pero si es aquélla una virtuosa viuda, cuando se acueste en el lecho, recordará al marido que tenía cuando era doncella y prorrumpirá en grandes sollozos. También aquél lloró, quizás recordando a su mujer coronada de novia, de forma que el lecho de matrimonio se convirtió así en lecho de dolor. En el caso incluso de que ambos tuvieran hijos ¿qué cosa peor podría suceder? Habrá discordia y discusiones desde que amanezca hasta que se ponga el sol, el odio será irreconciliable, y los altercados diarios. Aquéllos a los que el padre antaño amaba afectuosamente y con cuya visión se gozaba, ahora los tiene por enemigos, manejado como está por su mujer. «No puedo soportar», dirá, «vuestros altercados». Te podría decir otras muchas cosas al respecto, pero ya basta, si es que no quieres hacerte el sordo. Sólo te diré esto: bendito sea el que se atenga a lo dicho.

XI.21. Te advierto también esto, que aunque vivas privadamente en tu casa, si la población de la comarca depende de ti[87], debes evitar que la población te pierda todo el respeto, ya sea con razón o sin ella, ya que ello te causaría un daño terrible, tanto material como espiritual. Esto ocurre incluso por llevar la justicia a sus extremos, pues si eres justo no soportas ver a nadie que cometa una acción injusta o vergonzante. Azuzado por esta buena cualidad tuya, te irritas con justa cólera y castigas como corresponde a los que yerran. Pero al actuar así contra todos los que yerran, te enemistas con ellos y los que piensan como ellos y así, conjurándose contra ti, se levantarán contra ti.

87. Se trata de la clientela y campesinos dependientes del señor que en estos capítulos que siguen aparece administrando justicia por sí solo al margen de las instancias judiciales, un primer paso en el proceso de feudalización que ahora comienza.

XI.22. Así pues, es preciso que seas sincero y no te desvíes ni un ápice de la justicia, pero debes castigar a los que yerran del siguiente modo: castiga y escarmienta personalmente a unos, pero a otros debes cogerlos, reunir a la población y contarles el delito diciéndoles: «Juzgad vosotros». Aun cuando estén presentes sus cómplices, no podrán sin embargo eludir la justicia y avergonzándose –o mejor: al verse forzados y como puestos en evidencia por la justicia– dirán que se los castigue. Tú, después de su veredicto, aplícales un castigo más suave y misericorde, como si te compadecieras de ellos. Les dirás: «Vuestros amigos y compañeros os condenaron con todo rigor, pero yo, apiadándome de vosotros, suavicé su juicio, porque no es sabio corregir los delitos con excesivo rigor». Entonces te alabarán todos, incluso aquellos que sufrieron las penas. A los demás, a unos debes corregirlos amedrentándolos con palabras amenazadoras y a otros reconvenirlos con amabilidad y dulzura, como un padre con sus propios hijos. De esta forma podrás extirpar la injusticia y mantenerte tú mismo a salvo de toda maquinación con la Gracia de Dios. Haz como si no hubieras tenido noticia de las faltas más pequeñas, especialmente las que se cometen contra ti y tus hombres.

XI.23. Castiga en uno de cada cien casos, para que los que cometieron una falta te tengan miedo, pero haz como si ignoraras los demás. Si quieres retribuir a todos de acuerdo con sus faltas, no podrás hacerlo, ni tú ni ningún otro, ni siquiera el emperador –pero ¿qué digo el emperador? Ni el propio Dios lo lograría–. Pues dice David: «Si tomas en cuenta nuestras culpas, oh Señor, ¿quién lo soportaría? Porque en ti hay misericordia», y también: «No nos hiciste por nuestras culpas» [88]. Pues el profeta Elías, que era justo y un celoso defensor de la ley, movido por un sentido estricto de la justicia, convocaba a Dios para que aplicase a los culpables las penas

88. Salmos 129.3-4 y 102.10.

que merecían, pero cuando le abandonó un poco Aquél que es bueno por naturaleza, sintió miedo y huyó de la visión de una mujer, él, que antes había despreciado al rey [89].

XI.24. Al decir esto, no te estoy diciendo que no defiendas a la justicia: pues el que no la defiende es un descreído, pero que sea con sensatez y temor a Dios. Pero si quieres castigar con severidad y rigor, como si fueras un defensor de la justicia, actuarán con soberbia e insolencia y te perderán el respeto, quizás incluso te ataquen para matarte. Si consigues castigarlos, les causarás daño, pero tú sufrirás más que nadie, sobre todo en tu interior, ya que todos te despreciarán, tus acciones no valdrán nada y te verás deshonrado.

XI.25. Si algunos urden asechanzas contra ti, incitando a la población a matarte, si quieres realizar una acción digna de Dios, perdónales sus culpas, que también tus culpas te serán perdonadas [90]. Pero si quieres transgredir el Mandamiento de la Paz, porque consideras intolerables sus asechanzas, y castigarlos por malhechores, escucha cómo podrás castigarlos. No te enfrentes abiertamente a ellos, pues al ser muchos caerán sobre ti y te matarán, sino sé paciente: si se muestran insolentes contigo, no les repliques; no siempre estarán de acuerdo y cuando veas que se enfrentan entre sí, se dividen o incluso surgen dudas entre ellos, abórdalos entonces con inteligencia y hazles entrar en razón según convenga, a unos con multas y a otros con el látigo, deshonrando a unos con humillaciones, pero mostrando a los demás un carácter amable, puesto que te es imposible «dar coces contra los aguijones». Pero si te atacan injustamente, dispuestos a la lucha y a provocar una horrible matanza, enfréntate a ellos y no seas cobarde. Los actos que lleves a cabo serán sin embargo propios de un hombre y no divinos. Si se han sublevado por un error tuyo, debes corregirlo, pues Dios ayuda, no a los que co-

89. III Reyes 19.
90. Mateo 6.14.

meten injusticias, sino a los que las padecen. Ruega no caer en ninguna prueba, y, si caes, permanece firme y sin miedo: ten valor, nadie está libre de la tentación, pues eres humano y humana es la situación en la que te hallas. Toda tempestad en calma acaba.

XI.26. Tu poder no debe basarse en tu dinero, sino en tu espíritu, o mejor, en Dios: «Pues por él vivimos, nos movemos y existimos»[91]. Si alguien te hizo bien, socórrele cuando padezca tribulación, pero no pretendas que alguien, porque le hiciste algún bien, comparta tus desgracias cuando tú padezcas tribulación. La desgracia es un mal lleno de sombras y desolación. La considero una parte de la pena de ultratumba. Regocíjate en la prosperidad, pero no te enaltezcas, pues yo vi a un emperador tiránico que exultaba por la mañana y por la tarde era digno de lamento[92]. El que es de natural sombrío, está por encima de las desgracias.

XI.27. No compres un cargo mediante regalos, pues el que lo compra, no sabe actuar conforme a la verdad y la justicia. ¿Cómo actuará justamente? Quien ha comprado su posición se esfuerza por todos los medios en recuperar el capital que dio y corre después en busca de beneficios. Por esta razón se hace odioso y una carga para todos. Aconsejo que actúen así, no sólo los estrategos y los jueces, sino también quienes viven privadamente en sus casas. Pues algunos que no son honrados por Dios y por lo tanto carecen de una dignidad imperial, se esfuerzan pues con dinero y regalos en que los arcontes del distrito les repartan honores. Una vez que se ven favorecidos por su trato y sus honores, procuran bajo mano que aquéllos les proporcionen algunos negocios sucios para hacer dinero, para así, oprimiendo a los pobres, ganar más dinero, que invierten de nuevo en regalos. De esta forma se producen las desigualdades en la vida.

91. Actas de los Apóstoles 17.28.
92. Cf. XV.11 y 14.

XI.28. En cuanto a vosotros, hijos míos, no compréis nunca un cargo con regalos, sino reclamad siempre que os lo conceda Dios, pues el apóstol dice que «Todo poder viene de Dios»[93]. Si eres un simple ciudadano, trabaja la tierra con el sudor de tu frente, según se dice, y ella te dará sus frutos[94]. No procede que tú seas un recaudador de impuestos y te arriendes tú mismo para dar a los arcontes lo que tomas de los pobres, de forma que tú ganas las injusticias que haces, y los que lo toman de ti, ganan dinero.

XI.29. El que presta atención a los adivinos es un ignorante y un simple, aunque parezca sensato. Pues hay muchos tesoros enterrados en la tierra y si el adivino lo supiera, cavando se apoderaría de ellos. Los que interpretan los sueños o el vuelo de los pájaros, los encantadores o los que adivinan por las vibraciones, tales son como las ciencias a las que se dedican, pues son entelequias. Delibera tú mismo y haz lo que mejor creas, pues si no aciertas, ninguna falta cometiste. El que está desprestigiado en su propia ciencia, ninguna fama ganará en otras. No es desgraciado el que se ve sorprendido por las circunstancias de la vida, es desgraciado sólo el que ensalza lo vano.

XI.30. Es imposible que no cause dolor aquello que nos hizo felices. Te voy a contar las viejas palabras de un habitante de Larisa[95], que se llamaba Juan y era su obispo. Dijo éste a alguien: «Si te hace feliz un amigo o un sirviente, acuérdate de que es un hombre y de que morirá como un hombre; y cuando haya muerto, no te alteres, pues de nada servirá. Si disfrutas en cambio con una vasija, que es quizás de oro, de plata o de vidrio, piensa cuando la tengas que se estropeará o bien se romperá. Si esto sucede no te alteres. Piensa así en cada caso y nunca te encontrarás abatido». Este hombre dijo

93. Epístola a los Romanos 13.1.
94. Génesis 3.19.
95. Capital de Tesalia.

también otras cosas que merece la pena recordar. Lo traje a cuento sólo porque lo conocí en persona y lo traté cuando yo tenía por aquel entonces mando en aquellas partes de la Hélade.

XI.31. Si coges un libro, léelo cuando estés a solas. Cuando hayas leído un poco, no te pongas entonces a contar las hojas o a seleccionar lo que crees que es más importante, para leer sólo eso, pues no te será de ninguna utilidad. Lee más bien el libro empezando desde la portada, donde comienzan las letras, hasta que no quede letra alguna en él y te será muy útil. El que no se lee un libro de un extremo a otro dos y tres veces sino que selecciona un par de cosas para alardear como un necio, actúa como un charlatán.

XI.32. No tengas un trato brusco en tu casa. Con todo, los que están en ella deben tenerte miedo: si te tienen miedo, actuarán como deben. Pero tú también debes temer a los que están por encima de ti: el miedo es útil.

XI.33. Evita una amistad que te perjudique y no te avergüences de actuar así, aunque alguien te lo censure.

XI.34. Considera una angaria comer en casa ajena; pues comerás y beberás sin quererlo. Yo al menos consideré siempre esto una carga más pesada que una angaria, aunque a veces fui a comer a casas ajenas.

XI.35. Al ponerse la tarde debes juzgarte, ya de noche, por lo que hiciste, hablaste y escuchaste durante todo el día. Si se trata de cosas buenas, da gracias a Dios; pero si son adversas guárdate de cometer faltas al día siguiente.

XI.36. Los que hablan sin sentido y no con sensatez, se asemejan a un hombre que marcha en invierno sin detenerse por tierra extraña, se extravía por profundas gargantas y de repente, sin darse cuenta, se precipita al vacío. Un resbalón se lleva tus pies por delante, pero la lengua, tu propia cabeza. El mal olor, la putridez, son algo desagradable, pero más desagradables son las palabras inconvenientes y licenciosas. La cobardía del innoble es algo lamentable, pero el que miente

pierde además para siempre la credibilidad que tenía y las palabras de su boca resultan sospechosas.

XI.37. Se investiga e interroga al ladrón no sólo por lo que robó, sino por cosas de las que no tenía ni conocimiento.

XI.38. No será aceptado ya para dar testimonio, quien haya sido condenado una sola vez por fornicar.

XI.39.i. Si alguien dice que perdió algo, una costosa perla, piedras preciosas o brillantes, pues encuentra mejores y los compra. Pero si pierde a un hombre que quizás es siervo suyo o libre, o incluso un fiel y buen amigo, no podrá encontrar otro.

ii. Es peligroso reñir con mujeres, pero más peligroso aún es ser su amigo, pues en ambos casos te causarán daño.

iii. Es una y la misma cosa tener a una serpiente y a un hombre malvado por amigos, pues la boca de ambos exhala mortal veneno. Nunca quise tener un compañero ni llegué a compartir mesa con alguien que fuese igual que yo, a menos que fuese por obligación. Pues el compañero, si surge un problema y se le inculpa también a él de todo o parte de lo sucedido, acusará al amigo, moverá la cabeza con desaprobación y, aunque no hable abiertamente, dirá sin embargo en el interior de su corazón: «No me benefició la amistad que tenía con él» y «Mira, por su culpa me veo envuelto en dificultades». Su compañero, al ver esto se dolerá en su corazón, pues la desgracia le viene de dos lados, de las murmuraciones de su amigo y de su propia desgracia. Cuando el infortunio es pequeño, se pueden encontrar amigos, pero si la desgracia es grande o duradera, que nadie te engañe: el amigo no se hallará. En cuanto a tu compañero de mesa, cuando tú desees comer, entonces quizás él no tenga apetito o al revés; y si quieres dormir, aquél no tendrá sueño; si quieres quizás comer con un amigo tuyo, entonces él rezongará. En definitiva, que uno querrá tomar una decisión y el otro otra, y del mismo modo que es imposible encontrar dos rostros humanos que sean iguales en todo, de esta forma nos distinguimos unos de otros

por nuestras opiniones, aunque uno parezca estar algo próximo de las opiniones de otro.

XI.40. No riñas con tu hermano, aunque creas que él te ha hecho daño, porque la gente pensará que tú y él sois malos hermanos.

XI.41. No toleres que tu hermano carnal sea humillado, pues la ofensa alcanzará a tu padre y a tu madre.

XI.42. Los que pretenden ir a juicio, sólo aspiran a crear confusión.

XI.43. El que reconoce sus propias faltas es sabio.

XI.44. Alabo al que es valeroso, pero es el astuto y sagaz el que a todos supera, pues no sólo es útil a sí mismo sino también a otros muchos.

XI.45. Bendito sea el que cae injustamente en una dura prueba, pues no hay tentación que no sea de utilidad para el que es tentado, sea ésta corporal o espiritual, si el tentado la sobrelleva con gratitud a Dios.

XI.46. El que acecha los bienes ajenos, no tardará mucho en verse desposeído de los propios.

XI.47. Dormir con moderación es algo natural, pero con exceso resulta dañino y censurable, pues lo uno es beneficioso y lo otro causa un gran perjuicio. En cuanto a ti, ya vivas privadamente, ya tengas un cargo público, ten a tu servicio a un hombre para la ocasión, para que te despierte cuando dormitas, si es que alguien tiene necesidad de ti, pues muchos han desaprovechado grandes ocasiones cuando se complacían en el sueño, otros incluso corrieron peligro. No te envilezcas con el sueño y la molicie [...].

XI.48. Quien no se esfuerza, pasa de rico a pobre y necesitado.

XI.49. El que ve que su propio hermano está en dificultades y no soporta junto a él la adversidad, sino que mira a otro lado, sea maldito. Pues ¿qué cosa hay más cruel que esto?

XI.50.i. Acuérdate de los dolores que tuvo tu madre al parir y no te olvides de sus pechos. Recompénsala pues con bie-

nes. Pues aunque fueses señor de toda la tierra y todos los tesoros estuviesen en tus manos, no podrías devolverle a ella lo mismo que te dio [96]. Recuerda cómo te consoló en sus brazos y consuélala tú también a ella. Pide a Dios que te acompañen las bendiciones de tu padre y de tu madre. Recuerda que no hay nada que más deseen los seres humanos que tener niños.

ii. Si no los engendraste, aprende entonces de lo que te digo: algunos cuentan una historia real, que un padre había salido con su hijo a cortar leña en el Etna, cuando de repente estalló el fuego del Etna y al desbordarse y cubrir el camino que llevaba a la montaña, los dos se encontraron en medio del fuego. Sin dudarlo, el hijo agarró al padre que era viejo y poniéndoselo encima de los hombros, intentó escapar sin preocuparse nada de sí mismo. El fuego, respetando por designio de Dios el valor del joven, puesto que no se había preocupado de su propia persona y había querido salvar al padre, se detuvo y les dejó la salida expedita y así se salvaron ambos [97]. Son también dignos de alabanza y de recuerdo aquellos que después de la partida de sus padres de la tierra, interceden por ellos ante Dios con dinero o limosnas.

XI.51.i. No juegues con un idiota, pues se insolentará contigo y quizás incluso te mesará la barba –imagínate qué vergüenza tan grande te vendrá de ello–. Si le dejas estar, todos se reirán, y si le golpeas, todos te despreciarán y te lo reprocharán.

ii. Lo mismo te ocurrirá también con los que se hacen pasar por locos [98]. Te lo digo para que te compadezcas de ellos y les ayudes, pero abstente de bromear y jugar con ellos, porque

96. Eclesiastés 7.27-28.
97. La historia aparece en Licurgo, *Contra Leócrates* 95-96; Estrabón 6.2.3; Pausanias 10.28.4 y Focio, *Biblioteca* 139b (atribuida a Conon), que sitúan el suceso en Catania.
98. Se refiere tal vez Cecaumeno no a simples locos, sino a los «locos por Cristo», especie de santones bizantinos que alcanzaban la santidad mediante la enajenación.

te perjudicará. Pues yo vi a otros que bromeando y jugando con una persona así, la mataron mientras jugaban. Pero no te insolentes con un loco ni lo golpees, quienquiera que éste sea. De aquél que se hace pasar por loco escucha lo que te dice, pero no lo desprecies, pues quizás quiere engañarte miserablemente con su locura.

XI.52. En caso de incendio, no te lances contra el fuego y apártate más bien de él, pues muchos perecieron en él, al igual que cuando se viene abajo una casa durante un terremoto.

XI.53. El que marcha detrás de las riquezas y las desea, nunca se saciará de ellas, aunque se apodere de todo. Márcate pues un límite en tu afán y deja de ansiar riquezas, que así podrás descansar. El que aúna los ídolos de la riqueza y la fornicación en su propia alma, nunca llegará a realizar nada noble ni digno de alabanza, pues llenará su mente de vergonzosas y oscuras fantasías, por no decir de sombras.

XI.54. Si alguien viene a ti, deja todo lo que pudieras estar haciendo y escucha qué es lo que va a decirte, y no lo despidas sin hablarle con el pretexto de otro trabajo. Aunque sea por causa del tablero o de algún otro juego, no lo despidas sin hablarle. Pero ¿qué digo juego? En el caso de que tengas un libro sagrado entre manos, lo estés leyendo y venga alguien a ti, ciérralo y habla con el que viene. Si no le haces caso y sigues leyendo, te considerarán hipócrita, poco sociable y vanidoso. Pero cuando te halles solo, si es posible, que los libros sean tu ocupación.

[CÓMO SE DEBE ACTUAR ANTE UNA REBELIÓN]

XII.1. Si alguien se rebela y se proclama a sí mismo emperador, no te sumes a sus planes y aléjate de él. Si puedes combatirle y derrotarle, combátelo en nombre del emperador y de la paz general. Pero si no puedes combatirlo, aléjate, como te

digo, de él, y una vez que te hayas apoderado con tus hombres de alguna fortaleza, escribe al emperador y lucha cuanto puedas por cumplir con tu obligación, para que tú, tus hijos y tus hombres seáis honrados por ello. Pero si no tienes hombres para apoderarte de una fortaleza, déjalo todo y huye junto al emperador. Si no te atreves quizás a huir por causa de tu familia, permanece entonces con él, pero que tu mente esté junto al emperador, y, cuando puedas, realiza una acción que sea digna de alabanza: cuando estés con el rebelde, atráete a algunos amigos de confianza que tengas y acaba con él. Ten fe en el emperador de Constantinopla y tu esperanza no se verá frustrada. Escríbele en secreto.

XII.2.i. Si resides en una plaza fuerte de Oriente o del Occidente que posea ciudadela y se produce un alzamiento, manténte apartado, reúne algunos hombres y combate al rebelde. Pero si todo a tu alrededor todos quieren alzarse, reúne cuantas provisiones de grano y forraje tengas y llévalas al interior de la ciudadela. Compra además también más grano y llévalo allí para así tener almacenado grano suficiente para ti, tu familia, tus servidores y los hombres libres que deberán salir contigo al frente de batalla montados en los caballos. Que también hagan lo mismo los demás, grandes y pequeños, por indicación tuya. Si tienes dentro el producto de las cosechas, puedes tener la certeza de que cada vez que los enemigos intenten combatirte, los derrotarás con ayuda de Dios y los pondrás en fuga. Pero si no actúas como yo te ordené, entonces padecerás lo que padecieron los padres de Niculitzas en Larisa en tiempos de Samuel.

ii. Mientras mi bienaventurado abuelo Cecaumeno estuvo en Larisa con mando sobre la Hélade[99], el tirano de Bulgaria, Samuel, intentó muchas veces ocupar Larisa, bien por la guerra, bien mediante alguna treta, pero nunca lo consiguió,

99. Cf. Introducción para el abuelo del autor. Los sucesos que aquí se narran tuvieron lugar a partir del año 976.

pues él lo rechazaba por las armas y conseguía burlarle. Unas veces lo perseguía combatiéndolo y otras veces aplacaba con regalos a él y a los suyos. Actuando así sembraba libremente la tierra, cosechaba sus frutos y mantenía la independencia de su propio pueblo. Pero cuando vio que Samuel tenía mucho poder, le tributó homenaje y así, ganándoselo de nuevo, pudo sembrar y cosechar. Con todo, escribió a nuestro porfirogéneto Señor Basilio lo siguiente: «Yo, mi divino señor, cuando me vi obligado por el rebelde, di a los ciudadanos de Larisa la orden de tributarle homenaje y así sembraron y cosecharon en Dios. Para defender vuestro imperio he acumulado alimentos suficientes para alimentar a los de Larisa durante cuatro años y, mira, de nuevo son súbditos de tu imperio». El emperador, cuando se enteró, aceptó complacido la treta de mi abuelo.

iii. Después de tres años nombró a otra persona estratego de la Hélade. Puesto que mi abuelo ya no residía en Larisa, sino que estaba en la Ciudad, y el nuevo estratego no tenía facultades como para urdir ninguna estratagema, vino Samuel y no les dejó cosechar. Ahora bien, en la época de siembra les daba libertad para sembrar, pero en el verano no les permitía salir para nada. Así hizo durante tres años, hasta que les faltó la comida y tuvieron que probar perros, burros y otros animales impuros. Cuando incluso éstos les faltaron, recogieron los cueros que yacían tirados en los basureros, los hirvieron y se los comieron intentando así aplacar su hambre. Una mujer incluso, cuando se murió su marido, se comió su muslo. Samuel tomó la ciudad finalmente sin derramar sangre, pues la presión del hambre se había hecho insoportable. Sometió a todos los ciudadanos de Larisa con excepción de los parientes de Niculitzas, pues a éstos sólo les obligó a cambiar de residencia sin causarles daño, dejándolos libres con todos sus bienes y diciéndoles: «Estoy muy agradecido al emperador porfirogéneto Basilio, porque se llevó de la Hélade a vuestro consuegro Cecaumeno y me libró de sus tretas».

iv. Si piensas, hijo mío, que no puedes combatir a los que se han rebelado contra el emperador, y que no tienes medios para poder sembrar o cosechar, entonces llega a un acuerdo y que tus hombres tributen homenaje al rebelde. Mientras te lo ganas, ya sea con regalos, ya sea con astucia, escribe al emperador contándole todo y busca cómo salvarte. Cuando te escriba el emperador haz lo que te escriba y no perderás la ciudad del emperador ni sus gentes.

XII.3.i. Te voy a contar qué le pasó a Niculitzas de Larisa durante el reinado del bienaventurado emperador Ducas [100]. El emperador sentía afecto hacia él y confiaba en sus palabras. Un día éste le dijo: «Mi buen Señor, es seguro que se va a producir una rebelión en la Hélade. Si me das licencia, te contaré qué es preciso que se haga». Pero el emperador le instó a callarse. Él por su parte supuso que le había ordenado callar entonces debido a los presentes y lo dejó estar por esa vez. Así pues, después de muchos días, se dirigió al protosincelo, el Señor Jorge de Corinto [101], y le recordó que le dijera al emperador que quería encontrarse con él a solas por causa del levantamiento que se iba a producir. Éste sin embargo le daba largas un día tras otro. Debido a este asunto, empleó treinta días en la Ciudad, y al no obtener respuesta, se marchó presa de la irritación.

ii. Entonces apareció un cometa celeste, de esos que los expertos en estas cosas llaman vigas, y que dicen son de mal agüero. Era el tal cometa grande, semejante a una viga y regresaba cada noche al cielo como la luna. También se rumo-

100. Constantino [X] Ducas (1059-1067) subió al poder apoyado por la aristocracia civil constantinopolitana como reacción contra el emperador-soldado Isaac [I] Comneno. Su reinado agrava la crisis militar bizantina. La rebelión que se narra a continuación tuvo lugar en el año 1066.

101. Hombre de confianza de Constantino [X] Ducas, fue desterrado a su muerte en el 1067 como pretor al distrito de los Armeniacos. No volvió a la capital hasta el 1071, con el regreso de los Ducas al poder.

reaba por entonces que Roberto el Franco [102] se preparaba a marchar contra nosotros. Así que, dolido porque el emperador no había querido hablar con él y lleno por otro lado de temor a causa de los rumores y de la aparición de un meteoro como aquél, se marchó. Al llegar a su casa de Larisa, cuando tuvo noticias más exactas sobre la conspiración, escribió al emperador contándole la conspiración tal cual era. Pero éste –por qué, no sé decírtelo– no le dio respuesta alguna.

iii. Por su parte, los que preparaban la tal revuelta no se atrevieron a revelarle ni el más pequeño detalle de sus planes. Éste, pues no recibía respuesta del bienaventurado emperador, estaba muy afectado. Queriendo apoderarse de los cabecillas de la conspiración, pensó lo siguiente, que si se apoderaba de ellos y no los cegaba o decapitaba al instante, sus compañeros inevitablemente se podrían alzar contra él –pues se habían conjurado con los valacos y tricalitas– [103] y quizás le vencerían y acabarían con él de mala manera. Pero que si

102. Se trata de Roberto Guiscardo, que ocupó al frente de los normandos franceses entre 1057 y 1085 extensas áreas del sur de Italia, hasta entonces en manos bizantinas. Su captura de la ciudad de Bari en el 1071 simboliza el fin de la presencia bizantina en Italia.

103. Nuestro autor es la primera fuente escrita que menciona a los valacos, a los que él mismo identifica (cf. *infra* XII.4) con los descendientes de los dacios romanizados, es decir, los actuales rumanos. Éste es el motivo de la alta estimación en que tiene a nuestro texto la moderna historiografía rumana, pese a que no es segura la total identidad de los valacos de Cecaumeno con los rumanos con exclusión de otros pueblos de la zona, como los albaneses. Hoy en día dos de los cuatro grupos dialectales del rumano se hablan en el área de Grecia en la que se desarrollan los acontecimientos descritos en nuestro texto: el megleno-rumano en el área al norte de Salónica y, sobre todo, el arumano o macedonio-rumano, con quizás unos 50.000 hablantes en la Macedonia occidental y el Epiro y más de cien mil en los territorios de la antigua Yugoslavia. Los valacos fueron siempre un pueblo de pastores que mantuvo su dialecto latino en zonas montañosas (Cárpatos y Pindo), a salvo de la emigraciones de pueblos que ocupaban las llanuras. Los tricalitas son los habitantes de Tricala, la antigua «Trikka», en la Tesalia occidental.

quería hacerles frente, se producía la guerra entre ellos y de esta forma algunos resultaban muertos o él se apoderaba de algunos cegándolos, el emperador le diría sin duda: «Mío es este territorio y no tuyo. Me has llamado la atención sobre estos hechos una y dos veces, y si hubiera querido, te habría escuchado. Pero tú, sin recibir ninguna orden mía ¿cómo te atreviste a cegar o a matar a unos hombres? Actuaste así porque envidiabas su prosperidad», pues el bienaventurado emperador era una persona muy sensible a estas cuestiones. Así pues, después de considerar en su interior que si actuaba de ese modo no le reportaría ningún beneficio por haber actuado como al margen de las órdenes del emperador –pues los insurrectos quemarían sin duda su casa, asesinarían a sus dos hijos, a sus dos hermanos, Teodoro y Demetrio, e incluso a sus hijas, y en cuanto a él, llevándole a la Ciudad le someterían a todo tipo de torturas y le dejarían morir de hambre– permaneció en su casa como si no supiese nada, aunque tenía muchos informantes por los que se enteraba de cuál era el propósito de aquéllos.

iv. Éste era el siguiente. Ellos habían tomado la siguiente decisión respecto a él: «Si queremos lograr algo sin él, no habrá forma de que podamos llevar a término nuestro plan, pero si por el contrario queremos matarle, tampoco así podremos conseguir nada y él quizás nos desbarate los planes, pues tiene hombres y tropas propias y la ciudad y la comarca obedecen a lo que él diga. Mejor revelémosle lo que hemos dispuesto». Así lo hicieron. Enviándole pues a sus cabecillas, a Juan, antiguo protospatario, el Gremionita, y a Gregorio Bambakás, le revelaron todos sus planes. Él por su parte hizo como si desconociera todo y les dijo: «Para cualquier cosa que hagáis, contad conmigo». Su único propósito sin embargo era, si podía, sembrar la disensión entre ellos cuando estuvieran todos reunidos. Éstos tenían su punto de reunión por las mañanas en la casa de Beriboes el valaco. Pero cuando hicieron saber a los valacos que «también el protospatario Ni-

culitzas Delfinás se ha sumado a nuestros planes», pues era por aquel entonces protospatario, se alegraron muchísimo y quisieron todos ir a verlo. Éste, sin dilatarse nada, se anticipó a ellos y se dirigió al lugar en el que estaban reunidos. Cuando éstos lo vieron llegar de repente, bajaron corriendo todos a su encuentro para presentarle sus respetos y así que hubo él desmontado del caballo, lo recibieron y lo condujeron hacia donde estaban diciéndole: «Nosotros te consideramos nuestro padre y señor y no queremos hacer nada sin ti, pues no es justo; y ya que viniste, dinos acerca de este plan, qué es lo que podemos hacer». Aquél les dijo: «No es buena cosa este asunto, pues en primer lugar nos enfrentamos a Dios al hacerle nuestro enemigo, y luego al emperador, el cual puede también movilizar a muchos bárbaros contra nosotros y aniquilarnos. Pero es que además es ya junio y ¿cómo podremos cosechar cuando estalle el conflicto?». Cuando les dijo además a los valacos: «¿Dónde están ahora vuestros rebaños y vuestras mujeres?», éstos le dijeron: «En los montes de Bulgaria» pues tienen esta costumbre, que sus rebaños y familias permanezcan desde el mes de abril hasta el mes de septiembre en cumbres elevadas y lugares muy fríos. «Entonces», dijo, «¿es que no os saquearán los que están allí, que son todos declarados partidarios del emperador?». Cuando los valacos escucharon esto, se dejaron convencer por sus palabras. [Pero los demás] [104] dijeron: «Nosotros no renunciamos a este plan y afrontamos este riesgo». No obstante, dejaron de tratar todo esto y se sentaron a comer. Pero cuando se levantaron de la comida, una vez descansados, fueron de nuevo al mediodía todos juntos a verle, tanto valacos como búlgaros, pues los habitantes de Larisa les habían hecho cambiar de opinión. Sus conciudadanos de Larisa, en efecto, les habían dicho: «Este plan ha quedado ya al descubierto, sobre todo porque sus dos hijos están en la Ciudad, Gregorás y Pancrates. Él nos

104. Suplo una laguna en el texto.

pone todo tipo de trabas para que así se entere el emperador y se apodere de nosotros». Así pues, convencidos por estas palabras, le dicen: «Todo cuanto dijiste está muy bien, pero no conviene que dejemos esto». Entonces, puestos todos de acuerdo, como le tenían a su merced, le dijeron: «Desde hoy te consideramos nuestro caudillo y señor, y te elegimos para que nos ordenes qué debemos hacer en esta revuelta». Éste los rechazó, una, dos y mil veces, pues pretendía la paz. Luego llegan algunos amigos de él, que le hacen promesas en nombre de Dios y le dicen: «Si no te sumas a su plan, te matarán con sus propias manos». *Por ello, aun sin quererlo, me convertí en su caudillo y queriendo cazar fui cazado*[105].

v. No obstante, al confiarle todos la dirección de aquel inicuo plan, hicieron que se apartara de los mandamientos divinos. *Para que no quedara destruida y arrasada toda aquella tierra y no fuera masacrado y esclavizado el pueblo, puse en marcha una sedición.* Así asumió la responsabilidad por todos. Salió de su casa hacia Farsala y el Pleres[106]. Este Pleres es un río que tiene una llanura amplia a ambos lados y que fluye por medio del territorio de los valacos, separándolos en dos partes. Estableció allí su campamento y agrupó a los valacos y búlgaros que se congregaban allí, consiguiendo reunir así un gran contingente bajo su mando. Envió luego un batallón a Kitros[107], con la orden de destruir esta plaza fuerte, como así sucedió. Pero escribió al emperador: «Te dije personalmente que con toda seguridad se iba a producir una rebelión, y luego te volví a escribir una vez llegado a mi casa sobre esto; aho-

105. La primera persona indica tal vez que el narrador se ha olvidado pasar a tercera el relato original de su abuelo, que ha incluido en su obra. Lo mismo ocurre en otros pasajes posteriores.
106. Farsala es la antigua «Phársalo», a 50 km al sur de Larisa, donde César derrotó a Pompeyo en el 48 a.C. Pleres es el antiguo río Pamiso (hoy Bliuris), afluente del Peneo.
107. La antigua Pidna, al sur de Macedonia, centro episcopal dependiente de Salónica.

ra expongo a tu Serenidad cómo están las cosas. Créeme por lo menos que se rebelaron y me hicieron su caudillo. Da pues gracias a Dios de que yo tenga a las tropas bajo mi mando y pueda acabar con la rebelión, si es que me escuchas y rescindes las subidas de impuestos que decretaste públicamente sobre ellos», pues había subido los impuestos muchos nomismas. El emperador le despachó unos formidables juramentos asegurándole que «Condono cuantas decisiones tomé desde el día en que comencé mi reinado hasta el de hoy. Que ningún hombre tuyo sea deportado de su tierra o encarcelado, que no se le exija carga fiscal ni del Estado ni del emperador, sino que todo lo condono por temor a Dios». Pero antes de recibir un juramento así había marchado contra la plaza fuerte de Serbia.

vi. Esta fortaleza está situada sobre altas peñas y rodeada por barrancos profundos y salvajes. Marchó pues allí, pero ni los que estaban allí querían combatir contra él, ni los rebeldes contra ellos, de forma que al llegar allí estacionó a sus tropas. Puesto que acampaba frente a ellos en la llanura que se extendía al pie de la fortaleza, les hizo llegar su petición de que descendieran junto a él. Ellos descendieron todos a la vez y una vez que desmontaron de sus caballos permanecieron frente a él en medio del campamento con los brazos cruzados diciendo: «Nosotros somos tus siervos, y si lo ordenas, te aclamamos ahora mismo». Pero éste les dijo: «Sé que si os dejo libres y os vais, desde el mismo momento en que entréis en la fortaleza, no guardaréis el acuerdo que establecisteis conmigo. Sería conveniente que yo os retuviera aquí, pero puesto que es una vieja ley militar que el que marcha por propia voluntad al encuentro del emperador, de un tirano o de un estratego no sea retenido por éste sin él quererlo, sino que marche de nuevo libremente a su campo, por este motivo también yo os dejo libres. Marchad pues contentos a vuestras casas, aunque si habéis mentido no os voy a respetar la vida». Éstos, después de hacerle mil promesas, se retiraron, pero cuando subieron a

la fortaleza después de que éste les instara a irse, empezaron a insolentarse tal como acostumbran los ignorantes. Aquél sintió traicionado su acuerdo y empezó a asediarlos por culpa de su insolencia. Pero no quería atacarlos porque no se hubieran sumado voluntariamente a la rebelión y para conseguir que le tributaran homenaje, sino por sus tropas, para que no se alarmasen y diesen cuenta de él por traidor. *Les ataqué pues y combatí por sus insolencias y arrogancia durante dos días.* Al tercero se hizo con ellos.

vii. Después de esto llegaron el icono y las garantías escritas del bienaventurado emperador, conteniendo juramentos, promesas de cargos y otras muchas cosas. Sin embargo los que sirven a los emperadores hablan según lo que a ellos les parece, pero no actúan con rectitud, sino que la mentira y la injusticia tienen asiento en su boca y el engaño en sus labios. Habían querido que no se produjera la paz entonces, sino que la tierra se manchara con matanzas y sangre de cristianos. Mi consuegro sin embargo, aunque había caído en tamaña desgracia de forma imprevista, rogó a Dios que le salvaguardara de ella y que se estableciese la paz. El buen Dios se apiadó de él y así pudo con su Gracia establecer la paz allí donde quiso. Tomó pues los juramentos y los sagrados iconos de Cristo, de nuestro Dios, de la Madre de Dios y de otros muchos santos que están en los iconos y dio las gracias a Dios por interceder en favor de la paz. Convocó entonces a las tropas, sacó los iconos a la vista de todos y se los mostró. Les leyó también el juramento y les instó a hacer la paz y regresar cada uno a su casa. Pero ellos no querían y decían: «Has empezado la guerra, ¡no busques la paz!». Mientras él insistía en el camino de la paz, aquéllos disentían y daban grandes voces como las que acostumbra a proferir una tropa indisciplinada. Así pues ordenó que se encerrase de entre los valacos al que habían elegido como su jefe, Szlavotás el Karmalakes, y de entre los ciudadanos de Larisa a Teodoro Escribón Petastós. Todos los demás, al ver que se llevaba a tales hombres para matarlos, se estre-

mecieron y postrándose todos ante él le pidieron que se compadeciera de ellos diciendo: «Haremos lo que nos ordenes».

viii. Así pues, doblegado por sus súplicas, se compadeció de ellos y cogiendo a los más insignes de los valacos y ciudadanos de Larisa, se dirigió al encuentro del catepano de Bulgaria, Andrónico Filocales, el que le había enviado el juramento del emperador. Lo encontró en Peterisco, a donde se había replegado lleno de temor hacia él, pues no esperaba que él de verdad buscase la paz. De allí se dirigió a ver al bienaventurado emperador en la Ciudad, el cual lo recibió bien, y así pudo moverse sin temor por la Ciudad durante cuatro meses junto con los notables valacos y lariseños que habían acudido con él. Después de esto el emperador lo envió al bienaventurado Patriarca de Constantinopla, el Señor Juan Xifilino [108], para ver si el patriarca podía romper el juramento y él podía revocar todo lo que había acordado antes con él para acabar entonces con Niculitzas y los que estaban con él. Pero el santo patriarca ratificó más bien el juramento y, compadeciéndose de él y de todos los que con él estaban, le absolvió de la acusación. El emperador sin embargo mostró abiertamente su irritación y lo desterró al distrito de los Armeniacos, a la plaza fuerte de Amasia [109], encerrándolo en la llamada cárcel de Marmarote.

ix. Mientras permanecía en ella escribió a mi padre [110] Cecaumeno todo lo que le había ocurrido a lo largo de su vida. Al morir el emperador, subió al trono en su lugar Romano Diógenes [111], un hombre que no olvidaba sus amistades: el

108. Patriarca de Constantinopla (1064-1075) y uno de los mayores intelectuales de su época.
109. Antigua capital del reino helenístico del Ponto, junto al mar Negro.
110. Los editores corrigen el «abuelo» del texto (cf. nota 67).
111. A la muerte de Constantino [X] Ducas el 21-5-1067, fue su viuda Eudocia la que asumió la regencia de sus hijos pequeños, aunque ya el 1-1-1068 fue coronado emperador por el patriarca Juan Xifilino el general Romano [IV] Diógenes (1068-1071).

mismo día de su proclamación escribió a Jorge de Corinto, protosincelo y pretor de los armeniacos[112], para que no le impidiera ya más ir a la Ciudad. El bienaventurado Diógenes era en efecto amigo suyo desde el comienzo de su carrera, cuando era catepano. Le escribió así: «Alégrate, y regocíjate, porque Dios me ascendió a la dignidad imperial. Ven rápido para que pueda agasajarte mi majestad imperial». Así hizo y él regresó rápido a la Ciudad imperial, prosternándose ante él y dándole las gracias porque se había acordado de él. Pero el emperador no le hizo ningún otro favor, si se exceptúa que nombró protospatario a su hijo Gregorio, que era ya espatarocandidato, y que subió el sueldo de Pancracio, que era su hermano. Debido a las envidias de la gente, le ordenó que regresara a su hacienda e hiciese lo que le pareciese, pues tenía un buen concepto de él. Así pues permaneció en su hacienda durante cuatro años descansando y dándole gracias a Dios y a él, pues aunque eran muchos los que le calumniaban, el emperador no daba crédito a ninguno.

x. Cuando el bienaventurado fue hecho prisionero por los persas[113], él regresó de nuevo a la Ciudad imperial. Era entonces, juez del Peloponeso y la Hélade el muy preclaro sebastoforo señor Nicéforo[114], un hombre insuperable en todos los

112. El distrito de los Armeniacos estaba situado al este de Asia Menor.
113. Por persas entender aquí turcos. El autor hace referencia al desastre de Manzikert, una localidad armenia del alto Éufrates en la que fueron derrotados estrepitosamente los bizantinos comandados por el emperador Romano Diógenes el 26-8-1071 a manos del sultán turco Alp-Arslan. El propio emperador fue hecho prisionero y llevado a Bagdad. La derrota no sólo fue un golpe terrible para el prestigio del imperio (un hecho así no ocurría desde que en el 811 Nicéforo fue muerto en batalla por los búlgaros), sino que abrió el interior de Anatolia al asentamiento de las poblaciones turcas, que poco a poco acabarían desplazando a los habitantes griegos.
114. Nicéforo el sebastoforo fue juez de la Hélade y el Peloponeso entre 1067-1071 antes de ser nombrado primer ministro por Miguel [VII] Ducas. Pese al retrato positivo que hace de él aquí nuestro autor, fue uno de los responsables directos del catastrófico reinado de Miguel y muerto por su sucesor.

aspectos, lleno de sensatez, con probada experiencia en la práctica militar y administrativa, y, aunque eunuco, magnánimo, dotado de una gran perspicacia y agilísimo en el pensar y el hablar. Éste lo vio y se encontró con él, y quiso hacerle algunas recomendaciones, pues pasaba por Larisa al ser relevado del cargo, y así le aconsejó ir a la Ciudad imperial, donde ocupaba el trono imperial desde su juventud el bondadoso y muy cortés Señor Miguel[115]. Considerando pues aquél que el consejo era bueno, fue a prosternarse ante el emperador y el emperador lo recibió en audiencia. Pero permaneció ocioso muchos días y sufrió mucho, porque tenía muchas obligaciones inexcusables. Después de esto lo nombró comandante e intendente de los lanceros y de la flota. Puesto que Dios vio que la rebelión no se había producido por maquinación suya, inspiró en el corazón del muy augusto emperador Señor Miguel un sentimiento de piedad y compasión hacia él, pues nunca nadie se atrevió a sublevarse contra el emperador e intentado destruir la paz de Roma que no hubiese perecido él mismo. Por eso pues os aconsejo, queridos hijos míos que Dios me concedió, que permanezcáis en el bando del emperador y le sirváis, pues el emperador que reside en la Ciudad de Constantino vence siempre. Esto es lo que os aconsejo, a vosotros y a vuestros hijos.

XII.4.i. El pueblo de los valacos es en extremo desleal y depravado, no tiene fe en Dios como debiera, ni tampoco es leal al emperador, a los parientes o amigos, sino que procura engañar a todos, miente muchas veces y roba más, rompe con facilidad los formidables juramentos que ha prestado cada día a sus propios amigos, se hermana y emparenta con los

115. Miguel [VII] Ducas, hijo de Constantino [X] Ducas, sucedió a su padre bajo la regencia de su madre en el 1068, pero sólo fue proclamado emperador oficialmente en el 1071 tras Manzikert. Abdicó el 7-1-1078. Su reinado es juzgado nefasto por los historiadores que destacan su condición de hombre de letras (fue discípulo del filósofo Miguel Psellos, amigo de su padre) y su incapacidad como gobernante.

más simples con la aviesa intención de engañarlos valiéndose de estos vínculos y nunca fue fiel a la palabra dada, ni siquiera con los más antiguos emperadores de los romanos.

ii. Fueron conquistados por el emperador Trajano que los había combatido y aniquilado completamente. Su rey, llamado Decébalo, fue muerto y su cabeza suspendida en una lanza en medio de la Ciudad de los romanos [116]. Éstos son los llamados dacios y besos [117], que vivían antaño cerca del río Danubio y del Saos, que ahora llamamos río Sava, donde habitan desde hace poco los serbios, en lugares escarpados y resguardados. Confiados en el terreno, simularon amor y sumisión a los antiguos emperadores de los romanos, mientras saqueaban las tierras de los romanos saliendo de sus fortalezas. Éstos se enfurecieron por ello y, como dije, los destruyeron. Éstos abandonaron esas tierras dispersándose por todo el Epiro y Macedonia, pero la mayor parte de ellos se estableció en la Hélade.

iii. Son muy cobardes y tienen el corazón de liebre: su misma audacia les viene de la cobardía. Os aconsejo pues que no confiéis en éstos para nada. Si se produce alguna vez una rebelión y ellos simulan amor y lealtad, jurando por Dios que mantendrán su palabra, no les creas. Es mucho mejor para vosotros no tomarles juramento para nada ni prestárselo tampoco, sino tratarlos como a unos infames antes que dar o recibir juramentos. Es preciso pues no confiar en ellos para nada, aunque debes simular que tú también eres su amigo. Pero si alguna vez se produce una sublevación en Bulgaria, como la que mencioné arriba, aunque juren o proclamen que son amigos tuyos, no confíes en ellos.

iv. Si introducen a sus mujeres e hijos en una plaza fuerte de la Romania, dales tu autorización para que los introduz-

116. En el año 106 d.C. Su derrota supuso la romanización de la Dacia.
117. Los «bessoi» eran uno de los más belicosos pueblos de la antigua Tracia.

can, pero que ellos permanezcan dentro de la ciudadela y los hombres fuera. Si quieren entrar a ver a sus familias, que sean conducidos dentro dos o tres y cuando éstos salgan, permite que otros tantos sean conducidos dentro. Estáte muy atento a los muros y a las puertas. Si actúas así, estarás seguro. Pero si dejas entrar a muchos a ver a sus familias, entregarán la plaza a traición, te morderán como una serpiente y entonces te acordarás de lo que te aconsejé. Pero si te atienes a esto, podrás tenerlos sometidos a ti y quedarás libre de toda preocupación.

[CONSEJOS DE ESTRATEGIA]

XIII.1. Puesto que los antiguos cavaron la tierra para hacer grandes fosos y zanjas, pues utilizaron los terraplenes como túmulos, es preciso que vigiles atentamente también estos lugares para que los enemigos no puedan emboscarse allí y abalanzarse de repente desde allí para causar daño a nuestra tropa. Vosotros sabéis que al ser grandes los fosos pueden admitir, unos trescientos, otros cuatrocientos y otros incluso quinientos jinetes.

XIII.2. Si el enemigo viniese para asediar, no te insolentes con él para nada y háblale más bien amistosamente desde la muralla. Pero si viene para presentar batalla, combátelo. Pues si te insolentas, provocarás su cólera y que trame algo contra ti. ¿Qué utilidad te reportará el insolentarte con él e insultarle? Pero si ves y escuchas a algún ignorante que se insolenta, hazlo callar e ignóralo.

[EPÍLOGO]

XIV.1. Añadiré unas pocas cosas todavía y terminaré este discurso con un consejo, que no actúes nunca con insolencia,

ni lleno de cólera, antes bien, la sensatez, sabiduría y temor a Dios deben guiar todas tus palabras y actos. Si la oración les acompaña, el éxito brotará de tu interior como un ángel bueno y serás bendecido.

XIV.2. No tengo dominio de la palabra, pues en la escuela no recibí educación helénica como para modular el ritmo de mis frases, ni se me enseñó a expresarme con elocuencia. Sé que algunos me censurarán y sacarán a relucir mi ignorancia, pero yo no compuse este libro como una obra literaria para otras personas, sino para ti y tus hermanos, mis hijos, los hijos de mis entretelas, los que Dios me otorgó. Y compuse esta obra no con palabras sutiles y relatos ingeniosos, que no encierran nada bueno, sino que consigné todo aquello que hice y padecí, vi y aprendí, hechos reales, como los que suceden y se producen todos los días. Aunque las palabras quizás sean simples, no obstante, si eres honesto y prestas atención a lo que dicen, descubrirás que son las más auténticas.

XIV.3. Pero te digo también esto, que cuando quieras hacer algo, reflexiones en tu interior y lo analices con cuidado. Si te convences de que puedes llevarlo a cabo, hazlo, pero si son muchos los obstáculos que te lo impiden y si es dudoso que la empresa tenga éxito o fracase, no lo hagas, pues es mucho mejor para ti no empezar esto en absoluto.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL EMPERADOR] [118]

XV.1. Opino lo mismo que algunos, cuando dicen que el emperador no está sometido a la ley, sino que él es la ley. Es más, cuanto pueda hacer y legislar lo hace bien y nosotros le obedecemos. Pero si te dijera: «Bebe veneno», sin duda no harás

118. Para la posición de este apartado en el manuscrito cf. nota 3 de la Introducción.

eso nunca, y si te dijera: «Lánzate al mar y crúzalo a nado», tampoco tienes por qué hacer eso. Debes saber por lo tanto que el emperador como hombre que es está sometido a las leyes de la piedad. Por este motivo redactamos pues el presente escrito [119] para los emperadores piadosos y devotos de Cristo que nos gobiernen en el futuro.

XV.2. Santo Señor, Dios te ha ensalzado al poder imperial y te hizo por su Gracia, según se suele decir, un Dios en la tierra, para hacer y realizar lo que desees. Que estén pues tus acciones y logros llenos de sensatez y verdad, y la justicia se asiente en tu corazón. Fíjate pues y que tu mirada se pose en todos por igual, tanto en las autoridades como en el resto, y no perjudiques a los unos gratuitamente y beneficies a los otros contra toda justicia, sino que para todos debe haber igualdad. Así el que yerra debe recibir lo que le corresponde por sus faltas, aunque si te compadeces de él y le perdonas toda falta, esto será prueba de tu condición divina e imperial. Al que no ha cometido falta alguna contra ti no debes causarle daño, sino por el contrario favorecerle, si te parece bien, pues el que no comete falta contra ti es mejor que el que la comete. Si beneficias al que comete falta, [...] es como si trataras al bueno mal y al malo bien.

XV.3. No prestes atención a los que levantan falsas acusaciones. No te digo que no les escuches en absoluto, pues entre los que lanzan acusaciones también algunos dicen la verdad. Debes comprobar lo que dicen ambos y al que levanta falsas acusaciones, despedirlo sin darle nada, pero sin humillarlo, y al que dice la verdad, colmarlo de beneficios. Si oyes decir algo contra uno de los poderosos que te sirven, como que conspira contra tu imperio, que el mal no eche raíces en tu corazón y no te lleve a desear su destrucción: por el contrario, investiga exactamente, primero en secreto y luego, si

119. Indicaciones como ésta apuntan a un conjunto de escritos y notas, más que a una obra cerrada. Cf. introducción.

descubres que es verdad, que se forme un juicio público contra él. [Pues si lo castigas] [120] sin base alguna, desde entonces harás un enemigo de él y de otros muchos a través de él.

XV.4. Tus beneficios deben ser meditados y que se los merezcan aquellos que los reciben de ti. [De nada sirven] [121] los beneficios que los emperadores prodigan a aquellos que no se los merecen.

XV.5. Si quieres colmar de beneficios a los mimos y a aquéllos a los que se llama «políticos», recompénsalos con unos pocos nomismas, pero no con dignidades. Pues las dignidades, como lo indica el propio nombre, se dan sólo a los que son dignos de ellas. Pues si nombras protospatario a un mimo o a un hombre de baja condición, cuando entonces vayas a nombrar patricio a tu soldado que está dispuesto a derramar su propia sangre por ti, o también al notario eficiente o al secretario a tu servicio, considerarán que este honor no vale nada.

XV.6. He visto muchas cosas similares a ésta, a jueces que sólo merecían burlas, vivir con holgura, y a otras personas, buenas y muy sensatas, despreciadas por los emperadores, y, del mismo modo, a buenos soldados despreciados por los emperadores y a impostores viviendo prósperamente. Una congoja profunda me agarrotaba el corazón, pues no podía soportar tal injusticia.

XV.7. Preocúpate sobre todo de los soldados. No les recortes sus pagas, pues el soldado, al cobrar de ti, te vende su sangre. Dales dignidades, pero no a todos, sino a los más capaces. Las tropas de guardia tanto romanas como bárbaras acantonadas en la ciudad imperial no deben ser relegadas, sino que deben recibir cada mes sin falta sus raciones de grano, forraje y sus pagas enteras. Sé generoso con ellos y ellos no conspirarán contra ti, pero si son relegados, sin duda algu-

120. Suplo una laguna en el texto.
121. Suplo una laguna en el texto.

na querrán ir allí donde puedan saciarse y, una vez vueltos contra ti, se volverán tus enemigos irreconciliables. Desde ese momento no irán voluntariamente a servirte, recordando que no les sucedió nada bueno junto a ti, antes bien, malquistando a aquellos que están bien dispuestos contigo, conseguirán que te abandonen. Entonces, cuando te arrepientas, de nada te servirá.

XV.8.i. A los bárbaros que no proceden del linaje real de su país no los promuevas a dignidades elevadas ni les confíes altas responsabilidades de mando, pues sin duda, si actuases así, no sólo te agraviarías a ti mismo, sino también a los mandos de los romanos que están a tu servicio. Pues si nombras primicerio o estratego a cualquier bárbaro que se ha presentado ante ti, ¿qué dignidad podrías conceder al romano con un cargo de estratego? Sin duda harás que sea tu enemigo. Pero también en su tierra, cuando escuchen hasta qué dignidades y cargos ascendió, se reirán todos y dirán: «Nosotros considerábamos a éste un don nadie y al ir a la Romania alcanzó grandes honores. A lo que parece no hay en la Romania un hombre capaz y por eso se ascendió al nuestro. Si los romanos fuesen eficaces, no habrían promovido a éste a tan alto rango». Y no diga tu Majestad que «precisamente por eso le favorecí, para que también otros, al verlo, viniesen aquí», pues este propósito no es bueno. Pues, si quieres, por pan y ropa te traeré tantos bárbaros cuantos quieras. Pues mucho conviene a la Romania, Señor, el no honrar a los bárbaros con elevadas dignidades. Pues si te sirven por ropa y pan, ten la certeza de que te servirán lealmente y con toda su alma, pensando sólo en tus manos benefactoras cuando reciben algunos nomismas y pan.

ii. Pero si honras a un bárbaro por encima de los espatarocandidatos, desde ese momento se hará altanero y no te servirá como debe. Pregunta, Señor, y aprenderás bajo qué circunstancias tan diversas vinieron al servicio de los emperadores precedentes, como el Señor Basilio Porfirogé-

neto, su padre, su abuelo y su bisabuelo y todos los anteriores [122]. Pero ¿qué digo los antiguos? Ni el Señor Romano Argirópulo [123] ni ninguno de aquellos bienaventurados promovió a un franco o a un varengo a la dignidad de patricio, ni siquiera aceptaron hacer a alguno de ellos cónsul o estratiotofílacte y apenas espatario tal vez a alguno de ellos. Y sin embargo todos éstos les sirvieron por pan y ropa, mientras que las grandes dignidades y cargos los tenían los romanos. Así la Romania prosperaba.

iii. Voy a contar a tu Majestad un suceso que tiene algo que ver con esto. Mi abuelo Niculitzas, que había prestado en numerosas ocasiones sus esforzados servicios a la Romania, fue honrado con el cargo de duque de la Hélade porque los gobernantes le consideraban fiel. Recibió este cargo de por vida a través de un crisóbulo y también el de doméstico de los excúbitos de la Hélade. Pero un hombre llamado Pedro, sobrino que era del rey de Francia, fue a ver al bienaventurado emperador, el Señor Basilio, en el cuarto año de su reinado [124] y éste lo nombró espatario y lo ascendió a doméstico de los excúbitos de la Hélade. Escribió pues a mi abuelo: «Debes saber, vestes, que Pedro, sobrino carnal del rey de los germanos, vino a servir a mi Majestad y, según dice, ha decidido vivir y morir como siervo de mi Majestad. Mi Majestad, aceptando su promesa, lo designó espatario en el Crisotricli-

122. Para Basilio [II] cf. nota 28. Su padre Romano [II] Porfirogéneto (959-963), su abuelo Constantino [VII] Porfirogéneto (912-959) y su bisabuelo León [VI] el Sabio (886-912) son todos miembros de la dinastía macedonia, que representa el periodo de mayor esplendor de Bizancio y que fue fundada por Basilio [I] el Macedonio (867-886).
123. Romano [III] Argiro (1028-1034), miembro de la nobleza militar, accedió al trono imperial casándose con la emperatriz Zoe, hija del último emperador de la dinastía macedonia, Constantino [VIII] Porfirogéneto (963-1028), hermano de Basilio [II].
124. Por lo tanto en el 979. No hay constancia de un sobrino de Otón II (973-983) de nombre Pedro.

nio[125]. Puesto que es bárbaro, mi Majestad no aceptó ascenderlo a estratego, para no agraviar a los romanos, sino que lo ascendió a doméstico de los excúbitos. Sabiendo mi Majestad que tienes este cargo por crisóbulo de mi bienaventurado padre, se te concede, en vez del de los excúbitos, el mando de los valacos de la Hélade». Fíjate en el trato escrupuloso que dio el Porfirogéneto al bárbaro, aunque el emperador era entonces joven.

iv. Pero te voy a decir también otra cosa, santo Señor. Senaquerim, que tú sabes era descendiente de antiguos reyes[126], quiso entregar su territorio al emperador nuestro Señor Basilio Porfirogéneto, para ser también su siervo. Éste, aceptando su benevolencia, lo nombró magistro y nada más, aunque entonces era rey y descendiente de antiguos reyes.

v. Contaré aún otro caso a tu Majestad antes de dejar este tema. Araltes era hijo del rey de los varengos y tenía como hermano a Hiulabos, que heredó el reino paterno tras la muerte de su padre, promoviendo a su hermano Araltes como heredero al trono después de él[127]. Éste, todavía joven,

125. Sala cupulada octogonal del Gran Palacio imperial de Constantinopla, donde el emperador realizaba recepciones oficiales. Recibe su nombre de la mesa dorada que había en el centro y en la que se sentaban los dignatarios recibidos.
126. Gobernante de un principado armenio al noreste del lago Van, cedió su país a Bizancio en el año 1016 para conseguir protección ante el avance turco.
127. Hiulabos es Olaf II, rey de Noruega (1026-1028), elevado a los altares al perder el trono y la vida en combate contra la coalición de nobles y fuerzas danesas del rey Canuto de Dinamarca (1018-1035), que anexionó los territorios noruegos a su reino. Hoy es el santo patrono de Noruega. Araltes es Harald III Hardraada, rey de Noruega (1047-1066). A la muerte de su hermanastro Olaf II en 1030, abandonó Escandinavia y, tras un periodo de estancia en Kiev, se enroló como mercenario al servicio de Bizancio, participando en varias campañas en los frentes asiático, balcánico y siciliano sobre las que nos informan las sagas nórdicas. Fue coronado rey de Noruega a la muerte de su sobrino Magnus el Bueno, hijo de Olaf II. Se le atribuye la fundación de Oslo ca. 1050. Murió en un fallido desembarco en Inglaterra en 1066 en las vísperas de Hastings.

quiso visitar al muy bienaventurado emperador, nuestro Señor Miguel el Paflagonio [128], para postrarse ante él y llegar a conocer personalmente la sociedad romana. Pero trajo con él también tropas, unos quinientos hombres de la nobleza. Llegó pues y lo recibió el emperador tal como está prescrito y lo despachó con sus tropas a Sicilia, pues allí estaba el ejército romano en guerra por la isla. Partió pues y realizó grandes hazañas [129]. Cuando Sicilia fue sometida regresó con sus tropas junto al emperador que lo nombró manglabita. Precisamente después de esto se rebeló Delianós en Bulgaria [130]. De nuevo Araltes escoltó al emperador hasta allí con sus tropas y realizó contra los enemigos hazañas dignas de su nobleza y linaje. Después de someter Bulgaria, el emperador regresó. También yo entonces luchaba por el emperador en la medida de mis fuerzas. Cuando llegamos a Mosinópolis [131], el emperador, queriendo recompensarle por los combates en los que había participado, lo nombró espatarocandidato. Después de la muerte de nuestro Señor Miguel [132] y de su sobrino y sucesor [133], quiso retirarse a su país en el reinado de Monómaco [134] con la venia de éste. Pero no se le permitió la marcha y se le cerró la salida. Sin embargo consiguió escapar inadvertido y reinó en su país en vez de su hermano Hiulabos. No protestó nunca porque se lo nombró sólo manglabita o espataro-

128. Miguel [IV] el Paflagonio (1034-1041) accedió al poder casándose con la porfirogéneta Zoe, que probablemente fue la instigadora del asesinato de su anterior marido el emperador Romano Argiro para despejar el camino del Paflagonio al poder.
129. Las tropas varengas de Harald se intengraron dentro del contingente bizantino en Sicilia durante la victoriosa campaña de 1038 al mando del general Jorge Maniakes.
130. Cf. nota 50.
131.«Mosynoupolis», ciudad de Tracia, la antigua Maximianópolis.
132. El 10-12-1041, tras la campaña en Bulgaria.
133. Miguel [V] Calafates (1041-1042).
134. Constantino [IX] Monómaco (1042-1055), tercer y último marido de Zoe.

candidato, sino que por el contrario mantuvo su fidelidad y afecto a los romanos mientras gobernó.

XV.9. Que no se te ocurra, por otra parte, tomar medidas contra tu ciudad o contra los territorios vecinos bajo tu mando, ni contra el ejército, sino sé para todos como un padre y así te servirán de buen grado. Otra cosa es lo que le aconsejó al porfirogéneto Señor Basilio un hombre simple e ignorante, que buscaba su ruina, cuando le dijo: «Haz pobres a tus soldados». Te odiarán, es más, se sublevarán alzándose en armas contra ti. No tratas con bestias, sino con hombres racionales, que discurren y piensan si recibieron mal o bien. Es pues preciso que ejerzas y uses tu poder con temor de Dios. Los soldados no deben ser postergados a la hora de recibir su pagas, ni tampoco los senadores y los funcionarios civiles. Cada uno te servirá de acuerdo con su trabajo, tal como está determinado desde antiguo, y no murmurará contra ti.

XV.10.i. Los territorios bajo tu autoridad no deben ser objeto cada día de subidas de impuestos ni de proclamas y planes novedosos y extraños. Así no hay miedo de que puedan rebelarse contra ti, sino que te servirán con toda su alma y entregarán al fisco los impuestos anuales, si bien según sus posibilidades. No oprimas los territorios bárbaros sometidos a tu gobierno.

ii. A los estrategos debes pedirles que actúen con prudencia y piedad, y no se comporten de manera insolente o descarguen su ira contra nadie.

iii. A los jueces debes controlarlos para que juzguen con temor de Dios y justicia. ¿Qué espectáculo se nos ofrece ahora a la vista? Exacciones mayores que el capital disponible y no sólo para las necesidades exigidas, sino para dispendios superfluos.

iv. A los hombres a tu servicio en el gobierno debes pedirles que no cometan injusticia con nadie ni protejan a hombres malvados y enemigos de la verdad, sino que más bien protejan al que se acerque a ellos por haber sido víctima de injusti-

cia. Dales licencia para que presenten alegaciones ante tu Majestad por los que han sido víctimas de injusticia.

XV.11.i. Tus parientes deben temerte y no tener licencia para cometer injusticias con nadie. Te voy a contar, mi Señor, cómo tuvo lugar la caída del imperio del Paflagonio. Este bienaventurado no tenía padres ilustres, sino que procedía de padres sin distinción y de orígenes muy humildes, pero estaba dotado de grandes virtudes. Algunas personas ignorantes proclaman que era de noble origen y elevada alcurnia, pero era plebeyo y de bajo nacimiento. Yo afirmo que todos los hombres son criaturas de un solo hombre, Adán, tanto los emperadores y los poderosos como los ganapanes. Yo he visto a personas que se daban grandes humos, acabar como ladrones, adivinos y magos –a éstos llamo yo plebeyos–. Pues el hombre, por ser racional, si quiere puede llegar a ser Dios por la Gracia de Dios. Así era el bienaventurado emperador, el Señor Miguel. Muchas virtudes, tal como se dijo, le adornaban, pero tenía muchos parientes cercanos y pobres que eran atendidos por el Orfanotrofo [135]. Éste era hermano del emperador y el que administraba además el palacio. Quiso enriquecer a los suyos y les dio licencia para saquear los bienes ajenos, sin que el emperador supiera nada de esto. Pero también los emisarios enviados a algún servicio o los hombres del emperador, cuando se encontraban con alguien a caballo, fuese en una posada o en un camino despoblado, lo desmontaban del caballo o de la mula, se apoderaban del animal y desaparecían. Aquel hombre admirable y sobresaliente se hizo así odioso, en parte debido a éstos, pero sobre todo por las injusticias de sus propios parientes, de forma que todos se conjuraron para hacer desaparecer a su familia. Esto no se demoró

135. Juan el Orfanotrofo, responsable de los hospicios imperiales, monje y eunuco, era el verdadero gobernante del imperio en tiempos de su hermano Miguel [IV] Paflagonio, pero fue depuesto por su sobrino Miguel [V] Calafates.

mucho tiempo. Pues después de morir aquél en paz y en confesión, al convertirse su sobrino en emperador, se sublevó contra él toda la ciudad y los que se encontraban en ella procedentes de fuera. La excusa que encontraron para ir contra él era que había desterrado a su tía nuestra Señora. Aquél y toda su familia fueron aniquilados en un solo día [136]. En su lugar fue emperador Monómaco, el cual destruyó y asoló el imperio de los romanos.

ii. Es pues preciso que tu poder vigile estas cosas. El primer servidor de tu Majestad, el que se ocupa de toda la administración, te debe presentar informes cada día, para que cuando llegue un asunto a tus oídos, tengas conocimiento de él. Si atiendes a mis pobres y modestas palabras, abandonarás esta vida en una paz duradera. Pero si te entregas a deseos y apetitos contra natura, muchos obstáculos se te presentarán en vida.

XV.12. El emperador es paradigma y modelo de todos y todos miran hacia él e imitan sus cualidades de gobernante. Si son buenas, aspiran antes que nada a participar de ellas, pero si son malas y censurables, actúan también del mismo modo. Procura pues tener las cuatro virtudes: fortaleza, me refiero a la espiritual, justicia, templanza y prudencia. Hay una prudencia que es para bien y una prudencia que es para mal, del mismo modo que la fortaleza; pero de la templanza y la justicia no encontraría nadie en ellas una potencialidad para el mal. Si posees pues estas cuatro virtudes, según se dice, te elevarás de la tierra a los cielos, grandes serán las alabanzas que recibirás y el Señor te recompensará con largos días si la justicia y la verdad resplandecen en tu rostro y en tu corazón.

136. Desde la revuelta de la Nika en el año 532 contra Justiniano, no se había vivido nunca en Constantinopla una revuelta popular como la que depuso a Miguel [V] Calafates en abril de 1042. La excusa la propició, como dijo el autor, la deposición de la porfirogéneta Zoe por el emperador, que había sido adoptado por ella para acceder al trono.

XV.13. Tienes que tener muchas provisiones de grano en depósito, para ti, para la corte imperial y para tu ciudad, que basten para cinco o seis años. Debes disponer de muchas armas y proyectiles, lanzas, armaduras, cascos, escudos, espadas y cualquier otra cosa que convenga para la guerra. Debes tener también máquinas de guerra y abrojos metálicos, pues no sabes qué pretenden los malvados.

XV.14. Yo vi un caso similar [137] y sentí lástima por la vida. Pues vi al antaño emperador Miguel, el que había sido antes César, por la mañana al salir el sol como un poderoso emperador y después de la hora tercia del día como un hombre miserable, solo y ciego. No te crezcas, Señor, por la gloria del imperio, ni confíes tampoco en tu poder y te digas: «Quién puede hacerme bajar desde lo alto de mi gloria», pues basta empujar un poco al tiempo, como dice Gregorio el Teólogo, el Grande por su sabiduría, y muchas cosas experimentan mudanza. Si tu esperanza se pone en Dios, estarás seguro. Puesto que Dios nos hizo racionales, es preciso que nosotros tengamos seguridad en su Gracia y que, confiándonos a él, proveamos por nosotros y nos procuremos nuestra salvación.

XV.15.i. No dejes que nadie te adule, sino antes ten como amigos a aquellos que te censuran. Voy a contar a tu Majestad un suceso que tiene algo que ver con esto. El Augusto César [138], que era colérico, implacable y putañero, y que además tenía opiniones censurables y malas, pero que sin embargo estaba dotado de una inteligencia natural, se dijo: «Nada bueno me vendrá sin un pedagogo». Mandó pues traer con grandes honores desde Alejandría a un tal Atenodoro, que era pobre y carecía de recursos, pero que resultaba ser muy inteligente y sensato, y sobre el que algunos de los servidores de

137. No se ve la relación de este pasaje con el anterior. Quizás haya algún error en la copia, pues este capítulo es un doblete de lo que se afirma de Miguel en XV.11.i.

138. Octavio Augusto, sobrino de César y primer emperador de Roma (29 a.C.-14 d.C.).

palacio le aseguraron que destacaba por sus buenos consejos y su sensatez. Y le dijo. «¿Sabes, Atenodoro, por qué motivo te hice traer aquí con tan grandes honores?». Éste dijo que no lo sabía y el César dijo: «Mis pensamientos son contrarios a mi alta posición y al oír sobre ti que eras un hombre bueno, tanto en el consejo como en la práctica, quise tenerte como amigo y consejero para que me censures en privado cuantas cosas veas que yo haga o diga que no sean buenas o merezcan crítica; y que, si no me corrijo, hagas esto también públicamente». Atenodoro dijo: «Tú, poderoso Señor, no apartes tu vista de mí cuando te censure y no me desprecies, que yo seré tu médico en esto». No dejó pues de censurarle cada día hasta que hizo de él un hombre de virtud irreprochable. Pero cuando solicitó el permiso para volver a su país natal, el César no se lo concedió diciéndole: «Oh queridísimo amigo, todavía no soy perfecto».

ii. Quería ver a Abgar, el rey de Edesa [139], que era un hombre muy sensato e inteligente, adornado con todo tipo de virtudes. Al verlo y entablar conversación con él le dijo: «Me pongo en tus manos para que me sirvas en lugar de Atenodoro», pues Atenodoro había traspasado el límite de la vida. Y lo conservó a su lado con grandes honores, no sólo como amigo, sino también como padre, y éste le corregía en numerosas ocasiones. Así actuaba Augusto, dejándose corregir por los amigos. Desde entonces hasta hoy se cantan sus excelencias.

iii. Ten pues tú también a un hombre así junto a ti y dale libertad para que te censure cada día en todas las cosas que hayas dicho o hecho inconvenientemente. No digas: «Yo soy sensato y lo sé todo», pues te diré: «Son muchas las cosas que

139. La tradición cristiana relacionaba al rey Abgar con Cristo, cuyo retrato habría sido hecho por un emisario del rey deseoso de conocer al enviado de Dios. La relación de Abgar con Augusto que dibuja este pasaje cristianiza al primer emperador romano y lo integra dentro del plan de Dios, que, según la tradición cristiana, fundó el imperio romano para que sirviera de plataforma para la difusión del cristianismo.

conoces, pero más aún las que ignoras». Únicamente Dios es infalible, pero el hombre, como quiera que sea, está lleno de defectos. El ángel dijo a Zósimas [140]: «Nadie entre los hombres es perfecto».

XV.16. No dejes que tu ejército se descomponga y se arruine, pues tú serás el que te arruines y te lamentes a menudo por ello. El ejército es la gloria del emperador y el poder del palacio. Si no existe ejército, ni el Estado se mantiene unido, sino todo el que quiere se subleva contra ti.

XV.17.i. Procura que la flota se halle en todo momento en el mejor estado, que no le falte nada, pues la flota es la gloria de la Romania. Procura también que los mandos de la flota estén a salvo de todo regalo o donativo, pues si los comandantes de la flota son rapaces y aceptan regalos, escucha qué es lo que harán. En primer lugar, dejan a algunos exentos del servicio militar a cambio de los nomismas que les dan, pero no cuantos éstos querían dar para la tasa de la flota, sino el doble de esa cantidad, de forma que la nave se queda mal pertrechada. El águila que remonta su vuelo, si le falta una pluma, sin duda ya no vuela tan bien. Del mismo modo, también las naves de guerra que carecen de remos no navegan bien. Pero lo contrario consiguen los comandantes navales cuando aceptan regalos de los soldados: les permiten estar desarmados y por ello cuando entran en combate con los enemigos se dan la vuelta. Pero ¿qué digo en combate? Huyen nada más llegarlos a ver y así el oprobio cubre a los romanos. Cuando las naves de guerra parten a las islas con el pretexto de realizar la vigilancia prevista, no hacen otra cosa que no sea recoger de las Cícladas y de ambas costas continentales trigo, cebada, legumbres, queso, vino, carne, aceite, muchos nomismas y todo lo demás que puedan tener las islas. Lo mismo hacen con Chipre y Creta. Es preciso pues, Señor, que supervises

140. El monje al que Sta. María la Egipciaca (¿siglo v?) narró su historia de pecadora antes de su conversión.

atentamente todo esto y que tu flota se mantenga intacta y sin carencias, y nadie tenga nada contra qué murmurar. Esto en cuanto a los marineros y soldados.

ii. Lo mismo debes disponer también para los mandos de la flota, a fin de que no falten a sus obligaciones. Y si su rapacidad va en aumento, edúcalos con el látigo, la tonsura y multas de dinero. Los mandos de la flota que permanecen muchos años en la flota están acostumbrados a vivir en la pereza, la inactividad y la molicie. La negligencia más absoluta es el resultado de ello. Es preciso pues que vigiles atentamente la flota y si los vieras actuando o viviendo de esta manera, expúlsalos de la flota y pon a su frente a otros en vez de a éstos.

iii. Si tu piadosa autoridad hace esto que voy a decirte, no tendrás inseguridad, sino que vivirás en gran seguridad. Si en verdad ves que los mandos navales están tal como te he dicho, no pongas a otros hombres de la marina en vez de a éstos en su posición, sino busca más bien del ejército de tierra viejos condes drungarios a los que deberías expulsar del servicio por incapaces o incluso ya has expulsado, y ponlos como comandantes al frente de la flota. Dirígeles un discurso de este tenor: «Vosotros sabéis que estáis viejos e incapaces, y que lo procedente sería que descansaseis en vuestras casas, pero mi Majestad, sabiendo que si marcháis a vuestras casas careceríais de aquello que os resulta más necesario y por lo que os esforzasteis desde años, no aceptó que carecierais de ello. Por eso os ascendió a comandantes de la flota, para que teniendo aquello que os permita vivir con independencia, no descuidéis vuestro deber, sino que, según se dice, puestos en faena, podáis, con la provisión divina, ganar victorias». Debes saber que si actúas así no errarás tu objetivo, sino que tu flota estará en perfecto orden.

iv. En los barcos de guerra deberás tener arqueros.

v. Que el drungario y el protonotario de la flota sean piadosos, activos, capaces, sensatos, temerosos de Dios y de tu imperio, y que presten atención e investiguen con minuciosi-

dad hasta el más pequeño detalle de cuanto se haga en la flota, pues si la flota se descompone hasta quedar inútil, es tu poder el que se descompone y se viene abajo.

XV.18.i. Sé, poderoso Señor, que la naturaleza de los hombres pide reposo. Se ha convertido sin embargo en una costumbre inútil, es más, perjudicial, el que el emperador no visite sus propios territorios, me refiero a los de Oriente y Occidente, sino que permanezca como en una prisión en la ciudad de Constantino. Sin duda si alguien te encerrase en una sola ciudad, sentirías una gran angustia y opresión al padecer esta situación. Que tú mismo te hagas esto, ¿para qué decir más? Visita pues los territorios bajo tu mando y los distritos[141], observa las injusticias que padecen los pobres, qué les hicieron los recaudadores que les enviaste y si los pobres son víctimas de injusticias, y pon orden en todo esto. Que sepan los distritos de los romanos y los territorios bárbaros que están bajo tu mando, que tienen un emperador que con plena autoridad supervisa sus asuntos. Sabrás tú también así las fuerzas de cada distrito, de cada fortaleza y de cada territorio, cómo está la situación, en qué nos perjudica y en qué nos beneficia y no se producirán levantamientos ni se sublevarán contra los recaudadores, sino que las tierras bajo tu mando permanecerán en paz.

ii. Sé que tus asistentes te aconsejan, para no fatigarte, que esto no es bueno, porque crearás problemas a los territorios y distritos al recorrerlos junto con tus tropas y la guardia imperial. Podrán decir también esto, que si partes de Bizancio, reinará otro en tu lugar. Pensando en esto, incluso yo me reí. Pues aquel que tú dejaste en el palacio para que se ocupase de la administración de los romanos y de los bárbaros súbditos tuyos que están allí, sin duda es una persona activa y capaz,

141. Tenemos aquí las dos unidades administrativas provinciales: para los distritos cf. nota 9; los territorios son aquellas regiones fronterizas menos dependientes de la administración bizantina.

que estará vigilante para hacer lo que le corresponde. Pero ¿para qué te voy a contar más? Los soberanos y augustos de los romanos sin duda tenían la misma disposición que yo te digo, no sólo los que gobernaban en Roma, sino también los que lo hacían en Bizancio, Constantino el Grande y su hijo Constancio, Juliano, Joviano y Teodosio [142]. Unas veces permanecían en Oriente, otras en Occidente, pero poco en Bizancio. Entonces todos los países estaban en paz; toda Europa y Libia, y la parte más importante de Asia hasta Eufratesia y el territorio de Adiabene [143], Armenia, Siria, Fenicia, Palestina, Egipto e incluso la legendaria e inmensa Babilonia eran territorios de los romanos. Pero desde entonces una gran necedad sobrevino a los hombres, o mejor, cayó sobre ellos como una enfermedad, y nada bueno sobrevino al imperio de los romanos.

[CÓMO DEBE ACTUAR EL TOPARCA]

XVI.1. Si en tu propio territorio posees quizás algunas plazas fuertes y aldeas, y además como toparca tienes autoridad sobre ellas, que no te confundan la riqueza, los cargos o las grandes promesas de los emperadores y entregues tu territorio al emperador para recibir a cambio de él dineros o pose-

142. Todos ellos emperadores romanos del siglo IV: Constantino [I] el Grande (324-337), fundador de Constantinopla y promotor del cristianismo a la condición de religión oficial: Constancio (337-361), uno de los tres hijos de Constantino que sucedió a su padre en el imperio, arriano de confesión; Juliano el Apóstata (361-363), sobrino de Constancio y defensor del paganismo; Joviano (363-364), sucesor de Juliano a la muerte imprevista de éste en la campaña persa; Teodosio [I] el Grande (379-395), último emperador de todo el imperio. El autor omite, sin duda deliberadamente, a Valente (364-378) que murió precisamente en la batalla de Adrianópolis a manos de los visigodos.
143. Territorio equivalente al de la antigua Asiria, conquistado por Trajano en el 116 d.C.

siones, aunque vayas a recibir muchas veces más de lo que tienes. Al contrario, conserva tu territorio, aunque sea pequeño y valga poco, pues es mucho mejor para ti ser un amigo independiente, que un esclavo sometido. Pues sólo puedes pretender ser noble y respetado y que el emperador y todos los demás te alaben y te honren mientras tú, tus hijos y los hijos de tus hijos estén en tu territorio y bajo tu autoridad. Desde el momento en cambio en que abandonas tu territorio y pierdes tu poder, el emperador te tendrá aprecio por un momento, pero poco después te verás despreciado por el emperador, que te considerará como si no valieses nada. Sabrás entonces que eres un siervo y no ya un amigo. Entonces incluso el que está sometido a ti te causará miedo, pues si le hicieres daño, yendo al emperador te acusará de haber preparado aviesos planes contra él, o que quieres huir y regresar a tu antiguo territorio, cuando a ti quizás ni siquiera se te ha pasado por la cabeza aquello de lo que te acusó. Entonces se instruye contra ti un proceso terrible y te condenan como si fueras un esclavo taimado y un conspirador. Cuando tú digas la verdad, no se te creerá, mientras que el que antes fue tu siervo y dependía de ti, parecerá que dice cosas convincentes cuando mienta y recibirá honores del emperador. Se te pone una mordaza sin que puedas replicar a nada y entonces, o bien el soberano dicta contra ti sentencia para que seas cegado, o bien dice «Mi imperial Majestad se compadece de ti» y te ves privado de tus posesiones y desterrado o encerrado en una cárcel por su culpa. Entonces te acordarás de aquel pequeño territorio tuyo en el que tenías autoridad y de cómo por tu propia voluntad pasaste a ser esclavo siendo libre. Tú, que antes habías sido justo juzgando y castigando a otros, te ves entonces condenado y castigado injustamente. Quizás incluso el emperador llegue a enterarse de que fuiste acusado con mentiras, pero puesto que te quitó de nuevo lo que te había dado y cuanto te había prometido, hará como que ignora lo que es justo. Es mucho mejor para

ti permanecer en tu territorio y que honres y ames al emperador y a todos los que aboguen por ti ante él.

XVI.2. Si eres un hombre cabal, no pretendas mentir al emperador ni pienses en sustraerle nada mediante palabras persuasivas o en recibir regalos de él, pues nada bueno te sobrevendrá. Te voy a contar en efecto qué le pasó a un toparca, dejando de lado otras muchas cuestiones. Iadora y Salón son dos ciudades de Dalmacia [144]. Había en ellas un arconte y toparca, un tal Dobronás [145], que era un hombre cabal y de lo más capaz. En una ocasión quiso venir a prosternarse ante el bienaventurado emperador, el Señor Romano Argiro, el cual le agasajó con regalos y honores y le dejó partir hacia su país con mucha riqueza. Complacido entonces con estas larguezas, hizo este viaje otra vez. Regresó a casa después de haber sido objeto de prodigalidades, pero no como la vez anterior, sino más escasas. Al morir este emperador, subió al poder nuestro bienaventurado emperador y señor Miguel el Paflagonio, y de nuevo fue a la Ciudad, pero se le despreció, porque sus visitas se habían hecho habituales. Habiendo pedido que se le dejara partir, no se le permitió, y él, sintiéndose vejado, empezó a murmurar. Cuando los que se ocupaban de la administración de Palacio se enteraron de que él murmuraba, se lo transmitieron al emperador e idearon el siguiente plan: «Como ya tenemos a éste en nuestras manos, vamos a apoderarnos de su territorio, puesto que nadie se nos opone». Así sucedió. Encerrando a éste en la cárcel del Pretorio ocuparon sin el menor esfuerzo su territorio. Deportaron también a su mujer y a su hijo y los condujeron al Pretorio. Todo el tiempo

144. Iadora, antigua Diadora, hoy Zadar en la costa dálmata. Salona, el antiguo Spalatum donde estableció Diocleciano su retiro, hoy Split, también en la costa dálmata.
145. Tal vez un Gregorio Dobronás del que nos hablan las fuentes para la historia de Dalmacia entre los años 20-40 del siglo XI, protospatario y estratego del distrito bizantino de Dalmacia, que controlaba en régimen de semiautonomía.

de sus vidas transcurrió en la cárcel y allí murieron en el reinado del emperador Monómaco [146]: Dobronás y su mujer en el Pretorio, mientras que su hijo, al que despreciaban e ignoraban por completo, apenas pudo escapar. Esto es lo que respecta a ellos.

XVI.3. Había también un filarco [147] de los árabes, cuyo nombre era Apelzaraj [148]. Éste fue a ver a nuestro ya mencionado emperador y Señor Romano y después de ser agasajado con dignos regalos y honores, recibió la licencia del emperador para regresar a su territorio. Y de nuevo hizo este viaje, pero fue despreciado esta segunda vez. Al sentirse despreciado, quiso marcharse, pero el emperador no se lo permitió. Permaneció dos años en la Ciudad imperial, esperando todos los días su exilio o perdición. No obstante, después de dos años el emperador le dio licencia para volver a su país. Regresó y al cruzar el puente de hierro que hay más allá de Antioquía, convocó a sus hombres y a todos sus servidores y, cogiéndose su propia cabeza con las dos manos, les dijo: «¿Qué es esto?». Aquéllos le dijeron riéndose: «Tu cabeza, nuestro Señor». «Doy gracias», dice él entonces, «a Dios porque crucé a Crisópolis [149] y ahora alcancé la frontera de Arabia manteniendo la cabeza sobre mi cuerpo». Los que intentan poner zancadillas caen al suelo enredados por sus propias artes. Es preciso pues que tú consideres esto y hables y actúes correctamente, contentándote con lo que tienes. Si alguna vez deseas ir a prosternarte ante el poder imperial, a prosternarte ante

146. Los tres emperadores citados hasta aquí son Romano [III] Argiro (1028-1034), Miguel [IV] Paflagonio (1034-1041) y Constantino [IX] Monómaco (1042-1055).
147. «Jefe de tribu», es decir, jeque.
148. Abu'l Yarrah, emir de Trípoli, que realizó dos viajes a Constantinopla en 1030/1031 y 1033 para conseguir apoyo bizantino contra los califas fatimíes de Egipto.
149. Ciudad situada justo enfrente de Constantinopla, al otro lado del Bósforo.

las santas iglesias, o a ver el ceremonial del palacio y de la Ciudad, haz esto una sola vez, pues si no, desde ese momento serás un esclavo y no más un amigo.

XVI.4. Tus emisarios deben acudir ante el emperador, pero que tus escritos le digan la verdad, y que sean también prudentes, sinceros y cabales los hombres que envíes, para que comprendan todo lo que han oído al emperador y le digan todo lo que es preciso decir. Pero que no sean curiosos. Es por lo tanto mucho mejor para ti ser un amigo servil del emperador permaneciendo en tu territorio, que ser despojado de todo y despreciado por el emperador.

XVI.5. Si acoges a alguien como huésped, recíbelo y dale escolta de regreso como es cortesía.

XVI.6. Si hay mar en los territorios que están bajo tu mando, permite que fondeen y se repongan en el puerto aquellas naves que lleguen allí ya sea voluntariamente, por negocio, o bien involuntariamente, sometidas al imperio de las olas. Si actúas así, te alabarán los de las comarcas vecinas y los extranjeros. Todos ellos se harán leales amigos tuyos, tu territorio estará a salvo de asechanzas y tú tendrás garantizada tu seguridad. Pero si llegas a cometer abusos para obtener vergonzantes ganancias, te acecharán por tierra y por mar, y tú y tu territorio os encontraréis en una difícil situación. Te digo que mantengas los lazos de amistad tanto con los vecinos como con los extranjeros, que en la medida de lo posible te prodigues con todos y permitas que fondeen en el puerto, pero no que confíes en ellos. Pues no sabes qué intrigas urden contra ti y tu territorio en el fondo de sus corazones.

XVI.7. Mantén pues la vigilancia y un orden estricto en tu territorio noche y día, no sólo cuando te enfrentes a alguien, sino incluso cuando reine la paz más absoluta. Justamente entonces atacan, cuando disfrutas de una paz absoluta, pues dice el Señor y nuestro Dios en los divinos evangelios que hay que estar en vela en todo momento. «Pues si el patrono supiera», dice, «a qué hora viene el ladrón, velaría y no dejaría

abrir un boquete en su casa»[150]. Aunque en principio esto hace referencia a asuntos espirituales, si lo aplicas también a los terrenales y te atienes a ello, no te equivocarás. Pues irán contra ti el día en que te vaya bien, saquearán tu territorio y te matarán. Si consigues escapar, te irás de allí solo y desnudo, y tu territorio caerá bajo el poder de aquel que antes creías amigo. Por eso conviene que estés despierto y vigilante en todo momento.

XVI.8. Pero no sólo a ti te proporcionarán seguridad tu vigilancia y vela, sino que también el pastor, el campesino, el comerciante, el marinero y todos los que tienen una actividad cualquiera en su vida, apenas están un poco ociosos y se descuidan, están perdidos. Y no vale esto sólo para la gente del siglo, sino también para los hombres religiosos que viven en la virtud.

XVI.9. Si un acrita te envía regalos, acéptalos, pero envíale tú también algo de lo que tengas. No obstante, debes saber que tiene el propósito de trabar amistad contigo a través de los regalos para que así confíes en él. Así, cuando te descuides, atacará tu ciudad o tu territorio y se apoderará de él. Es preciso que vigiles a los amigos más que a los enemigos.

[NO SE DEBE CREER EN SÁTIROS, CENTAUROS NI DRAGONES]

XVII.1. Algunos charlatanes, de los que se inventan la verdad, dicen que el sátiro es una especie de animal y lo califican de homínido, pues afirman que se le tributan honores y sus actos son como los de los hombres. De ahí que cuenten una historia en la que dicen que marchaba el bendito Antonio por el desierto al encuentro de un monje de Tebas llamado Pablo y le señaló con el dedo el sátiro, habló con él y le condujo a una gruta, donde relató muchas cosas al bendito An-

150. Mateo 24.43.

tonio [151]. No es preciso creer en estas cosas. Lo mismo que dijimos acerca de los dragones lo repetimos ahora [152]. Dios creó dos naturalezas racionales, me refiero a las de los ángeles y hombres, y fuera de éstas no aceptamos a ningún ser racional. De los ángeles, unos vivían y todavía están en la luz y en lugar sagrado, mientras que otro, que debido a su esplendor era el portador de la aurora [153], se convirtió en sombra por su altanería. A los hombres por su parte se les honró con el don de la palabra, pero se desviaron del juicio recto y se apartaron de la verdad. Pero Dios, no pudiendo soportar nuestra destrucción, descendió movido por la Piedad, siendo como es un Dios perfecto, se hizo también un hombre perfecto sin pecado, para salvar al mundo y se humilló hasta padecer la muerte, una muerte en la cruz, muriendo por propia voluntad para resucitar por su propio poder y resucitarnos y honrarnos a nosotros que nos habíamos deshonrado por nuestra propia voluntad. En ninguna parte encontramos que se diga que vino ante los sátiros o resucitó a los sátiros. Y si el sátiro es racional, que nos digan entonces qué profeta, apóstol o discípulo fue enviado a los sátiros para enseñarles. Puesto que si son racionales como los hombres, es bien evidente que el Señor habría venido ante los sátiros como ante los hombres: ¡Que nos muestren entonces el evangelio para los sátiros! Pero son unos ignorantes completos los que dicen estas necedades. En nuestros benditos y santos padres y los ascetas del desierto hemos leído que hay dragones, todo tipo de serpientes, tanto áspides como basiliscos, leones, unicor-

151. San Pablo de Tebas fue el primer eremita del desierto egipcio († 345 d.C.), sobre el cual escribió una vida San Jerónimo basándose en un original griego. San Antonio de Egipto (251-356 d.C.) visitó a Pablo y lo enterró, convirtiéndose en el más importante de los pioneros del movimiento erimítico gracias a la vida que escribió sobre él San Atanasio (296-373 d.C.), obispo de Alejandría.
152. En realidad el párrafo sobre los dragones viene a continuación.
153. Lucifer.

nios y otras fieras y especies de animales y que el onagro pasta en el desierto, pero nunca leímos en ellos que el sátiro sea un hombre racional.

XVII.2. Similar a ésta es la fábula mítica de los hipocentauros que San Juan Damasceno, nuestro universal maestro[154], ha refutado y demostrado que es falsa. Por ello no hay necesidad alguna de aceptar la existencia de otra naturaleza racional fuera de las de ángeles y hombres [...].

XVII.3.i. Lo mismo digo acerca de otras entelequias como los dragones. Puesto que se inventan también dragones que asumen la forma humana, que o bien se convierten unas veces en serpientes pequeñas y otras en serpientes muy grandes con un cuerpo que se hincha y crece extraordinariamente, o bien se convierten, según se dice, en hombres, hablan con los hombres, bailan, raptan a mujeres y se ayuntan con ellas como los hombres, les diremos: «¿Cuántas naturalezas racionales hizo Dios?». Y si no lo saben, les diremos: «Dos, es decir, los ángeles y los hombres». El diablo era una de las potencias angélicas, que por propia voluntad abandonó la luz y ahora marcha entre sombras. Dios hizo estas dos naturalezas racionales, pero el dragón, puesto que habla con hombres asumiendo su forma, se junta con mujeres y, de entre muchas formas, unas veces se convierte en serpiente y otras en hombre, es bien evidente que sería racional e incluso más admirable que el hombre, algo que nunca ha existido ni existirá. Que digan quién cuenta esto. Pues nosotros creemos en los dog-

154. San Juan, llamado el Damasceno por origen y residencia en el Damasco omeya (ca. 650-750 d.C.), fue el más grande de los teólogos griegos de los siglos oscuros de Bizancio. Bajo su nombre circularon decenas de escritos apócrifos. Por ello no significa nada que el capítulo XVII.3.i. figure en dos o tres manuscritos atribuidos al Damasceno junto con otro capítulo sobre los *styges*, pero sin nuestro capítulo sobre los sátiros. Descartada la autoría de Damasceno, determinados rasgos de estilo (que no es posible detallar aquí) identifican al autor de estos pasajes inequívocamente con el de nuestra obra.

mas de Moisés, mejor, en el Espíritu Santo que habla por su boca, y en ninguna parte dice esto, sino que dice: «Y condujo Dios a todos los animales ante Adán para que los viera y les diera un nombre y éste les dio a cada uno un nombre que es el nombre que recibe» [155]. Por ello el dragón era uno de los animales. Y no te digo que no haya dragones. Hay dragones, pero son serpientes, engendrados por otros dragones, que cuando son recién nacidos y jóvenes son pequeños, pero que cuando se hacen adultos y envejecen se hacen grandes y gruesos, y se hinchan y crecen mucho más que las demás serpientes. Dicen que llegan a crecer más de treinta codos y que alcanzan un grosor como el de una viga maestra.

ii. Dión el romano [156], que escribió sobre el imperio y la república de Roma y cuenta la historia de aquella famosa guerra púnica, dice que cuando Régulo el cónsul de Roma luchaba contra Cartago, de repente se vio a un dragón que se había arrastrado fuera de la empalizada del ejército de los romanos. Los romanos lo mataron por orden suya y, una vez desollado, lo enviaron como presente del cónsul al senado de Roma, causando un gran asombro. Cuando fue medido por el propio senado, tal como dice el propio Dion, se descubrió que tenía ciento veinte pies de longitud. A la longitud había que añadir también su gran grosor.

iii. Hay también otra especie de dragones de cabeza ancha y con ojos dorados. No pertenecen desde luego a los que les crecen cuernos o tienen barbas en la garganta, pues a esta especie los consideran démones benignos y dicen que no tienen veneno. Esta especie de los dragones es como las demás fieras, pues tiene barba como el macho cabrío y, con respecto al cuerno que le crece, no es duro, sino que es carne que toma la apariencia de un cuerno. Sus ojos son grandes y dorados y se

155. Génesis 2.19-20.
156. Este pasaje de Dión Casio (cf. nota 12) lo conocemos por su mención aquí.

hacen grandes y pequeños tal como se ve que les ocurre a todas las especies de serpientes y animales venenosos, sólo que el dragón no tiene veneno.

iv. Cuentan también este otro mito, que cuando el dragón se ve perseguido por el trueno, es arrastrado al cielo y es muerto. Yo me reí al escuchar esto, cómo unas veces lo hacen racional y le dan forma humana, otras veces lo hacen una serpiente y otras lo enfrentan a Dios que lo persigue. Sin duda la ignorancia es peligrosa. Es grande el daño que nos causa el no leer los libros divinos o el no interpretarlos de acuerdo con la palabra del Señor. Pero el soldado dice: «Yo soy soldado y no tengo necesidad de leer», mientras el campesino pone como excusa las labores del campo y lo mismo los demás, y así a todos nos falta conocimiento. El trueno no persigue al dragón, sino que los truenos se producen, según se dice, de las nubes, cuando éstas se hinchan llenas de agua por la humedad y se ven impulsadas por el aire o el viento. Cuando el aire penetra en su interior y las rompe, se produce el eco y este clamor que viene desde arriba se llama trueno, pero si empujado por el aire desciende a tierra, se llama rayo. Por ello cuando cae, o sobre una casa, o sobre un árbol, lo rompe en dos y lo parte, y si es sobre un hombre o cualquier otro animal, lo mata. Por eso hemos visto muchas veces a hombre y otros animales muertos por el trueno, pero nunca a dragones.

XVII.4.i. De entre los rayos, algunos tienen una forma lineal, otros se mueven en espiral, otros son resplandores intensos. Dicen que el rayo se produce en el mismo momento que el trueno, pues al romperse la nube se origina el rayo junto con el trueno. Desde luego el rayo se produce al instante, puesto que se ve, pero el trueno se retrasa hasta que su eco llega a tierra desde lo alto, y por eso el trueno se puede oír sólo después del rayo.

ii. Te voy a contar a modo de ejemplo una cosa que tiene algo que ver con esto. Fíjate cuando a lo lejos desde una altura alguien de pie te hace señas. Primero ves cómo su mano

golpea el madero y después de un rato percibes con tu oído el eco del golpe.

iii. Te voy a contar también otro caso, tal vez algo particular, pero sin duda verdadero. Coge una vejiga de cerdo, que llaman uretra [157], llénala de aire, luego átala y con el aire encerrado dentro déjala en tierra. Salta de golpe con los pies encima de ella, que al instante se romperá con ruido al estallar. Esto sucede por el aire que está dentro y por el golpe de los pies, al romperse la vejiga y salir disparado el aire de dentro. Piensa que lo mismo ocurre en la nube, pues está llena de aire que está dentro de la humedad, como si ésta apelmazara la oquedad de la nube y encerrara en ella el aire, de forma que cuando la humedad externa hace presión, o bien cuando la violencia del aire la rompe, produce el eco. Produce también un gran eco cuando está junto a otra nube y ambas chocan por un casual.

[ANOTACIONES]

XVIII.1. Hipóstasis es la coalescencia en el principio de la existencia de cada cosa consigo mismo [158].

XVIII.2. Desde la primera fundación del templo de Jerusalén, que elevó Salomón, hasta su demolición por Tito, emperador de los romanos, transcurrieron mil ciento treinta años, seis meses y quince días; desde la posterior fundación en el reinado de Ciro, rey de los persas, que hizo Angaio el Zerobabel, seiscientos treinta y nueve años. Los que fueron hechos cautivos por Vespasiano y Tito en Jerusalén y murieron

157. Traduzco por vejiga el término popular «fusca», cuyo significado puede deducirse del contexto subsiguiente, pese a que no se trate de la «uretra» con la que lo equipara el autor, que usa este término culto inadecuadamente.

158. El término hipóstasis (latín *substantia*) fue clave en las querellas cristológicas del siglo IV.

de muerte natural [...] y los muertos en combate, seis mil, fueron capturados vivos un millón cien mil y murieron de hambre durante todo el asedio [...] Todos ellos, junto con los muertos en combate, suman dos millones setecientos mil, y lo mismo dice Josefo: que había tres millones en la ciudad y murieron todos durante el asedio [159].

159. Cf. Flavio Josefo, *La guerra judía*, VI.419-425. El texto de nuestro autor está corrupto y presenta numerosas lagunas e inverosimilitudes en las cifras que ya tiene en parte Josefo.

GLOSARIO DE TÍTULOS Y CARGOS

La compleja terminología utilizada en la administración bizantina hace imposible traducir el gran número de títulos y cargos citados en el texto, de los que se ofrece aquí un listado con su transcripción, su significado y lo que debía ser su función aproximada en el siglo XI. Las funciones militares ocasionales que asumen en el texto algunos cargos civiles no son infrecuentes en el mundo bizantino.

ACOLUTO (gr. *akolouthos*): En el siglo XI comandante de un regimiento o «tagma» de extranjeros, especialmente escandinavos.

ACRITA (gr. *akrites*): Término no técnico que designa tanto a comandantes como a soldados fronterizos, por lo general en la zona de la Mesopotamia bizantina.

ARCONTE (gr. *archon*): Responsable de una ciudad o pequeña demarcación territorial. Su cargo equivale al de los antiguos curiales romanos, aunque con mucho menos poder.

CATEPANO (gr. *katepanos*): Título que recibe el gobernador de algunas provincias recientemente incorporadas al imperio como Italia, Mesopotamia, Antioquía y los Balcanes.

CONDE (gr. *komes*): Usado técnicamente se aplica en el siglo XI a oficiales subalternos de la armada y de las unidades navales. Por

esta época el término de drungario es aproximadamente equivalente.

CÓNSUL (gr. *hypatos*): En el siglo XI un simple título honorífico por debajo incluso del de espatario.

DOMÉSTICO DE LOS EXCÚBITOS (gr. d*omestikos ton exkoubiton*): Comandante supremo del «tagma» o regimiento imperial de los excúbitos, el segundo en importancia dentro de las tropas imperiales acantonadas en el Gran Palacio. El mando en la Hélade indica que se trata de un subcomandante del «tagma» en provincias, un cargo desempeñado habitualmente por un topotereta.

DUQUE (gr. *doux*): El término latino *dux* no significa por esta época «general» (en griego *strategos*), sino que designa a un comandante de una unidad militar o demarcación. En muchas ocasiones es término no técnico que designa a caudillos locales sobre todo en tierras italianas.

ESPATARIO (gr. *spatharios*): «Portador de espada»: originariamente miembro de una guardia imperial, es un simple título desde el siglo VIII y desaparece prácticamente a fines del XI.

ESPATAROCANDIDATO (gr. *spatharokandidatos*): Dignidad que combina las de espatario y candidato y suple a esta última, muy devaluada ya en esta época. Va unida a funciones subalternas en el ejército.

ESTRATEGO (gr. *strategos*): No traduzco el término griego por «general», porque el estratego bizantino era además la máxima autoridad civil en los distritos bajo su mando (una especie de «gobernador general»).

ESTRATIOTOFÍLACTE (gr. *stratiotophylax*): Mando de un regimiento de guardia imperial sobre cuyas funciones no estamos muy bien informados.

LOGOTETA (gr. *logothetes*): Alto funcionario de la administración central, heredero de algunos de los departamentos antiguamente atribuidos al prefecto del pretorio.

MANGLABITA (gr. *manglabites*): Miembro del Manglabio o destacamento de tropas imperiales armado con espadas y bastones (*clavae*) que acompañaba al emperador en determinadas ceremonias y vigilaba los accesos al Palacio.

MÍSTICO (gr. *mystikos*): Designa «al que participa de los secretos». Especie de secretario personal del emperador con amplias y diversas competencias.

PANTEOTA (gr. *pantheotes*): Comandante del «Pantheon», un contingente paramilitar de tropas acantonado junto a la sala homónima del Palacio Imperial.

PATRICIO (gr. *patrikios*): Por esta época título que se concede a los más importantes estrategos y gobernadores.

PRETOR (gr. *praitor*): En el siglo XI es un administrador civil de la provincia bajo la autoridad del estratego.

PRIMICERIO (gr. *primikerios*): «El primero en las tablillas de cera»: funcionario que ocupa la categoría más elevada en su escala. En nuestro texto probablemente designa al que detenta el mando de la guardia varenga.

PRONOETA (gr. *pronoetes*): Administrador provincial, probablemente con funciones fiscales en las tierras.

PROTOSINCELO (gr. *protsynkellos*): Secretario del patriarca, nombrado por el emperador y miembro del senado.

PROTOSPATARIO (gr. *protospatharios*): «Primer portador de espada»: dignidad de la jerarquía imperial atestiguada en los siglos VIII-XII que no iba asociada a una función determinada y se confería habitualmente a estrategos y comandantes de distrito o a príncipes extranjeros.

RECTOR (gr. *rektor*): Oficial palatino, generalmente eunuco y vinculado a la presidencia del senado.

SEBASTOFORO (gr. *sebastophoros*): Título de eunucos y concedido al que comunicaba al nuevo emperador su proclamación y le entregaba las insignias imperiales.

TAXIARCA (gr. *taxiarches*): Oficial al mando de una taxiarquía o unidad de 1.000 hombres teóricamente formada por 500 soldados de infantería pesada, 200 de infantería ligera y 300 arqueros.

TOPARCA (gr. *toparches*): Término no técnico que designa tanto a príncipes independientes próximos a la órbita bizantina, como a gobernadores bizantinos semiautónomos del poder central.

TOPOTERETA (gr. *toporeretes*): Subcomandante de uno de los «tagmata» o regimientos de la capital, la máxima autoridad por debajo del doméstico o comandante supremo. Cuando las tropas de los «tagmata» estaban acantonadas en provincias, el topotereta se convertía en su responsable máximo, pero debía subordinarse en campaña al mando del estratego del distrito o «thema», comandante de las tropas provinciales.

VESTES (gr. *bestes*): Título de origen poco claro concedido a principios del XI a estrategos prominentes.

VESTIARITA (gr. *bestiarites*): Por estas fechas el poseedor de este título, equivalente quizás al de manglabita (cf. nota 141), funciona como un ordenanza.

CORRESPONDENCIA ENTRE LOS CAPÍTULOS Y LOS FOLIOS DEL *MOSQUENSIS GRAECUS* 436

Cap. I - fols. 140r-141v.
Cap. II - fols. 141v-143v.
Cap. III - fols. 143v-144v.
Cap. IV - fols. 144v-147r.
Cap. V - fol. 147r.
Cap. VI - fols. 147r-160r.
Cap. VII - fols. 160r-172v.
Cap. VIII - fols. 172v-173r.
Cap. IX - fols. 173r-186v.
Cap. X - fols. 186v-187v.
Cap. XI - fols. 187v-197v.
Cap. XII - fols. 197v-208r.
Cap. XIII - fol. 208r-v.
Cap. XIV - fols. 208v-209r.
Cap. XV - fols. 217r-229r.
Cap. XVI - fols. 209r-213r.
Cap. XVII - fols. 213r-216v.
Cap. XVIII - fols. 216v-217r.

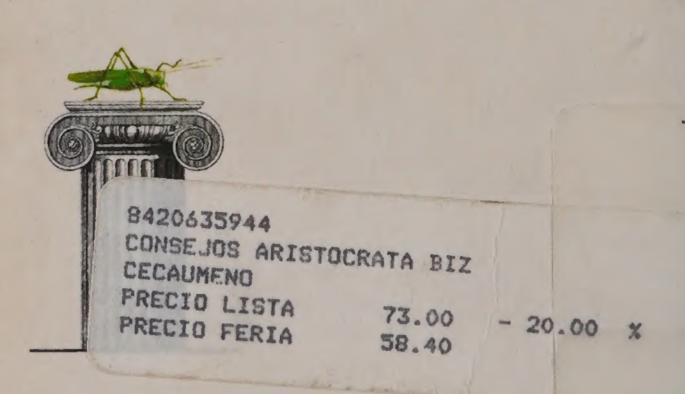
ÍNDICE

DATE DUE

			Printed in USA



Bizancio fue un gran ámbito intercultural en el que confluyeron diversos pueblos de la época, entre ellos los búlgaros, los pechenagos, los valaco-rumanos, los latinos o francos, los árabes, y, por supuesto, los griegos. Dentro de este contexto, la obra de CECAUMENO, escrita en el siglo XI, época en que la sociedad de Bizancio vive una vertiginosa aceleración política y social, refleja la convulsión que afecta tanto a la corte como a la nobleza aristocrática. Sus CONSEJOS DE UN ARISTÓCRATA BIZANTINO van dirigidos a quienes ostentan cargos civiles, a los terratenientes que viven alejados del centro del poder, a las autoridades religiosas y hasta al propio emperador. La presente edición, primera de esta obra en castellano, ha estado a cargo de Juan Signes Codoñer.



ISBN 84-206-3594-4



El libro de bolsillo
Biblioteca temática
Clásicos de Grecia y Roma

